ASHLEY
TAYLOR JACKSON

NO CONFÍES EN ÉL



NO CONFÍES EN ÉL

ASHLEY TAYLOR JACKSON



CONTENIDO

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

PRÓLOGO

BOSTON, INVIERNO

Afuera, el mundo estaba envuelto en nieve y silencio, pero dentro de la casa,

Melanie Geller no había dormido. No de verdad. Desde hacía meses su cuerpo había aprendido el arte de la inmovilidad, de yacer rígido bajo algodón egipcio, ojos abiertos en la oscuridad, la mente recorriendo ensayos de catástrofe. Contaba los crujidos amortiguados de la vieja casa, el zumbido de la calefacción al encenderse y el leve silbido del viento contra los aleros.

El dormitorio estaba demasiado caliente. Le había pedido a Jack que bajara la calefacción, pero se lo había olvidado otra vez. Se quitó la colcha de un tirón, y el frío del suelo de madera mordió sus pies desnudos. Abajo, el reloj del pasillo dio las cuatro.

Cruzó hacia la ventana, su aliento empañando el cristal mientras miraba entre las lamas. El mundo exterior era un cuadro en monocromo. Bancos de nieve bordeaban la calle silenciosa, el cielo negro como tinta se doblaba sobre los tejados como un sudario. Su brownstone, enclavada en el corazón histórico de Boston, debería haberse sentido como una fortaleza pero, igual que Melanie, parecía frágil y al borde de romperse en mil pedazos.

Se apartó de la ventana y bajó las escaleras en puntas de pie, la barandilla fría bajo la mano. Al llegar al último peldaño, un ruido la

detuvo. a un leve raspado, como metal rozando madera. Le faltó el aire. Se quedó en el vestíbulo, erguida como una presa, esforzándose por oír en la oscuridad. Entonces otro sonido: el inconfundible clic de la cerradura.

La puerta.

Se movió instintivamente, en silencio, hacia el despacho. Había dejado el móvil cargando allí. Cada paso le parecía peligroso, demasiado ruidoso, demasiado lento. Cuando alcanzó la puerta, se abrió.

Y allí estaba él. Un hombre, indistinguible en negro, un pasamontañas que le ocultaba el rostro. Llenaba la habitación de amenaza. En su mano había una pistola. Se le oía la respiración, entrecortada, impaciente.

Por un instante permanecieron inmóviles. Luego, con precisión silenciosa, dio un paso adelante y la tomó del brazo.

«No grites», siseó él, la voz apenas humana tras la lana y la malevolencia. «Llama a tu marido. Ahora»,

Temblaba, su cuerpo desobedeciendo todas las órdenes de su mente. «¿Qué quieres?», susurró ella.

«Llámalo», dijo él de nuevo, arrastrándola con suavidad pero con firmeza por la casa hacia las escaleras.

Subió en silencio, el corazón golpeándole el pecho. En el rellano se detuvo ante la puerta del dormitorio y susurró el nombre de Jack.

Dentro, Jack se removió bajo las sábanas.

«Jack», dijo ella ahora más alto, el temblor de su voz agudizándose.

Él se incorporó, con los ojos vidriosos. «¿Qué pasa?»

Entonces vio la pistola y al hombre detrás de ella. Su rostro pálido, desfigurado por el miedo.

El tiempo se detuvo.

La voz del hombre fue más dura ahora. «Sal de la cama. Rellena esto con cualquier cosa que valga la pena», dijo él, y tiró una mochila a los pies de Jack. «Joyas. Dinero en efectivo. Ordenador. Relojes. Nada de juegos, haz lo que digo. Sin alarmas»,

Jack no se movió.

Se quedó sentado, inmóvil, la mirada clavada en la pistola.

Melanie se volvió hacia él, desesperada. «Jack, haz lo que dice, por favor», imploró ella.

Aun así no se movió.

Por el pasillo se oyó otra puerta abrirse. La luz de la lámpara nocturna se desparramó por el suelo, y apareció una figura pequeña.

Samuel.

Se frotó los ojos, confuso. «¿Mamá?»

El hombre enmascarado giró en seco. «¡Mierda!», soltó él con brusquedad, dando un paso adelante.

La mirada de Samuel cayó sobre la pistola, luego sobre su padre inmóvil, y otra vez sobre el desconocido.

El grito del niño fue primario. Se lanzó hacia la pared, hacia el panel cuadrado de plástico blanco que habían instalado apenas un mes antes. Su pequeña mano golpeó el botón rojo, y de inmediato una sirena rasgó la quietud. La alarma chilló por la casa como un animal herido.

El hombre retrocedió. «Maldito mocoso», gruñó él, y huyó escaleras abajo.

Samuel se aferró a su madre, que lo abrazó con fuerza aplastante. Jack ya estaba de pie, bamboleándose levemente, como si emergiera de un sueño profundo y terrible.

«Melanie»

«Te quedaste paralizado», dijo ella, con las palabras crudas. «Te quedaste sentado. ¿Qué diablos estabas haciendo?»

Abajo, la puerta dio contra la pared al abrirse, y luego se cerró de un portazo.

El silencio volvió.

Para cuando llegó la policía, Jack se había recompuesto. Hizo la llamada. Los guió por la casa, señaló dónde había estado el hombre, qué había dicho. Pero tenía una especie de barniz en los ojos, como si no perteneciera a la escena, como si recordara parte de un sueño.

Melanie, entretanto, estaba inconsolable. Se sentó en el suelo de la habitación de Samuel con él acurrucado a su lado, el rostro pálido,

el cuerpecito temblando bajo la manta. Llevaba un jersey rojo, un intento por aplacar el temblor que no había servido de nada.

Los agentes fueron amables. Cordiales. Eficientes. Hicieron preguntas. Tomaron fotografías. Prometieron que alguien se pondría en contacto. Pero al amanecer la casa volvió a quedar vacía. Solo quedó el eco de esa alarma. El chirrido. La vergüenza.

Jack se quedó en la cocina, mirando la nieve como si pudiera absolverlo. Su reflejo en el cristal era el de un extraño. Un hombre que había sido invencible. Un hombre que había dirigido cocinas con estrella Michelin, que había protagonizado portadas de revistas gastronómicas, que se había labrado un nombre en el firmamento de la élite de Boston.

Y, sin embargo, cuando llegó el momento. cuando realmente importaba. había fallado. Fallado como marido. Fallado como padre. Fallado como hombre.

Aún podía oír el silencio. Aún ver la pistola. Aún sentir su propia parálisis. Y en algún lugar, enterrado bajo la vergüenza, había algo más oscuro. Porque él sabía la verdad. El plan no había salido como debía. El ladrón no tenía que haber sido visto. Nadie tenía que haberse hecho daño. Y ahora, ya era demasiado tarde para deshacerlo.

1

La casa estaba llena de cajas. A medio empaquetar, a medio olvidar, se acurrucaban en las esquinas como testigos mudos de un crimen del que nadie quería hablar. Las cortinas seguían echadas. Incluso a plena luz del día, el aire se sentía amortiguado y la atmósfera, tensa.

Melanie estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo del dormitorio principal, rodeada por un anillo de ropa que no conseguía doblar. Las manos le temblaban mientras sujetaba una blusa, la que había llevado la noche de la recaudación escolar de Samuel, un recuerdo feliz que, en lugar de provocarle una sonrisa, la dejó mirando sin ver. El pecho se le apretó de nuevo. La familiar garra del pánico se cerró. No podía respirar.

Intentó ponerse en pie, pero flaqueó, agarrándose al borde de la cama para no caerse. Su visión se estrechó. El corazón le retumbaba en las costillas como si quisiera escapar. Se arañó la garganta, implorando que el aire volviera. La habitación parecía latir a su alrededor, las paredes deformándose como en un sueño que se había torcido. Los contornos de su vista se difuminaron.

«¿Mamá?»

La voz de Samuel, pequeña pero cortante. No lo había oído entrar. Estaba en el umbral, el pelo despeinado, con la tablet bajo el brazo. Últimamente su rostro se veía más anguloso. También más pálido.

«Estoy bien», jadeó ella.

«No lo estás.»

Se acercó hacia ella, despacio, como quien se aproxima a un animal herido. Melanie volvió a dejarse caer en el suelo, las lágrimas ardiéndole detrás de los ojos. La respiración le sonaba áspera en la garganta.

Samuel se sentó a su lado, en silencio. No la tocó; se quedó en el círculo del caos y miró la montaña de ropa y zapatos.

«No quiero irme», dijo al fin.

«Lo sé.» Su voz era casi un susurro.

«Pero tampoco quiero quedarme porque creo que el hombre del allanamiento no se ha ido y puede que vuelva.»

Melanie tragó saliva, la garganta seca. «Se ha ido, Sam. No se arriesgará a que lo pillen.»

«Pero podría estar enfadado con nosotros y portarse mal otra vez y hacerte tener miedo. Yo todavía tengo miedo, ¿y tú?»

«No», mintió. «Porque sé que no volverá, así que vamos a ponernos a empaquetar y empezar nuestra nueva aventura.» Evitando su mirada para que no viera el temor en sus ojos, alcanzó la blusa y la dobló, el movimiento mecánico, como reiniciar un sistema.

«He tenido un sueño», dijo. «Sobre la casa a la que nos vamos.»

Ella lo miró entonces. «¿Qué clase de sueño?»

«Había escaleras. Pero no terminaban. Y hacía mucho frío. Alguien me llamaba por mi nombre, pero no eras tú ni papá.»

Melanie lo atrajo hacia sí, le besó la coronilla. «Son nervios, cariño, va a ser un gran cambio para todos y hasta los adultos nos ponemos un poco ansiosos por mudarnos y empezar en un sitio nuevo, pero será divertido. Y lo del sueño: la mente hace cosas raras mientras dormimos y mezcla todo.»

Samuel abrazó a Melanie y asintió, aunque ella sabía en lo más hondo que no estaba convencido.

Abajo, la voz de Jack se elevó en un staccato agudo, rompiendo el momento de calma entre madre e hijo..

«Dije que no comento. Si publicáis esa frase os demandaré. Sí, eso es una amenaza.»

Estaba andando de un lado a otro por el salón, el teléfono apretado contra la oreja hasta que la piel se le puso blanca. En la mesa del comedor estaba su portátil abierto en un artículo: «El chef estrella Jack Geller: ¿De Michelin al caos?»

Acompañando al titular había una foto de Jack, con aspecto demacrado y aturdido, escoltando a Melanie y a Samuel por las escaleras de la entrada entre una hilera de cámaras parpadeantes.

«Apágalo», dijo Melanie al entrar. «No estás ayudando.»

Jack colgó con una maldición entre dientes. «Ya insinúan que lo monté para dar pena.»

«¿Crees que no sé eso?» espetó ella.

Él la miró. «Ni siquiera me miras.»

«Estoy intentando mantenerme cuerda. Por Samuel.»

Jack se pasó la mano por el pelo. «He contratado seguridad. A corto plazo. Vigilarán la propiedad hasta que nos vayamos.»

«Deberías haberlos contratado antes.»

Se le quedó una expresión de herido, luego de enfado, y después de nada. «He reservado el ferry. La agencia dice que la cabaña la han limpiado y abastecido. Está lista.»

Melanie asintió. «Pues vayámonos. Cuanto antes, mejor.»

Ninguno de los dos mencionó que no estaban preparados. Que nada de esto parecía real. Que sus vidas ya se habían hecho añicos, y este traslado a un lugar llamado Carmen Bay no era más que reubicar los escombros.

Más tarde esa noche, Melanie se encontró en la mesa de la cocina intentando escribir una lista de lo imprescindible. La página quedó casi en blanco. Su mente no dejaba de repetir: ruido de alarma, el grito de Samuel, la cara enmascarada del desconocido. Abrió un bote casi vacío de vino tinto. Jack había preparado la cena, salmón y arroz, todo sin tocar. La cocina olía todavía a ajo y a esperanzas quemadas de una cena familiar normal.

En el rincón, Samuel estaba acurrucado en el sofá con una manta. Se había vuelto inusualmente pegajoso desde el allanamiento y ella a menudo lo veía seguir cada uno de sus movimientos, como si temiera que lo dejara solo.

Jack reapareció en el pasillo, con el teléfono en la mano. «La agencia de relaciones públicas dice que deberíamos dar una entrevista. Noticias locales. Para que podamos controlar la narrativa.»

Melanie lo miró. «¿Qué narrativa?»

«Que no fue culpa nuestra.»

Se rió, amarga y baja. «Pero lo fue. Tuvimos mala seguridad y por lo tanto merecemos lo que nos pase.»

Él reculó. «¿Crees que no sé eso?»

Samuel se removió al oír las voces subidas pero no dijo nada. Sus ojos siguieron fijos en la pantalla parpadeante de la televisión.

Melanie entró en el pasillo, apoyándose en la pared. Sintió que la bilis subía de nuevo. Quiso gritar, arrojar algo. Pero no lo hizo. Subió las escaleras, despacio, un peldaño a la vez, como una mujer que camina hacia su propia ejecución.

En su dormitorio, abrió la ventana y dejó entrar el aire de la ciudad. Frío. Cortante. Se quedó allí hasta que la piel le hormigueó y los dedos se le entumecieron. Se marcharían por la mañana. Dejarían Boston atrás.

Susurró a la oscuridad: «Por favor, que Stormwatch quede lo bastante lejos».

En la planta baja, Jack estaba sentado solo, mirando la pantalla de su teléfono y en el pasillo, sin ser visto, Samuel sacó del bolsillo el dibujo. El del faro, junto a la casita donde iban a vivir. Empezó a dibujar una sombra en lo alto de la torre.

Solo una silueta tenue, pero estaba observando.

2

El mar parecía pizarra, vasto e inmóvil, su superficie picada por leves rompientes que cogían la luz de la mañana. Sobre ellos, las gaviotas trazaban círculos contra un cielo gris y duro, sus gritos delgados y remotos, casi indiferentes al dolor de los humanos allá abajo.

Melanie estaba en la proa del ferry, el abrigo abrochado hasta el cuello contra el frío, una mano enguantada cerrada en el pasamanos. El viento tironeaba de su pelo, mechones sueltos azotándole la mejilla, y aun así no se movía. No había hablado en casi veinte minutos.

Detrás de ella, más abajo en la estrecha cubierta, Jack y Samuel conversaban con el capitán, un hombre correoso con voz de grava y manos color óxido. Gus, dijo que se llamaba. Gus, que pilotaba la barca entre Carmen Bay y la isla desde antes de que nadie recordara.

El faro de Stormwatch ya se veía, levantándose del promontorio dentado como algo dejado por otro siglo. Su estrecha torre blanca se aferraba al borde de la roca, flanqueada por una casita baja del encargado y una pasarela de hierro esquelética. Para Melanie no se parecía a las imágenes que había visto en Internet, bañadas en luz veraniega, coronadas por un cielo dorado. No: en la realidad le parecía más pequeño. Más viejo. Como si hubiese resistido

demasiado tiempo el clima, demasiado pasado, y estuviera cansado de todo ello.

Ella se estremeció. No era solo por el frío.

«¡Mamá!»

La voz de Samuel la sacó de sus pensamientos. Se volvió y lo vio saltando hacia ella, las mejillas enrojecidas por el viento, la mochila golpeándole al costado. «Gus dice que ya casi llegamos. Me va a enseñar a amarrar en el muelle.»

Ella asintió y esbozó una pequeña sonrisa. Su entusiasmo era sincero, y ella lo intentó, lo intentó con todas sus fuerzas por corresponder. Pero el faro se erguía a lo lejos y su estómago era un ovillo de nudos.

Jack apareció detrás de Samuel, sujetando dos vasos de café para llevar con las manos enguantadas. Le dio uno sin decir palabra y se volvió para seguir su mirada.

«Es hermoso, ¿no?»

Ella cogió la taza pero no bebió.

«No me refiero a un bonito postal», continuó él. «Sino... crudo. Honesto. Como si estuviera tallado en el borde del mundo.»

Melanie no dijo nada. Sus intentos poéticos por dulcificar el golpe caían en oídos sordos.

Jack se movió a su lado, sorbiendo el café. Lo estaba intentando, se lo veía. Desde Boston se había vuelto más callado, más suave, como si temiera que hasta el sonido de su voz pudiera provocar otra grieta en su matrimonio. Había organizado la mudanza, vendido lo poco de valor que tenían y usado lo que quedaba de la herencia de su madre, hablado con el agente, arreglado el ferry... todo sin consultarla. Ella se lo permitió, sin embargo. Era más fácil que enfrentarse a él.

«Gus me estaba contando historias», dijo Samuel, quitándose el gorro para rascarse la cabeza. «Sobre el faro.»

Melanie se volvió. «¿Qué tipo de historias?»

Samuel sonrió, despreocupado, con los ojos abiertos. «Dijo que uno de los antiguos fareros se cayó desde la cubierta superior y nadie lo encontró en días. Y antes de eso, un tipo asesinó a toda su familia. Simple... los apuñaló. Y después se tiró al mar.»

Melanie se echó atrás como si la hubieran abofeteado. ¿Por qué alguien le contaría eso a un niño sobre la casa a la que iban a mudarse? Quiso enfurecerse con Gus, pero su cuerpo y su mente estaban demasiado débiles para el enfrentamiento, así que en vez de eso dirigió la mirada de desaprobación hacia Jack.

«Sam», advirtió Jack con suavidad.

«¿Qué? Gus me lo dijo. Lo dijo como si... no fuera gran cosa, y no lo es.»

Melanie miró hacia la cámara de pilotaje. El viejo estaba en el timón, una silueta contra la ventana. Su piel se erizó.

«¿Por qué nos venderían un sitio así?» masculló. «¿Por qué el agente no lo mencionó?»

Jack bajó la voz. «Fue hace ciento ochenta años, Mel. Eso es folklore local, no una razón para romper el trato. Apuesto a que el brownstone de Boston tenía historias parecidas: todos los sitios antiguos las tienen.»

Pero ella ya negaba con la cabeza.

«Te lo dijo. Lo sabías. ¿Y no dijiste nada?»

Jack exhaló, a la defensiva ahora. «Quería darnos una oportunidad. Un corte limpio. Un nuevo comienzo. No quería alterarte sin necesidad.»

«No querías alterarme», repitió ella, entrecerrando los ojos. «Así que decidiste trasladarnos en ferry a una isla con un pasado de asesinato-suicidio y dejar que yo me enterara por un pescador de mirada muerta?»

«Ahora no me vengas con mis historias y mis tonterías. El viejo faro pondrá a prueba un matrimonio y lo hará más fuerte, acuérdate de lo que te digo», resonó la voz de Gus detrás de ellos, sobresaltándolos a todos.

Estaba allí, justo al lado del hombro de Melanie, la cola del abrigo levantada por el viento. Miraba hacia los acantilados distantes, donde el faro se acercaba lentamente.

«Ninguna pareja sale de allí sin aprender algo sobre lo que los mantiene juntos, o lo que no. Pero ha sido hogar de muchas familias felices a lo largo de los años, así que consoláos con eso.»

Samuel lo miró, parpadeando.

Gus se inclinó y tocó la visera del gorro. «Estarás bien, chaval. Y además, son los mayores los que se quedan con los fantasmas, no los críos.»

Guiñó un ojo, se dio la vuelta y volvió a la cámara de mandos.

Se quedaron en silencio, el ambiente enrarecido. Melanie dejó su café sobre el banco y volvió la espalda al faro. No quería verlo más. Cerró los ojos y dejó que el viento golpeara su rostro, saboreando la sal en los labios. Estaba exhausta. Siempre exhausta. La fatiga se le adhería como una lapa, agravada por una alerta terrible, la convicción de que el peligro acechaba en cada esquina oscura, detrás de cada puerta.

No le había contado a Jack los sueños. No desde que se fueron de Boston. El hombre de negro, siempre detrás de ella. Un crujido en la escalera. Una sombra en el pasillo. Samuel, gritando. Una y otra vez. Incluso ahora podía sentir la huella fantasma de los dedos del intruso en su brazo, la presión fría del arma contra sus costillas.

Nunca lo atraparon. Ella se envolvió con los brazos, la mirada en el horizonte.

¿Y si esto era un error? ¿Y si la isla empeoraba las cosas? ¿Y si el hombre los encontraba de nuevo?

El ferry emitió un gemido bajo al ajustar el rumbo, girando hacia el entrante que se abría hacia la península norte. Más adelante, los acantilados se alzaban como dientes podridos desde el mar, y detrás de ellos el faro se erguía, paliducho, contra el cielo gris de tormenta. Cuanto más se acercaban, más pequeña se sentía. Una figura empequeñecida por la tierra, el viento y el agua. Por la culpa. Por el miedo. Por la vergüenza.

El embarcadero surgía como una astilla desde la base de los acantilados, medio tragado por el liquen y las salpicaduras, las tablas de madera maltrechas quejándose bajo el golpe y el amarre del ferry. Por encima, un sendero serpenteante subía en zetas hacia la corona de la península, donde la torre del faro se alzaba como una aguja a través de la niebla.

«Cuidado por dónde pisas», dijo Gus mientras ataba las cuerdas, observado por Samuel, que estaba fascinado. «Se pone resbaladiza

en invierno. Al mar no le importa si eres joven o precavido, ni a quién se lleva.»

Jack ayudó a bajar a Melanie primero, y luego a Samuel. Sus pasos resonaron sobre las tablas húmedas, las gaviotas chillando en lo alto como si les molestara su presencia. Los ojos de Melanie recorrieron la curva de la punta. Un páramo de hierba azotada por el viento y roca blanca como hueso se extendía detrás de ellos, salpicado de aulagas y algún pino encorvado. Sin senderos, sin gente. Solo el vacío de la costa de Maine que se enrollaba tras la cresta como el borde de un mapa olvidado.

Comenzaron la subida. Jack cargaba dos maletas de las más ligeras, Melanie abrazaba su bolso y la bolsa de mano, Samuel arrastraba su maleta detrás como si fuera una mascota renuente. El viento se espesó con salitre y espumas, tirando de la ropa, empujando sus palabras de vuelta a la garganta.

Al alcanzar la cresta, la casa apareció ante ellos. Stormwatch era más pequeña de lo que parecía en las fotos. La torre se alzaba más alta, más amenazante, su piel blanca descascarillada por años de vendavales. La casita del farero se acurrucaba a su base, construida en piedra, con cristales emplomados y una chimenea estrecha que se inclinaba hacia un lado como un hombre cansado frente al viento. Un porche estrecho de piedra y cristal envolvía una esquina como un aditamento olvidado.

Melanie se quedó un momento en la cima del sendero, con el aliento detenido en el pecho.

Jack se puso a su lado. «Necesita trabajo», dijo deprisa. «Pero tiene alma.»

Ella no dijo nada.

La puerta de entrada chirrió al abrirse sobre bisagras oxidadas. Dentro, el aire estaba frío e inmóvil, con el tenue olor a polvo y papel húmedo. La casita se abría en una sala amplia con ventanas hacia el mar y un suelo en losas de pizarra, pulido por décadas de botas. Un hogar de piedra abierto se abría bajo una repisa de madera, con una pila de leños acurrucada en la cesta a su lado. La cocina se desprendía a la derecha, estrecha, en plan corredor, con armarios que conservaban la huella desvaída de la sal y el vapor.

Melanie se acercó a las ventanas y la vista le cortó la respiración. Bajo ellos, el Atlántico bostezaba, ancho e infinito, su superficie agitada y gris por el viento, rota por rompientes blancos y el contorno negro de las rocas justo bajo la superficie. A lo lejos, las luces del puerto de Carmen parpadeaban débilmente entre la niebla, un collar de perlas amarillas flotando sobre las olas.

Apoyó la mano contra el vidrio frío. La vista era hermosa. Peligrosa en su arrogancia. Como algo que te llama hacia delante solo para desaparecer bajo tus pies.

Detrás de ella, Jack dejó las bolsas y dio un giro lento. «No es el Ritz», dijo Jack, «pero es nuestro y está limpio. Hice que el agente mandara a alguien a darle un repaso.»

Samuel ya se había esfumado por las habitaciones contiguas, su voz resonando desde la escalera.

«¡Mamá! ¡Hay una escalera de caracol en la torre! ¡Y una trampilla en el suelo!»

Forzó una sonrisa. «Ten cuidado.»

Jack se acercó y bajó la voz. «Esto es algo bueno, Mel. Lo necesitamos. Tú lo necesitas. Solo... déjalo funcionar, al menos inténtalo.»

Ella se apartó con suavidad. Arriba, los pasos de Samuel seguían subiendo.

Melanie recorrió el resto de la casa. el dormitorio principal era sencillo. Una cama de roble, un armario cuyo espejo había plateado, cortinas azul pálido tiesas por el desuso. Había un leve olor a humedad en las esquinas, y abrió la ventana para airearlo.

El segundo dormitorio era acogedor. Justo lo bastante grande para la cama de Samuel y un armario y un escritorio. En algún momento habían clavado en la pared un mapa desvaído de la costa, las esquinas curvadas en protesta. Pasó los dedos por el borde del alféizar. Frío. Demasiado frío.

Volvió a bajar donde Jack estaba agachado frente a la chimenea, intentando arrancar una llama del yesquero seco.

Vaciló. «Dijiste que el agente te dijo que este lugar tenía... historia.»

Él alzó la vista. «La tiene.»

«Pero no del tipo que nos contó Gus.»

Él dudó. «No quería asustarte. Pensé... si comenzábamos de nuevo aquí, podría ser limpio. Seguro.»

Ella volvió la mirada hacia la ventana. «No se siente seguro.»

«Mel...»

Se abrazó a sí misma. «Aún lo veo. Aquella noche. En cada ventana. En cada rincón oscuro. Si me dejo pensar demasiado, creo que volverá. Y tú nos trajiste aquí. A un lugar donde un hombre masacró a su familia y se arrojó al océano.»

Jack bajó la vista. «No sabía los detalles.»

«Eso no es verdad.»

Él no dijo nada.

Se sentó al borde del hogar, con la cabeza entre las manos. «Dijiste que te encargarías de todo. Dijiste que estaríamos bien».

Jack se movió para sentarse a su lado, pero ella se volvió.

«No puedo hacer esto», susurró ella. «No puedo seguir fingiendo que estamos sanando cuando lo único que hacemos es escondernos de nuestros problemas. Y no me refiero solo al robo. Veo lo estresado que estás con los restaurantes, y no me sorprende. Tu teléfono no deja de sonar y, incluso cuando estás con nosotros, pareces a kilómetros de distancia. Es como si te chuparan la vida y no quedara nada para mí y para Samuel».

Se instaló un silencio entre ellos. No era de ira, sino pesado. Cansado.

«Lo arreglaré», dijo Jack al fin. «Tanto tiempo como haga falta».

Ella no respondió.

Desde arriba, la voz de Samuel flotó hacia abajo. «¡Mamá, ven a ver! ¡Puedes ver hasta el horizonte!»

Se puso de pie despacio. Las rodillas le flaquearon y las entrañas le quedaron huecas.

«Subo en un minuto», dijo ella.

Jack removió el fuego. «Deberías volver a pintar», dijo Jack en voz baja. «La luz aquí es increíble, es distinta. Salvaje. Creo que te vendría bien».

Se detuvo en el peldaño inferior.

Cuando se conocieron, había llenado su diminuto apartamento con enormes lienzos de cielo y mar, de mujeres de pie en acantilados azotados por el viento. Lo había abandonado por los sueños de restaurante de Jack, por la educación de Samuel: lo educó en casa por seguridad y para que recibiera la atención que un niño brillante y complejo como él necesitaba.

Ahora se sentía demasiado vacía como para siquiera sostener un pincel.

Pero para aplacar a Jack y dar por zanjada la conversación, dijo, «Quizá», dijo ella, y subió las escaleras con desgana.

3

Samuel siempre había sentido predilección por los espacios vacíos. No del tipo que están abarrotados y luego se despejan, como su habitación en Boston tras la marcha de los mudanceros, o el restaurante durante las horas de cierre, sino de la verdadera desolación. Habitaciones que parecían no haber visto nunca un paso humano. Pasillos donde solo había silencio. El faro tenía muchos de esos.

Lo recorrió solo en la hora posterior a su llegada, mientras sus padres deshacían las cajas en silencio abajo, hablando solo en medias frases y preguntas cortas. Él lo prefería así. Era como si los adultos se quedaran callados cuando las cosas iban mal, como si no decir las palabras y fingir que todo estaba bien pudiera convertirlo en verdad. Pero Samuel sabía que no era así. Sabía que al final todas las palabras terminarían saliendo a borbotones y, cuando eso ocurriera, no estaba seguro de lo que pasaría, y eso le horrorizaba.

Llevaba la tableta consigo, pantalla apagada, sujeta como una brújula. No la necesitaba para orientarse, aún no. Ya estaba construyendo el mapa en su cabeza. El pasillo estrecho tras la cocina, los tres peldaños de piedra que bajaban a la despensa con las tablas del suelo deformadas, el pequeño armario bajo las escaleras que olía a clavos oxidados y naftalina. Más tarde lo dibujaría en Scratch, creando cada habitación con precisión pixelada.

Lo que más le gustaba era la torre. La subió ahora, una mano en la estrecha barandilla de hierro que se enroscaba hacia arriba por el cilindro de piedra blanqueada. Las paredes estaban frías al tacto. El polvo danzaba en el aire, alterado por sus pasos antes de intentar asentarse otra vez.

En la cima estaba la sala de la linterna, con sus ventanas empolvadas y salpicadas de sal. El alojamiento central estaba ahora vacío, la gran luz desactivada desde hacía tiempo, pero él se la imaginaba igual. Un ojo dorado parpadeando sobre las olas, cortando la noche para alejar a los barcos de los dientes de roca. Salvando vidas de marineros y protegiendo sus preciadas cargas.

El viento presionaba contra el cristal como algo vivo, aullando por una grieta del marco. El ruido le inquietó. Sonaba demasiado a alguien llorando o a un animal con dolor.

Se apartó y se agachó junto a la carcasa metálica que una vez albergó los engranajes de rotación. Desde allí se veía todo. Carmen Bay brillaba tenuemente al otro lado del agua, su línea de costa una cinta de farolas amarillas y tejados apiñados. Podía ver la curva de la península sur, salpicada de hoteles blancos y el perfil macizo del puerto deportivo. Pero detrás de él, en este borde del mundo, solo había mar, acantilado y cielo plomizo.

Le gustaba. Y no.

Samuel sacó la tableta y abrió su aplicación de mapas. Empezó a trazar líneas lentas y cuadriculadas que indicaban la escalera helicoidal, el rellano de cada planta, los puntos por donde la luz se colaba entre las grietas de la piedra. Anotó en un rincón: Replace lens, explore gear housing.

No tenía a nadie a quien mostrarle los mapas, no de verdad. Su madre siempre sonreía con cortesía pero rara vez hacía preguntas. Su padre lo intentaba, a veces, pero su voz siempre sonaba estirada, como si estuviera a mitad de camino pensando en otra cosa.

Así que dibujaba para sí. Estaba a mitad de la torre cuando notó la forma en el polvo. Una huella. Pequeña. Demasiado pequeña para Jack. Demasiado grande para la suya. No reciente. Difuminada por los bordes, suavizada por el tiempo pero visible a pesar de todo. Se agachó a examinarla, entrecerrando los ojos frente a la impronta. La

suela de una bota, no un pie descalzo. Pasó el dedo con suavidad por la huella y la vio desvanecerse. El pensamiento siguiente hizo que su corazón diera un vuelco. ¿Y si no fuera anterior a su llegada? El agente o la gente enviada a limpiar la cabaña. ¿Y si alguien más hubiera estado allí recientemente?

Se levantó de golpe y siguió bajando, el frío persiguiéndole ahora, demasiado cerca, como un monstruo que extiende la mano para tocarle. En la base de las escaleras empujó la puerta y el pasillo estrecho se abrió hacia el salón, donde el fuego crepitaba y siseaba. Se quedó a la distancia, observando a sus padres desde las sombras.

Melanie estaba acurrucada junto al hogar, el rostro inclinado hacia las llamas, los pómulos hundidos pero los ojos brillantes. Jack trabajaba en los menús en su portátil, una tarea que siempre exigía mucha deliberación.

No le habían notado. Se deslizó por el pasillo y entró en la habitación contigua. Estaba vacía, salvo por un viejo piano vertical cubierto con una funda polvorienta y un asiento bajo junto a la ventana que daba al muelle. Se subió y se sentó con las piernas cruzadas, su aliento empañando el cristal.

Algo se movió afuera. Solo un destello. Un tic en el rabillo de su visión. Samuel se quedó inmóvil.

Allí, junto al muro de roca al borde de los acantilados, estaba seguro. Pero cuando miró directamente, no había nada. Solo viento empujando la hierba marina, el contorno dentado del embarcadero balanceándose bajo la marea. Apoyó la mano plana contra el cristal y se inclinó hacia delante, intentando ver la curva de las escaleras que bajaban hacia el cobertizo de suministros. Un candado brillaba en el cerrojo. El viento aulló con más fuerza, su aliento rozando el cristal como una advertencia. Se dijo a sí mismo que no era nada. Aun así, sacó la tableta y dibujó otra nota: Check lock integrity. Add camera trap if possible.

Esa noche, después de cenar, su madre vino a sentarse al filo de su cama. Su voz era suave y llevaba un matiz de preocupación.

«¿Estás lo bastante abrigado?»

«Sí.»

«¿Te gusta estar aquí?»

«Aún no lo sé.»

Ella esbozó una ligera sonrisa, apartándole un mechón rebelde detrás de la oreja. «Llevará tiempo.»

Él asintió pero no la miró. Podía ver lo cansada que estaba. Los hombros encorvados, las manos jugando con el dobladillo de su jersey. Qué oscuras parecían las ojeras bajo sus ojos.

«Me gusta el faro», dijo él. «Es... misterioso.»

Ella se rió, solo una vez. «Eso suena acertado.»

Esperó a que ella apagara la lámpara y se marchara. Luego se levantó de la cama y, descalzo, cruzó la habitación hasta su mochila. Sacó la cajita negra que Gus le había dado en el transbordador. Un radio meteorológico, por si acaso, le había dicho Gus.

Samuel lo puso en el alféizar y lo sintonizó en NWR; luego se sentó y escuchó el pronóstico meteorológico de veinticuatro horas, la voz crepitante sonando como un enlace con el resto del mundo.

Afueras, el mar rodaba y cambiaba. El faro gemía. El viento no cesó aquella noche. Aullaba por el promontorio con insistencia salvaje, se colaba bajo los aleros, hacía vibrar la chimenea, arañaba los cristales con dedos inquietos. El mar, también, aportaba su voz: se hinchaba y retrocedía contra las rocas con un ritmo implacable que llenaba el aire de un pulso constante, como el latido de un corazón vasto y lejano.

Melanie permanecía despierta, mirando al techo. El cuerpo le dolía de fatiga, pero el sueño no llegaba. La cama, aunque ancha y con sábanas limpias dejadas por un servicio de lavandería, se sentía ajena. Las sábanas eran demasiado lisas. La almohada, demasiado alta. Las paredes demasiado cerca, la oscuridad demasiado profunda.

Había tomado una de sus pastillas hacía horas, pero había hecho poco. Sus pensamientos se apiñaban: desordenados, crueles. Veía al hombre enmascarado una y otra vez, levantándose detrás de ella en la oscuridad. Sus ojos como huecos. El brillo de la hoja.

No ayudaba que el faro crujiera con una vida desconocida. Los sonidos eran distintos aquí. Menos previsibles. En la ciudad, la noche

tenía su propio ritmo: el tráfico fluyendo como sangre por las venas, sirenas llorando a lo lejos, el ladrido ocasional de un perro en un callejón.

Pero aquí, el silencio nunca era exactamente eso. Siempre algo se movía: viento, agua, nubes, y Melanie tenía la inquietante sensación de que la casa misma escuchaba. Se giró de lado, con la esperanza de que cambiar de posición ayudara.

Jack yacía a su lado, respirando profundamente. Se había dormido poco después de las once, con una copa de vino en la mesilla y un libro boca abajo sobre el pecho. Ahora parecía tranquilo, el ceño liso, los labios entreabiertos. Pero ella sabía que no lo estaba. No del todo. Lo sentía en la tensión que persistía en sus hombros incluso mientras dormía, en los sueños que a veces lo hacían sobresaltarse, confundido, con las manos temblando.

Lo observó un momento. Luego, despacio, se incorporó. El suelo estaba frío bajo sus pies mientras se dirigía hacia la puerta, cuidando de no despertarlo. No sabía qué esperaba encontrar: alguna prueba de que la casa era solo una casa y que el coco estaba a millas de distancia en Boston. Que la noche no suponía ninguna amenaza.

Se movió en silencio por el pasillo hacia la habitación de Samuel, donde la puerta estaba entreabierta. Él yacía acurrucado bajo la manta, la tablet a su lado en la cama, la pantalla en negro. Una fina línea de baba brillaba en la comisura de su boca. Observó el suave subir y bajar de su pecho y, por un instante, se sintió reconfortada por la sencillez del momento y la ignorancia dichosa de la infancia. Pero entonces frunció el ceño en su sueño.

Sus labios se movieron. Escapó un sonido, agudo, entrecortado. «No, no.»

Avanzó, el corazón saltándole. «Sam», susurró.

Sus ojos se abrieron de golpe. Grandes. Salvajes. Jadeó y se incorporó de un salto, los brazos agitándose.

«Ey, ey. Shhh, está bien. Estás a salvo. Estás a salvo, cariño. Estoy aquí.»

La miró parpadeando, la confusión extendiéndose por su rostro como una ola. Luego se lanzó a sus brazos y enterró la cara en su

hombro.

Ella lo meció, susurrándole palabras sin sentido en el cabello.

«Mal sueño», murmuró contra su cuello. «Era la niña. La niña sin manos.»

Se le heló la sangre. «¿Qué niña?»

«Estaba llorando. Y su madre también. Estaba al pie de la escalera, gritando. Y... y el mar estaba dentro de la casa. El agua estaba por todas partes. No podía encontrar la puerta.»

Melanie lo acercó más. «Solo ha sido un sueño, cariño. Eso es todo. Aquí no hay nada.»

Asintió, pero su agarre de la manga no se aflojó.

«No quiero dormir solo.»

Ella no vaciló. «Está bien. Hazme sitio.»

Melanie se metió en la cama a su lado y les echó la manta por encima a los dos. Él se apretó contra su costado como lo hacía cuando era más pequeño, cuando los terrores nocturnos eran más frecuentes, antes de la terapia y los cambios en la dieta y los ejercicios de atención plena. Pero esto era distinto. La niña sin manos. Solo pensarlo, sin mencionar la imagen que evocaba, la hizo estremecerse mientras miraba al techo, sintiendo la presión del sueño asentarse entre ellos como una niebla. Rezó para que llegara el sueño y, fuera por el consuelo del cuerpo envuelto en el suyo o por el cansancio del día, al final alguien respondió a su plegaria.

Por la mañana, la casa estaba en silencio, y al entrar en la cocina descubrió que Jack se había ido. Melanie vio una nota sobre la encimera.

He ido a Carmen con Gus a comprar provisiones. Vuelvo para la comida. Pensé que te vendría bien un descanso. Con cariño, J.

La dobló sin volver a leerla, molesta por haberse despertado sola en una escena fría y poco acogedora. La cocina estaba sombría, el fuego muerto en la chimenea, las cortinas aún cerradas; tras abrirlas

de un tirón con cierto mal humor, decidió prepararse una taza de té y, una vez encendido el fuego y hervida la tetera, se quedó junto a la ventana de la cocina.

La niebla había llegado durante la noche. La bahía estaba oculta, el pueblo desaparecido, engullido por la nube baja y la distancia. Incluso las rocas a la base de los acantilados quedaban ya veladas, envueltas en blanco húmedo. Ella sorbió el té y saboreó el silencio mientras veía la bruma avanzar, pero eso no calmaba el desasosiego en su alma cada vez que pensaba en el sueño de Samuel.

La niña sin manos. La madre al pie de las escaleras. Y el mar dentro de la casa.

Se repetía, una y otra vez, que los sueños eran solo sueños. Que el miedo, una vez sembrado, echa raíces en la oscuridad. Pero algo en las imágenes que describía Samuel la inquietaba. Demasiado vívidas. Demasiado precisas.

Pensó en el farero que había mencionado Gus, en el que se había precipitado desde la pasarela y había permanecido sin ser descubierto durante días. La mujer asesinada y sus hijos. Su marido, en un arrebato de desesperación, rabia, culpa o vergüenza, lanzándose al mar cruel abajo. Sintió un escalofrío, aunque el té estaba caliente en su mano.

Jack regresó justo antes del mediodía, los hombros perlados de sal, una bolsa de provisiones sobre un brazo y otras dos en el embarcadero, esperando ser traídas adentro.

«Buenas noticias: el mercado de allí es una delicia y, además, Gus dice que el generador ha sido revisado recientemente», dijo, sacudiéndose el abrigo. «Sigue funcionando con diésel, así que lo rellenaré esta tarde».

Melanie no contestó.

«¿Todo bien?», preguntó.

Ella lo miró y después apartó la vista. «Sam ha tenido una pesadilla».

Él hizo una pausa. «¿Ah, sí?»

«Dijo que vio a una niña sin manos».

Jack se tensó. «Eso es... muy concreto».

Ella asintió.

«Y la madre gritaba en silencio. Y había agua de mar en la casa».

Jack se frotó la nuca. «Quizá sea solo por la mudanza. Todo el cambio. Seguro que se acostumbrará pronto».

«¿Lo hará?»

Jack dejó la bolsa sobre la mesa. «No lo sé, Melanie. No soy adivino, pero estoy haciendo lo que puedo. Todos estamos haciendo lo que podemos».

Ella se estremeció. No había alzado la voz, no exactamente, pero había algo oculto bajo las palabras. Lo observó mientras descargaba: pan, leche, harina, huevos, cerillas, los artículos básicos de siempre, y luego seis botellas de vino, un tarro de miel local, filetes, charcutería, una selección de quesos y más cosas fuera.

«¿Cuánto costó todo esto?»

Él vaciló. «No te preocupes por eso».

«Jack».

Él exhaló. «Está bien. Yo me encargo. Tenemos que comer, y yo debo cocinar y cuidaros, y necesito mantenerme ocupado».

Ella se acercó a él y bajó la voz. «Dijiste eso cuando vivíamos en Boston. Lo dijiste antes. antes de todo. Y sé que las finanzas están apretadas, así que por favor, no lo empeores».

Él la miró entonces, y por un momento la máscara se resquebrajó. «Simplemente intento mantenerlo todo unido lo mejor que sé», dijo, con la voz áspera. «Pero sí, tienes razón. El dinero está justo. Más justo de lo que me gustaría. Y sé que me culpas de muchas cosas. quizá de todo. Quizá me lo merezca. Pero no soy el malo aquí, Mel».

«Nunca dije que lo fueras».

Él se volvió. «No hacía falta».

Silencio. Luego, «Creo que necesitamos ayuda», dijo ella.

Él se volvió. «¿Ayuda?»

«Alguien con quien hablar. Para Sam. Para mí. Para ti también, si quieres. Un terapeuta. No algún centro lujoso de la ciudad. Quizá alguien local».

Jack ya negaba con la cabeza. «No. Aún no. Vamos a... intentar instalarnos. Esperemos unas semanas. Veamos cómo va, dale una oportunidad a este lugar y a nosotros antes de que desconocidos nos desmonten la vida».

«No te pido un milagro, Jack. Pido apoyo».

Su mandíbula se apretó. «No puedo permitírmelo. No encima de todo lo demás. Solo... por favor. Dame tiempo».

Ella lo miró durante un largo instante. Entonces asintió y salió de la habitación.

Aquella noche se sentó sola en el pequeño porche junto a la cocina, viendo cómo la niebla se posaba en olas sobre la hierba. En su habitación, Samuel dormía, y Jack estaba en una llamada de FaceTime en el salón. Ella podía oír fragmentos: palabras sobre nóminas, proveedores, un pago atrasado. Su caballete estaba de nuevo montado. Por la tarde había llegado una furgoneta con las pertenencias que no vendieron ni dejaron atrás, y desempacar las cajas y colocar lámparas y telas aquí y allá le había regalado un par de horas de distracción bienvenida. Sam se había emocionado al recuperar sus cosas y ella lo había oído parloteando mientras ordenaba su cuarto.

Jack había llevado el caballete desde la furgoneta y lo había colocado cerca de la ventana. Un lienzo nuevo, en blanco, esperaba. La esperanza se leía en su rostro, como si aquel papel níveo guardara el secreto de su felicidad. Ella trató de dibujar, pero sus manos no se movían. Su mente no se vaciaba.

Vio el rostro de la madre, empapado de agua de mar, la boca abierta en un lamento. Vio a la niña, pálida como un hueso, con los brazos terminados en muñones sin sangre. Y en el rincón del sueño de su hijo, que ahora se transformaba en su propia pesadilla viva, algo aún más oscuro. Observando. Esperando.

4

El mar lamía los acantilados abajo, el ruido de las olas rugiendo en sus oídos. El haz del faro, largamente inactivo, no parpadeaba. La casa había cambiado. Samuel lo supo en el instante en que abrió la puerta del dormitorio. Las paredes ya no tenían esquinas, sólo curvas, como si el plástico se hubiera derretido y se hubiera moldeado con el calor. El suelo descendía suavemente, no lo suficiente como para hacerle caer pero sí para descolocarle, como si la gravedad le hubiera abandonado.

Entró descalzo en el pasillo. Estaba iluminado, pero con tenue claridad, como si las bombillas lucharan por brillar tras capas de vidrio empañado. El aire olía a algas y a humo de leña, y en algún lugar muy abajo, repicó una campana. No era el timbre de una puerta, ni la campana de una iglesia, sino algo más antiguo. Más hondo. Un sonido que resonaba en los huesos más que en los oídos.

Las escaleras se enroscaban a la izquierda en vez de a la derecha. Bajó despacio, la madera blanda y húmeda bajo sus pies. El papel pintado se desprendía, dejando ver parches de piedra debajo.

En el rellano la vio. Una niña con un vestido blanco, de pie al fondo del corredor. Tenía la espalda vuelta hacia él. Los brazos le colgaban de forma extraña, las manos perdidas entre los pliegues de la falda. No se movía ni le hacía caso.

«¿Hola?», dijo él.

No respondió. Dio un paso hacia ella. El suelo crujió como si la madera sintiera dolor.

Entonces ella giró la cabeza, apenas un poco. Lo suficiente para dejarle ver la esquina de un ojo. Brillaba como vidrio marino mojado.

Aun así, no habló. Otro paso. Ahora podía ver mejor sus brazos. No terminaban en manos, sino en mangas que colgaban vacías, desinfladas. Los puños estaban manchados de un rojo oscuro, sangre seca pegada a la tela, como si su presencia se hubiera aferrado a la casa durante años.

Abrió la boca. No para hablar. Para gritar. Pero no hubo sonido. Sólo un vendaval, repentino y violento, que rugió por el corredor como un tren que pasa bajo tierra. El vestido de la niña ondeó. Su pelo revoloteó por su rostro y Samuel dio un traspié hacia atrás.

Detrás de él, las paredes habían vuelto a cambiar, ya no eran yeso y papel pintado desconchado sino piedra, húmeda y cubierta de percebes. Un hilillo de agua de mar corría por la esquina donde se encontraban dos ladrillos.

Cuando miró de nuevo, la niña había desaparecido. En su lugar había una escalera que ahora conducía hacia abajo, imposiblemente lejos, cuyos bordes se plegaban en la sombra. Sabía que no debía bajar. Bajó de todos modos. El aire se enfriaba a cada peldaño. Las plantas de los pies le ardían y la nariz le goteaba. El ruido del mar se hacía más fuerte, más cercano. Ya no había luz, sólo un tenue resplandor gris fosforescente que se filtraba desde abajo.

Entonces las escaleras terminaron. Se plantó al pie de la torre mientras las paredes latían débilmente, como si estuvieran vivas. Entre las losas se habían formado charcos de agua de mar, y de ellos salían burbujas, pequeñas y delicadas, que subían con un sonido que parecía susurros alarmados.

En el centro del suelo yacía una mujer. Su cuerpo estaba retorcido en un ángulo antinatural, como si hubiera caído desde gran altura. El pelo, oscuro y empapado, se extendía a su alrededor como algas. La boca abierta, los ojos clavados en la nada. Vestía un suéter rojo. Del mismo tipo que su madre había llevado la noche del asalto. Se acercó a ella despacio, sin aliento. Cuando llegó, parpadeó. No un

parpadeo lento, sino repentino y seco. Sus ojos se fijaron en los suyos. Abrió la boca y habló sin voz, pero aunque no oyó las palabras, supo que le estaba diciendo que huyera, que saliera, antes de que llegara el hombre.

Samuel retrocedió tambaleándose, los pies resbalando y las manos aferrándose en busca de apoyo en la pared de piedra empapada mientras el agua del suelo subía un poco más. El susurro se volvió más fuerte, casi histérico, cuando se giró para correr. Y cuando lo hizo, la torre había desaparecido.

Ahora estaba en la cocina. Pero no era la suya. Era más antigua. Más polvorienta. Una mesa se erguía en el centro, cubierta por un grueso mantel de encaje, y detrás de ella estaba de nuevo la niña, la cabeza inclinada, las mangas ondeando donde deberían estar sus manos.

*No me olvides.*Sus labios no se movían, pero oyó las palabras dentro de su cráneo, como si fueran sus propios pensamientos. Alzó un brazo y señaló la ventana.*Tienes que irte.*El mensaje llegó claro y alto aunque no viniera de sus labios. Samuel siguió el dedo que señalaba y miró a través del vidrio surcado por la lluvia.

Allí fuera, el océano había devorado los acantilados. El agua azotaba la casa. El horizonte había desaparecido. Una figura se movía más allá del cristal: un hombre, alto y delgado, con el rostro oculto. Extendió la mano hacia la ventana y apoyó la palma contra ella. Su mano era la misma que la de aquella noche en Boston.

Guante negro. Pistola apuntando directamente hacia él.

Samuel gritó. El terror de su propia voz lo obligó a abrir los párpados. Se incorporó de golpe en la cama, el pecho agitado. Las sábanas estaban empapadas de sudor y el aire espeso de sal y niebla.

Durante mucho tiempo no se movió, sólo aspiró aire y se dijo que respirara. Miró las sombras en las esquinas, esperando que tomaran forma, pero permanecieron donde estaban.

Sólo cuando alcanzó su tableta y vio la hora —las 3:03 a. m.— el mundo empezó a recomponerse.

Encendió la pantalla. Su resplandor azul lo reconfortó. Un mapa. Eso era lo que necesitaba. Algo que pudiera controlar.

Abrió Scratch y empezó a dibujar: la torre del faro, el suelo de piedra, las escaleras rotas. La cocina con su mantel de encaje. La ventana. La mujer. Y luego, con cuidado, la niña. Vaciló sobre las manos. Y las dejó en blanco.

5

Por la mañana, la niebla no había cedido. Al contrario: se había espesado, posándose sobre la isla en láminas que se movían despacio. El mar estaba más callado ahora, contenido bajo el peso del vaho, aunque sus movimientos seguían tirando y golpeando la base de los acantilados, insistentes y pacientes. Melanie se quedó en la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando la pálida nada donde debería estar el mundo. El extremo del espigón había desaparecido. También la hierba marina, las rocas, el propio horizonte. Era como si hubieran arrancado la isla del mapa y la hubieran dejado a la deriva en las nubes.

Se había quedado en la cama el mayor tiempo posible para evitar empezar el día, fingiendo sueño mientras sentía a Jack echarse las mantas para atrás y la luz gris se arrastraba por el cielo hasta colarse en la habitación. Cuando por fin se arrastró fuera de la cama, él ya estaba en pie, moviéndose abajo con los sonidos bajos y deliberados de alguien que hace café y procura no despertar a nadie.

Ahora la casa se sentía extrañamente frágil, como si la calma de la mañana pudiera agrietarse si alguien se movía demasiado deprisa. Samuel seguía en la cama, inusualmente quieto, los rizos oscuros en la coronilla pegados por el sudor. No quería despertarlo. Todavía no.

Eran casi las nueve cuando llegó el grito. No fue fuerte. No fue estridente. Pero era agudo y doliente, y cortó de lleno la niebla que flotaba por la casa. Dejó caer la taza de té, que se hizo añicos contra el suelo de piedra mientras corría por el salón, atravesaba el pasillo, salía por la puerta lateral; los peldaños, cubiertos de rocío, ya le calaban los pies.

Samuel estaba en el fondo de la inclinación, justo debajo de los escalones del faro, agachado y agarrándose la pierna. La sangre, brillante contra la piel pálida, resbalaba en finos hilillos por la espinilla. Sus ojos estaban abiertos, no por miedo sino por desconcierto, como si no llegara a comprender del todo lo que había pasado. Una larga raja, abierta por el filo cortante del tubo de hierro roto que sobresalía del suelo como un colmillo oxidado, sangraba sin cesar sobre la piedra musgosa.

Jack llegó un par de segundos después, deslizando por la pendiente con una maldición a medias.

«¡Dios!, ¿qué ha pasado? Sammy, ¿estás bien?»

«Me resbalé», dijo Samuel, con voz débil. «Estaba intentando ver cómo la niebla se derramaba por el borde.»

Melanie se arrodilló a su lado, quitándose ya la rebeca para presionarla sobre la herida, con las manos temblando.

«Necesita puntos», dijo con rapidez. «No podemos dejarlo así.»

«Llamaré a Gus», contestó Jack, sacando el móvil del bolsillo. «Él puede llevarnos con Carmen. Está la clínica junto al ayuntamiento.»

No tardó ni veinte minutos en llegar Gus; el ruido del motor del ferry cortó la niebla antes de que su silueta surgiera en el espigón como un fantasma emergiendo del fondo. Los tres subieron al bote, Samuel pálido y tiritando bajo la manta que Melanie le había echado, la cabeza apoyada contra su pecho.

El trayecto fue lento, la niebla espesa y baja, convirtiendo el mar en un vacío lechoso. Jack permaneció junto a Gus, conversando en tono bajo, preguntando por la marea, por el tiempo, por si la isla siempre era tan cambiante. Melanie apenas escuchaba. Mantenía la atención en su hijo, observando las finas líneas del dolor que se tensaban y aflojaban en su rostro, midiendo cada respiración como si fuera una cuenta atrás.

Cuando llegaron a Carmen, el muelle estaba vacío salvo por una gaviota solitaria posada en la barandilla y una pickup maltrecha aparcada junto al agua. Un hombre apoyaba la espalda en el lateral del camión, brazos cruzados, postura relajada.

Se adelantó cuando desembarcaron, las botas golpeando con peso las tablas, y sus ojos encontraron enseguida a Samuel.

«Tom Harlow», dijo, tendiendo una mano que ni Melanie ni Jack estrecharon. «Sheriff. Gus avisó por radio. Dijo que quizá necesitaríais un viaje.»

Jack vaciló y luego asintió. «Gracias. Lo agradeceríamos.»

«La clínica del médico está abierta hoy. Os llevo y os la presento.»

Se metieron en la cabina del camión; Melanie sujetaba a Samuel en el asiento trasero mientras Jack subía al del pasajero. El sheriff conducía con la confianza tranquila de quien conoce cada curva de esas carreteras, mirando de vez en cuando hacia atrás para comprobar a Samuel.

«¿Se han mudado ahora a Stormwatch?» preguntó, con la vista puesta en la carretera entre la niebla.

Jack asintió. «Hace tres días.»

«Por aquí no llegan muchas caras nuevas. A la mayoría la gente le parece demasiado aislado.»

«Exactamente por eso lo elegimos.»

Hubo una pausa, justo lo suficiente para notarlo.

«El lugar tiene mucha historia, sobre todo de salvar vidas», dijo Harlow tras un momento. «Probablemente ya conoceréis el resto.»

Melanie miró a Jack y luego a otro lado, agradecida de que Tom hubiera sido más discreto que Gus.

«Escuchamos algunas historias», respondió Jack con cuidado. «De parte de Gus.»

«Gus se crió por allí. La mayoría de nosotros. Nos gusta contar historias de nuestros antepasados, pero no hay que hacerles mucho caso, son mayormente folclore y chismes.»

Samuel se removió levemente en sus brazos.

«Tendré eso en cuenta porque Samuel no necesita oír cosas así. Ha pasado por momentos difíciles últimamente», dijo Melanie, más

para sí que para el sheriff. «Y no me refiero a la caída. Nos mudamos porque aquí... por algo que ocurrió antes.»

Harlow asintió, sin insistir. «Entiendo. Si necesitáis cualquier cosa, aunque sea alguien con quien hablar, venid directo a mí. La clínica está a la vuelta.»

Se detuvieron frente a un edificio bajo pintado de azul, escondido junto a una panadería y una galería de arte, el tipo de América pequeña que Melanie había considerado encantador en otro tiempo. Hoy le parecía falso, pintoresco pero demasiado cuidado.

Dentro, el doctor, un hombre de aspecto cansado con gafas sin montura y ojos amables, limpió y cosió la herida de Samuel mientras Jack rellenaba los papeles y Melanie se sentaba al lado del niño, murmurando palabras de consuelo. La hendidura era profunda pero limpia. Sin signos de infección. Con suerte, dijo el doctor. Podría haber sido peor.

Después salieron de nuevo a la mañana, la niebla ahora disipándose por los bordes. La calle principal de Carmen despertaba, la gente del lugar moviéndose de tienda en tienda con el lento ritmo de lo conocido. El sheriff Harlow les había esperado y, cuando Jack ayudó a Samuel a subir al asiento trasero, Melanie se detuvo junto a la puerta del pasajero abierta.

«Gracias otra vez», dijo ella, en voz baja.

Él la miró un instante.

«Es un chico despierto», dijo él. «Listo. Apuesto a que se parece a ti.»

Ella esbozó una sonrisa evasiva.

«Si alguna vez las cosas se complican ahí fuera», continuó, «incluso si es solo por nervios, llámame. Mucha gente se muda a Stormwatch pensando que el aislamiento les hará bien y que podrán aguantar el estar desconectados, pero la realidad es que no siempre es fácil.»

Metió la mano en el bolsillo del abrigo y le entregó una tarjeta.

«Doctor Caleb Wynn. Terapeuta. Es discreto. Tiene un lugar justo en la bahía. Ayudó a mi sobrina después de que sufriera un accidente grave en la carretera de la costa. Sigue aceptando clientes privados cuando le convienen.»

Melanie giró la tarjeta entre los dedos. Era color crema, gruesa, con una tipografía serif en relieve. El nombre, claro y sencillo: Caleb Wynn, PsyD. Sin página web. Sin logotipo. Solo un nombre, un número de teléfono y una dirección en la localidad. Ella no respondió y él no insistió.

Mientras conducían de vuelta hacia el muelle, la tarjeta pesaba en su palma. Stormwatch podría haber sido su refugio. Pero ella empezaba a preguntarse si no sería simplemente su siguiente error.

La niebla se había levantado ya a última hora de la tarde. No se dispersó de una sola pasada, sino que se fue deshaciendo poco a poco. Primero reapareció el espigón, negro y reluciente por la humedad. Luego las rocas dentadas a lo largo de la curva norte del entrante, cada una brillando húmeda al sol. Y, por fin, volvió a aparecer el continente: una franja tenue y reluciente a través del agua, y con ella el contorno adormilado del puerto de Carmen, sus techos atrapando la luz pálida.

Melanie permaneció en las escaleras delanteras del faro, con los brazos cruzados a modo de abrigo. Era el primer calor de los últimos días, pero no lograba quitarse el escalofrío.

Abajo, el mar cumplía su música habitual: suaves golpes contra los acantilados, el ocasional suspiro de las olas al desplazarse por la estrecha cala. Oía el zumbido de un motor de barco a lo lejos, al principio débil, luego haciéndose más intenso. No era el ronco traqueteo del ferry de Gus. Este sonido era más pulido. Se cubrió los ojos con la mano y miró al mar.

El barco apareció como salido de un folleto. Largo y blanco, con el casco de caoba pulida y las velas de lona azul marino cuidadosamente plegadas. Abrió una estela limpia al aproximarse, brillando como si nunca hubiera conocido un día duro en el mar.

Jack salió al porche tras ella. «¿Esperas a alguien?», preguntó.

Ella negó con la cabeza. «¿Tú?», replicó.

«No», dijo él.

Observaron juntos cómo el barco reducía la marcha y se acercaba con suavidad a su embarcadero. Un hombre estaba en la roda, alto y impecablemente vestido con las mangas remangadas y chinos oscuros. Levantó una mano en saludo, seguro y desenfadado.

Samuel apareció detrás de ellos, dando pequeños saltos para asomarse por la barandilla.

«Tiene una bandera en la popa», dijo el niño. «El nombre del barco es Second Chance.»

Jack entornó los ojos, con sarcasmo en la voz. «Parece un yate de rehabilitación.»

Pero Melanie no dijo nada. Algo en la llegada de un desconocido la ponía nerviosa.

El hombre amarró su barco con mano experta y subió por el camino, llevando en ambas manos un plato cubierto. Su sonrisa era cálida, relajada. Ensayada para parecer natural.

«Buenas tardes», llamó al acercarse. «Espero no molestar.»

Tenía una voz educada, marinera pero limpia, con esa cadencia suave y medida que parecen cultivar los terapeutas y los consejeros de duelo.

«Soy Caleb Wynn. ¿Tal vez me habrá mencionado el sheriff Harlow?», añadió.

Jack parpadeó. «Nos dejó su tarjeta», dijo.

Caleb asintió, aún sonriendo. «Tom es un buen tipo. Me dijo que habíais tenido un susto con vuestro chico, ¿una caída?», preguntó.

Samuel retrocedió, medio escondiéndose tras su madre.

«No fue nada grave», dijo Jack rápidamente. «Solo un raspón.»

Caleb bajó el recipiente. «Aun así. Primera semana en una casa nueva y ya probando el terreno. Suena a algo que yo habría hecho. Traigo esto como gesto de bienvenida. La receta de mi madre. Cazuela de marisco y alubias blancas.»

Extendió el plato hacia Melanie.

Ella lo tomó despacio. La cerámica aún conservaba calor.

«Es muy amable por su parte», murmuró.

«En absoluto. Vivo al otro lado de la bahía. A veces es más fácil navegar que conducir. Por carretera son unas dos horas y el terreno no siempre es fácil de salvar», dijo, mirando alrededor con una aparente admiración sincera. «Lugar bonito. Salvaje, eso sí. Entiendo por qué a algunos no les acaba de llenar, pero también por qué algunos pueden enamorarse y no querer marcharse.»

Jack mostró una sonrisa tensa. «No estamos seguros aún en qué categoría entramos, pero espero que sea la segunda.»

«Entonces aún estáis en la luna de miel», sonrió Caleb, sin mala intención. «Es la mejor parte.»

Jack murmuró una pequeña exhalación. Melanie lo miró con dureza.

«Usted es terapeuta», dijo ella de pronto, con la voz más plana de lo que pretendía.

Caleb asintió. «Lo soy. Formación psicodinámica. Trabajo principalmente con traumas y ansiedad en familias. Antes daba clases, ahora me dedico más en privado.»

«¿Ha atendido pacientes por aquí?», preguntó ella.

«Algunos. Los que prefieren discreción. El mar ayuda a algunos. Las olas y la soledad pueden clarificar», respondió.

Jack cruzó los brazos. «No hemos venido exactamente en busca de claridad.»

«¿No?», Caleb inclinó la cabeza, sereno como siempre. «Entonces, ¿qué os trae por aquí, si no os importa que pregunte?»

Melanie vaciló, sus manos se apretaron alrededor del plato.

Jack respondió primero. «Un cambio. Un respiro. La paz y la tranquilidad lejos de la intrusión de los medios. Las cosas se... descontrolaron en Boston.»

Caleb asintió despacio. «Creo que suele ser así. Si hay algo que pueda ofrecer, sobre todo con Samuel, por favor no dudéis en pedirlo. No es una oferta profesional, solo... preocupación vecinal.»

Se volvió entonces hacia Samuel, y su sonrisa se suavizó. «Capitán», dijo, con un pequeño saludo. «¿Cómo es la vista desde la cima de la torre?»

Samuel sonrió radiante. «Es increíble. Lo veo todo. Carmen parece un pueblo de juguete.»

«Lo imagino. ¿Eres entonces el nuevo farero?»

La sonrisa del chico se amplió. A Melanie se le apretó algo en la garganta.

«Estáis invitados a cenar con nosotros», dijo Jack de pronto.

Melanie parpadeó, mirándole.

«Es lo menos que podemos hacer», añadió. «Habéis venido hasta aquí.»

«Me encantaría», dijo Caleb. «Vuelvo al barco a coger un par de cosas. ¿Vino? ¿O preferís no beber?»

«El vino está bien», dijo Jack.

Y así, de repente, formó parte de su velada.

Más tarde, cuando el sol volvió el agua dorada y las sombras de los acantilados se alargaron y oscurecieron, Caleb se deslizó con suavidad en sus vidas. Era fácil con Samuel, lo llamaba otra vez «Capitán» y lo metía en conversaciones sobre el funcionamiento de los faros, las leyendas de guardianes fantasma y, con más efecto, el folclore de los naufragios.

Melanie los observaba desde la ventana de la cocina mientras salteaba chalotas, las manos moviéndose mecánicamente. La cazuela que había traído reposaba enfriándose sobre la encimera. Jack intentaba mostrar tranquilidad, aunque ella lo conocía lo bastante como para leer la tensión en sus hombros. Estaba evaluando a Caleb. Eso estaba claro. Pero no podía decir qué había descubierto. Y no lograba decidir qué era lo que ella misma había sentido.

Había encanto, sin duda. Modales pulidos. Una autoridad silenciosa. Y algo más. Una quietud en su presencia, del tipo que atrae a la gente, no por la fuerza, sino por insinuación. Ella conocía ese tipo de persona. Había trabajado con profesores de arte que lo poseían. También con terapeutas. Esa gravedad amable.

Hubo un tiempo en que la tuvo. Antes de Boston, antes de que la maternidad se apoderara de cada centímetro de su identidad, Melanie fue otra persona. Una artista con ambición, invitaciones de galerías y lienzos lo bastante grandes como para ahogarse en ellos. Pintaba, sobre todo, océanos. Mares tormentosos, horizontes fríos, mujeres de pie, descalzas, sobre arena negra.

Luego llegó Samuel, y lo dejó todo a un lado, plegándose ordenadamente a la necesidad doméstica.

Cuando los restaurantes de Jack empezaron a tener éxito, se dijo a sí misma que bastaba con educar en casa a su hijo, con mantener la calma en el caos del horario de su marido. Pero la verdad era que

ella se había desvanecido mucho antes, mucho antes de que llegara el intruso. El allanamiento solo confirmó lo que ya temía: que el mundo era peligroso y que ella ya no estaba preparada para afrontarlo.

Ahora, al ver a aquel desconocido acomodarse en su velada, vincularse con su hijo y aliviar la tensión del rostro de su marido, algo en ella se removió. No eran celos. Ni atracción. Algo más sutil. Alivio.

La cena se sirvió en el rincón comedor, iluminada por velas y caliente recién salida del horno. Jack había preparado un bacalao con hinojo y mantequilla que hizo cerrar los ojos a Caleb en señal de aprecio. Cuando se dio cuenta de que Jack era cocinero, Caleb se contuvo y puso las frases adecuadas sobre su propia aportación, que Melanie prometió que comerían al día siguiente. Jack hizo sonidos similares, hablando de querer cocinar para su invitado y de no desperdiciar el pescado fresco. Mientras Melanie se preguntaba cuál de los dos era el más sincero.

«Esto», dijo, limpiando un plato con pan crujiente, «es exactamente por lo que la terapia siempre debería incluir comida.»

Durante el postre —natillas compradas y peras escalfadas— volvió a hablar de la terapia, pero con cuidado. Habló de los sueños como ventanas, de la memoria infantil como una especie de marea que sube y baja, moldeando lo moldeable.

Mencionó la edad de Samuel, que estaba en el umbral de algo significativo. Lo llamó «una estación umbral».

Jack escuchó. Melanie observó. «Me gusta», murmuró Samuel, lleno tras la cena y somnoliento, apoyando la cabeza en su hombro.

Melanie cruzó la mirada con Jack al otro lado de la mesa. No sabía decir por qué, pero algo en ella se tensó. Porque a ella también le gustaba. Y eso, quizá, era el comienzo del problema.

6

Los días pasaron a ritmo sosegado. Se desempacaron bolsas y cajas y las habitaciones fueron reclamadas con distintos grados de reticencia, se comieron las comidas, las conversaciones empezaron a sentirse menos forzadas y, cuando el sol se ponía, el faro se sumía en su silencio nocturno. El viento, que se había aquietado en el transcurso de cuarenta y ocho horas, presionaba suavemente contra las ventanas como un susurrador persistente, y el mar se había vuelto oscuro e inescrutable. La casa, aunque seca e intacta, parecía resistirse a su presencia en pequeños detalles imposibles de probar. Cada puerta necesitaba un segundo empujón para cerrarse. Los interruptores exigían la presión justa. Las tuberías crujían un poco demasiado después de usarlas.

Melanie se encontró sola en el estrecho pasillo de arriba, donde caminó en silencio, las tablas del suelo cediendo levemente bajo su peso, y se detuvo ante la puerta que había decidido sería la suya. El papel pintado aquí era distinto. Donde los demás mostraban pintura neutra que se descascarillaba o rayas desvaídas, éste estaba cubierto de un tupido estampado floral, rosas y hojas verde oscuro trepando hacia arriba. Extendió la mano y rozó la pared con las yemas de los dedos. El papel se sentía ceroso, casi cálido y reconfortante.

Dentro, la habitación estaba más fría que las demás. No por una corriente de aire, exactamente, sino por desuso. Encendió la lámpara. El resplandor iluminó una pequeña cómoda, tiradores desiguales faltando en dos de los cajones. La ventana daba a la parte trasera de la isla, hacia los acantilados interiores y la loma baja de tierra más allá. No había cortina, solo una vieja persiana enrollable que se negaba a desenrollarse. La añadiría a su lista de cosas por reemplazar, que no dejaba de crecer; medio preguntándose mientras apuntaba si podrían permitirse alguna de ellas, y la otra mitad preguntándose si estarían allí el tiempo suficiente como para molestarse.

En otra parte de la casa, Jack pasó junto a la puerta abierta de Samuel. El chico seguía despierto, los ojos abiertos a la tenue luz de su lámpara de noche. No había hablado mucho desde su llegada. Apenas había tocado la comida ese día y solo hablaba si le hablaban, y eso incluía a Melanie. Jack se apoyó en el marco y carraspeó.

«No es demasiado extraño, ¿verdad? ¿Crees que te acostumbrarás?»

Samuel parpadeó. «No es extraño, no del todo», dijo en voz baja. «Simplemente aún no es nuestro, pero espero que lo sea.»

Jack vaciló. «¿Qué quieres decir?»

El chico miró al techo durante un largo momento. Luego: «Todavía recuerda a otra gente, a las personas que vivieron aquí antes que nosotros, y al tiempo anterior a eso, hasta muy atrás. No creo que haya decidido si le gustamos o no.»

Jack lo observó con atención.

«¿Qué te hace decir eso?» preguntó.

Samuel se encogió de hombros, luego hizo una pausa.

«Es solo una sensación que tengo por dentro», dijo.

Jack entró y se sentó en el borde de la cama. Sabía que insistir demasiado con su hijo terminaría con éste cerrándose, así que en lugar de eso tomó el bloc de dibujo que descansaba en la mesilla y lo abrió. Unas líneas toscas. La torre. Una figura cerca de la cima. Brazos extendidos, como resistiéndose al viento.

«¿Quién es? Es un gran dibujo, Sam»,

«Nadie. Es solo un dibujo», dijo Samuel, quitándole el bloc suavemente de las manos a su padre. «Es simplemente algo en lo que pensé.»

Jack sonrió y le despeinó el pelo, aunque el gesto se sintió delgado y prestado.

«Vale… y hijo, espero que acabes gustándote esto y que la casa decida que le gustamos», dijo. «La haremos sentir como en casa, pero por ahora, intenta dormir.»

Pero, al salir de la habitación, oyó a Samuel susurrar algo más, justo antes de que se apagara la luz.

«Ella dice que debemos irnos, y que no es seguro aquí.»

Jack se detuvo y volvió a entrar en la habitación, el corazón latiéndole con fuerza, pero cuando llegó a la cama, a la pálida luz gris de la luna vio que los ojos de Samuel estaban cerrados y su pecho subía y bajaba con el ritmo del sueño. Lo observó un instante, queriendo saber qué quería decir Samuel, pero entonces se dio cuenta, esperanzado, de que habría hablado en sueños. Convencido, al final, de que su hijo dormía profundamente, Jack se dirigió a la puerta, ignorando la sensación de ser observado y la mínima hilera de inquietud que le recorrió la espalda.

7

La cinta encajó en su sitio con un pequeño chasquido satisfactorio. Un sonido que Caleb Wynn siempre había encontrado extrañamente reconfortante, como el cierre de una correa de reloj o el giro de una cerradura bien engrasada. Pulsó el pequeño botón rojo marcado GRABAR, y el carrete comenzó a girar, apenas audible en el silencio de su despacho.

«Voy de nuevo esta tarde», dijo. Su voz, aunque perfectamente calmada, llevaba un hilo de expectación que no lograba evitar que se filtrara. «Stormwatch. Sólo he ido una vez hasta ahora, de manera profesional, no como invitado a cenar —que he de decirme dio una visión maravillosa de la dinámica familiar—, pero ya me siento... sintonizado. Esa es la palabra que me viene a la mente. Como si hubiera llegado no por elección, sino por diseño.»

Pausó. Le gustaba hablar con deliberación en estas grabaciones. Despacio, con limpieza. Sin titubeos. Sin divagar. Consideraba sus notas orales como cartas, en realidad. Cartas para una versión futura de sí mismo, para reproducir cuando la memoria se hubiera difuminado y el pasado precisara que le recordaran cómo se desarrolló.

Se reclinó en la vieja butaca de cuero que había pertenecido a un director de colegio, todavía con un leve olor a tabaco de pipa pese a los mejores esfuerzos de Caleb por camuflarlo con aceite de cedro.

El despacho donde trabajaba era pequeño, metido bajo los aleros de su casa orientada al mar en Carmen. Madera oscura forraba las paredes. Algunos certificados enmarcados. Una balda de textos elegidos. Los huesos de una vida académica enterrada hacía tiempo.

Aclaró la garganta. «Samuel es notable. Brillante, introvertido, como todos los niños verdaderamente dotados. Noté sus instintos para el código casi de inmediato. Comprende la lógica espacial del mismo modo que la mayoría de los niños entienden el helado o las fiestas de cumpleaños. Es instintivo. Sus dibujos del faro son fascinantes, no sólo por su precisión técnica, sino por la focalización de su atención, especialmente en lo que mapea y en lo que omite. Ya confía en mí, puedo notarlo. Me he asegurado de ello. Hay una apertura ahí. Una blandura. Sólo necesita la presión adecuada.»

Otra pausa. La cinta siseó suavemente bajo su voz.

«Melanie... Melanie es más delicada. Sus bordes están deshilachados por el miedo. Se nota en sus ojos, en su voz, en la forma en que escucha sonidos que no existen. El incidente en Boston la sacudió mucho más de lo que ella admite. Está sostenida con alfileres y sonrisas pintadas, y desea, con todas sus fuerzas, creer en la seguridad. La busca en Jack, pero Jack es un... hombre quebradizo. A la defensiva. Atrincherado. No me sorprendería saber que oculta algo. Evita mis ojos, se aferra a la lealtad de su hijo como a una insignia de supervivencia y su orgullo sería mutilado si la perdiera ante otro hombre. Lo noto. Sospecho que quiere redención. Pero no creo que sepa cómo ganársela.»

Caleb se levantó de la silla y se acercó a la ventana. La vista desde este lado de la casa era estrecha pero útil. Entre dos afloramientos de pino apenas logró distinguir el faro, un diente pálido que se alzaba desde el cabo negro.

Apoyó la palma en el cristal.

«Son la familia adecuada. He esperado, he observado y, por una vez, creo que el momento es mío. El niño necesita un guía. La madre, un ancla. El padre... bueno. Algunos hombres están destinados a desvanecerse, y otros a quedarse.»

Apagó la grabadora. La calma que siguió fue absoluta.

Fue más tarde esa misma tarde, cuando el sol cayó bajo las nubes, que Caleb volvió a sacar a Second Chance. Le gustó el nombre más de lo que había esperado. Se lo había puesto su dueño anterior, un psiquiatra canadiense que se retiró pronto tras un escándalo por violaciones de los límites y la hija de un paciente adinerado. Y aunque Caleb no tenía intención de repetir los errores de su predecesor, no pudo evitar admirar la crudeza de la expresión. Todo el mundo quería una segunda oportunidad.

Llevaba sus chinos de siempre, con una camisa abotonada y las mangas remangadas, náuticos sin calcetines. Lo bastante informal para parecer vecino, lo bastante arreglado para sugerir fiabilidad. No llevaba maletín, sólo una bolsa de lona con una botella de vino, una lata de shortbread de almendra y un pequeño sobre manila.

El sobre contenía copias de informes de educación en casa, una impresión en línea de una reseña de restaurante y dos recortes de periódico. Uno del Boston Globe, que relataba la caída de Jack Geller en el mundo culinario con un lenguaje comedido, y otro, más pequeño y sensacionalista: "Celebrity Chef Targeted in Home Invasion. Family Traumatized, No Arrests Made."

No tenía la intención de mostrarlos a nadie, pero le gustaba tenerlos cerca. Eran su mapa. Amarró en el embarcadero y subió el sendero con paso calculado. Le gustaba la manera en que la casa surgía entre la maleza. Su torre redondeada, los aleros con ángulos cerrados, la ventana estrecha donde Samuel solía posarse. Tenía una forma excéntrica, el tipo de casa que la gente compra cuando quiere renacer o malgastar dinero en un proyecto de vanidad.

Melanie abrió la puerta. Parecía cansada, pero más animada hoy. El pelo recogido en un moño improvisado, una mancha de pintura azul en la muñeca izquierda.

«Espero no llegar temprano», dijo, sonriendo. «Aposté por la marea.»

«Estás bien», respondió ella, echando un paso atrás. «Jack está terminando en la cocina.»

La siguió dentro, observando con interés que el caballete se había colocado junto a la amplia ventana, con un nuevo lienzo

empezado. Grises y blancos. Aún sin mucha forma. Pero había movimiento en las pinceladas.

Inclino la cabeza. «¿Es tuyo?»

Ella asintió. «Intento encontrar la mejor luz.»

La miró con suavidad. «La luz más difícil de encontrar es la que enterramos para protegernos.»

Sus ojos se desviaron hacia el lienzo. Luego hacia la cocina. No insistió en su pequeño momento de sabiduría.

Como había esperado, lo invitaron a quedarse a cenar, que fue cálida y sin complicaciones. Estofado de pescado con tomate especiado, pan crujiente, una ensalada de hinojo en escabeche y hojas amargas. Jack hizo de anfitrión con cortés distancia, dejando un sitio en la mesa pero sin esforzarse más para que Caleb se sintiera acogido. Samuel habló más que cualquiera de sus padres, saltando de un tema a otro: el código que estaba escribiendo, los ruidos que hacía el faro por la noche, los mapas que estaba construyendo. Caleb escuchó, formuló preguntas. Tomó nota.

Después de la cena, cuando Jack salió a llamar a un proveedor —algún asunto con una entrega perdida o un pago—, Caleb y Melanie se quedaron en la mesa. Samuel había desaparecido escaleras arriba, anunciando que necesitaba «probar algo en Scratch».

El silencio entre ellos era cómodo pero, sin duda, cargado.

«No tienes por qué seguir viniendo aquí», dijo ella al fin, con la voz baja.

«No vengo por bondad», respondió él, observándola. «Vengo porque me parece importante y, a veces, hay gente que aparece en nuestras vidas en el momento justo y no reconocerlo sería... ingrato».

Ella miró su copa. «Ni siquiera nos conoces tan bien, así que ¿por qué es este el momento adecuado? ¿Lo dices por nosotros o por ti?»

Él inclinó la cabeza. «Tienes razón, no os conozco, no aún. Pero me gustaría hacerlo. Y creo que el momento es perfecto para los tres».

Luego, con suavidad, «Creo que, por lo que tú y Jack me contasteis sobre lo de Boston, que has cargado con demasiado a solas y si puedo ayudar de alguna forma, lo haré».

Algo en su rostro cambió. Ira o pena o quizá solo agotamiento.

«Mi hijo tiene pesadillas», dijo ella. «Ve cosas. Oye cosas. Y no sé si es imaginación, memoria o algo peor. Y yo no le sirvo de ayuda. Ya no».

«Eres más ayuda de lo que crees», dijo él, «pero nadie debería tener que navegar eso en soledad».

Metió la mano en su bolso de lona y le entregó una carpeta sencilla. No era la que contenía pruebas de sus pesquisas.

«Mi oferta sigue en pie. Sin papeleo. Sin horarios. Investigación académica, si alguien pregunta. Unas cuantas sesiones. Contigo, con Samuel, con Jack si acepta. Solo ver cómo se siente».

Ella la tomó, su mano rozó la suya. Él no sonrió aunque el roce le provocó un brillo interno. Más bien la observó con atención, la voz apenas un susurro.

«Stormwatch es hermoso. Pero también está aislado. Estos lugares despiertan cosas. Arrancan cosas de la mente. Algunos se hunden. Otros salen más fuertes».

Hizo una pausa. «Creo que tú eres de los segundos».

En la habitación de fuera crujió una tabla del suelo. El momento se disolvió. Jack volvió a entrar murmurando algo sobre retenciones de crédito y personal idiota. Melanie se levantó para rellenar el vino, y Caleb se recostó en la silla, dejando que el ritmo del hogar volviera a imponerse. Pero por dentro, sonreía.

8

Jack estaba junto a la estrecha ventana de la cocina, una mano apoyada en el vidrio frío, mirando la marea retirarse de las rocas como un animal avergonzado. La luna iluminaba la superficie con finas cintas de plata y detrás de él, el fuego en el salón crepitaba suavemente, esforzándose con orgullo por llenar el espacio de calor.

Su portátil descansaba abierto sobre la mesa de pino, la pantalla proyectando una luz pálida en el interior oscuro de la cabaña. Una hoja de cálculo le devolvía la mirada, con cifras en celdas rojas como heridas abiertas. Facturas de proveedores. Nóminas. Una hipoteca. En otra pestaña había un correo a medias dirigido a su jefe en Boston. En otra, una crítica despiadada de un blog gastronómico local titulada*«La caída de una estrella culinaria.»*Cerró la tapa sin leer más.

Pasos y el leve crujido de las tablas cuando Melanie fue al baño, el clic de la luz y el portazo le hicieron preguntarse por su estado de ánimo. Ya nunca lo sabía. Dormía como quien se prepara para un impacto. Esa expresión —la de desdén— no se le quitaba de la cara, ni siquiera con los ojos cerrados. Había esperado que el faro sirviera de alivio, pero la tensión no se había disuelto. Se había desplazado, había empapado las paredes de este lugar, la forma en que se movían el uno junto al otro.

Se sirvió un whisky, de los baratos, no la botella que guardaba para invitados especiales. No quería algo especial. Quería silencio. Perdón. La notificación vibró otra vez. Echó un vistazo al teléfono.

Buzón de voz: Julia Malinowski (abogada). Asunto: URGENTE – Acción requerida

No lo escuchó. No hacía falta. Sabía de qué se trataba: el principio del fin. El grupo de restaurantes estaba perdiendo sangre. Algunos de sus inversores ya se habían retirado. Abrió otra pestaña y escribió el número de su padre. No pulsó "llamar". Se quedó mirando las cifras. No se hablaban desde el funeral. Ni siquiera después de que Samuel naciera.

«No eres más que puro espectáculo», le había dicho su padre una vez, durante una de sus últimas discusiones. «Quieres admiración, no respeto.»

Jack borró el número, como siempre hacía. En su lugar, abrió un documento en blanco y empezó a escribir otra cosa. Una carta para Melanie. O quizá sólo para él mismo. No estaba seguro.

No sé cómo arreglar lo que rompí. Pero lo veo ahora, en cada habitación de esta casa, en tu rostro cuando crees que no te miro. No fui valiente. Me paralicé. No solo en Boston, sino años antes. Me paralicé porque no supe cómo ser el hombre que necesitabas cuando el brillo se fue.

Dejó de teclear. Le temblaban las manos y desvió sus pensamientos torturados hacia su hijo.

Samuel había estado callado últimamente. Demasiado callado. El chico casi no hablaba en la cena. Sus dibujos también habían cambiado: menos fantasía cifrada y ahora líneas más angulosas, sombras más oscuras. Jack había visto uno dejado junto al portátil antes. El faro se alzaba con detalle nítido, pero en la cima de la

torre, una figura se yergue. No saludando ni sonriendo. Simplemente ahí. Cerró el archivo y se puso en pie. El whisky le quemó al bajar.

En el pasillo, se detuvo fuera de la puerta de Samuel. Puso la mano en el marco y escuchó. Nada. Ningún ruido de su hijo removiéndose en la cama, ningún murmullo. Solo el zumbido suave del portátil de Samuel, en espera. Jack entró. La habitación estaba en penumbra, iluminada sólo por el resplandor pálido de la radio meteorológica en el alféizar. Samuel yacía acurrucado de lado, su tableta medio metida bajo las sábanas como si fuera un objeto de consuelo.

Jack se agachó y apartó un rizo de la frente de su hijo. «Lo siento», susurró. «Te mereces algo mejor que esto. Mejor que yo.»

No esperó respuesta. No podía soportarlo si Samuel abría los ojos.

De vuelta en la cocina, abrió el correo de nuevo. Esta vez no vaciló.

Julia,

Proceda con lo que haya que hacer. Firmaré. Sólo asegúrese de que mi personal quede atendido primero. No quiero que paguen por mis errores.

- J.

Hizo clic en enviar, pero no hubo alivio. Solo el sonido del mar, eterno e indiferente, como si al mundo mismo no le importara si desaparecía, se hundía o nadaba. Permaneció en la oscuridad, escuchando las olas. Luego, despacio, volvió a su silla y miró por la ventana hasta que el cielo empezó a aclararse, no con esperanza, sino con el implacable paso del tiempo. Fuente:

9

La siguiente visita de Caleb llegó tres días después, tras una noche fina y angustiosa en el faro que dejó a Melanie exhausta y a Samuel callado de un modo que la inquietaba más que las lágrimas. Había empezado a dormir con la manta por encima de la cabeza, con los auriculares puestos y el ruido blanco tan alto que enmascaraba los crujidos del viento contra la torre. Cuando Melanie trató de quitarle los auriculares con suavidad después de que se hubiera dormido, se despertó en pánico y gritó lo bastante alto como para sobresaltar a las gaviotas que anidaban en las rocas afuera.

Así que, cuando Caleb llamó para preguntar si podía pasar "solo a conversar", que dijo que no sería nada formal, ella aceptó casi de inmediato.

Llegó con la marea, amarrando el Second Chance en el espigón y subiendo por el sendero con una bandolera en un hombro y esa misma sonrisa apacible que siempre llevaba, la clase de sonrisa que parecía genuina. Saludó a Samuel primero, como siempre.

«Capitán», dijo, con un saludo. «¿Permiso para subir a bordo?»,

Samuel sonrió, luego vaciló. «Mamá quiere que hable contigo. No quiero hablar de mis sueños, ¿vale?»,

«Está bien», dijo Caleb. «Esperaba que me enseñaras tus mapas Scratch. Llevo toda la semana pensando en el faro. Necesito que alguien me enseñe a navegarlo»,

Eso bastó. Samuel sonrió ampliamente y lo condujo adentro y subiendo las escaleras sin mirar atrás. Melanie los siguió, aún no lo bastante cómoda como para dejarlos a solas, o al menos eso se dijo a sí misma.

La sala de la torre estaba fresca y salpicada de polvo, iluminada por la luz de la tarde que entraba en diagonal por ventanas surcadas de sal. Samuel había montado un escritorio improvisado con una caja volteada y una silla de camping. Su portátil reposaba sobre un libro gordo. Junto a él, varias libretas apiladas, cada una llena de bocetos de plantas, coordenadas digitales y apuntes al margen en su letra pequeña y ordenada.

Caleb se tomó su tiempo. Escuchó. Elogió. Preguntó cómo funcionaban los scripts, qué activaba las alertas de movimiento, cómo se integraba la señal de la cámara.

«¿Usas el router interno para conectarte al Wi-Fi de la casa?», preguntó con ligereza. «¿O estás emitiendo una señal aparte?»,

Samuel alzó la vista. «Solo el Wi-Fi de la casa. Pero a veces va lento»,

Caleb se inclinó interesado. «Podría ayudar con eso. Trabajé un tiempo en el MIT Media Lab. Pruebas de seguridad, principalmente. Podría echarle un vistazo. Solo con el permiso de tus padres, por supuesto»,

Melanie asintió con la cabeza mientras los ojos de Samuel se agrandaban un poco ante la mención del MIT.

«¿De verdad trabajaste allí?»,

«A tiempo parcial. Hace años. El código es tan interesante: el pensamiento vestido de armadura. Al menos, así lo veo yo»,

Samuel asintió solemne y volvió a su bloc de dibujo. Cuando la sesión terminó —menos una sesión y más un cortejo lento y deliberado de confianza— Melanie y Caleb bajaron de nuevo a la planta principal donde Jack estaba sentado en la cocina. Su teléfono yacía boca abajo sobre la mesa, los brazos cruzados, con el gesto apretado por el cansancio.

«¿Qué tal ha ido?», preguntó, incorporándose.

Caleb esbozó una sonrisa tenue. «Muy bien. Es listo. Curioso. Analítico», vaciló, y luego añadió con suavidad, «pero cansado. Muy

cansado. Lo he deducido por la palidez de su piel, los párpados ligeramente caídos, la mirada vidriosa y una leve caída en la comisura de la boca. También parece triste, y todos estos son indicios investigados médicamente que se atribuyen a la privación de sueño»,

Melanie se frotó las sienes. «Tienes razón, Caleb. No ha dormido de corrido en semanas»,

«¿Habéis considerado probar un sedante a corto plazo? Muy ligero, eso sí, algo que ayude a su cerebro a pasar por los ciclos de sueño profundo. Un miligramo puede cambiarlo todo»,

Jack alzó la cabeza, visiblemente incómodo. «¿Drogas? ¿Para un niño de siete años?»,

«No drogas», dijo Caleb. «Piénsalo como herramientas. Solo si os sentís cómodos, claro. Solo un ensayo. Y lo prescribiría un colega mío del hospital, todo completamente legal. Yo gestionaría la solicitud y tendríais en cuenta que no se trata de sedación. Se trata de alivio»,

Melanie miró a Jack. «Necesita descanso. Y nosotros también. No puedo dormir porque estoy en alerta constante esperando a que me llame»,

Jack miró entre ambos. «No lo sé. Quizá»,

«Dejadme gestionar una microdosis», dijo Caleb. «Podéis leer todo antes de decidir, pero os prometo que no será nada fuerte. Nada que cree hábito. Hablamos de apoyo para dormir, no de tranquilizantes»,

Habló con tal calma y seguridad que oponerse empezó a sentirse como una fricción innecesaria y Melanie ya estaba convencida. Para su irritación, Jack volvió a mirar su teléfono. Se había iluminado con otro mensaje y ella pudo ver que era del gerente de su restaurante en Boston. Dio un paso y leyó la pantalla.

Crítico confirmado para el viernes. El chef sigue desaparecido. Pedidos retrasados.

Melanie alzó las cejas y lo vio deslizar el teléfono al bolsillo. «Lo pensaremos»,

Aquella noche, mientras Melanie arroparía a Samuel, Jack se quedó abajo y abrió su portátil.

La videollamada era inestable, con retrasos por la señal, pero la cara de su jefe seguía viéndose con suficiente claridad como para mostrar el estrés.

«Es un desastre, Jack. No se ha pagado a los proveedores. La mitad del personal piensa que te has largado. Si no clavamos el viernes por la noche, estamos jodidos»,

«Volveré mañana», dijo Jack. «Solo por dos noches. Cogeré el ferry temprano»,

«Más te vale»,

Cuando la llamada terminó de forma abrupta, ya fuera por un fallo técnico o por el mal genio de su jefe, Jack se quedó mirando la pantalla, los dedos aún apoyados en el teclado.

Odiaba cómo se sentía. dejarlos allí. Pero la culpa ya no tenía poder para detenerlo. Sus márgenes se estrechaban. Su reputación se deslizaba. Se le habían acabado las líneas de crédito, la buena voluntad. Y la verdad, las palabras no dichas que se sentaban entre sus pulmones como una piedra, era que todo eso —la carga, el riesgo, la deuda— había empezado antes del robo. Era la razón del robo que él había orquestado con la esperanza de que el pago del seguro le diera aire y fuera la línea fija que necesitaba a la desesperada.

Y ahora, al ver a ese extraño pulido infiltrarse en su familia como el humo, ofreciendo ayuda, ofreciendo saber, ofreciendo consuelo, Jack sintió el destello de algo primal y frío. No confiaba en Caleb Wynn. Pero tampoco podía negar a Melanie y a Samuel la oportunidad de sanar. Por eso, cuando Melanie bajara las escaleras él apaciguaría la culpa de abandonarlos aceptando las sugerencias de Caleb. Le dolería, solo pronunciar las palabras, pero dejarlos al cuidado de un desconocido sería como una puñalada en el corazón.

Pero, después de todo lo que había hecho, por cómo había fracasado, Jack sabía que era lo correcto. Por ahora.

A la tarde siguiente, Caleb volvió llevando solo un frasco pequeño marrón de pastillas y un sobre blanco liso.

«Dos miligramos», dijo Caleb a Melanie, dejando la botella sobre la encimera, «no es una benzodiazepina. Se disuelven bajo la lengua. Una antes de acostarte. Media, si prefieres empezar despacio.»

Ella asintió, los dedos rozando el frasco. Mientras hablaban, Samuel entró en la habitación, refunfuñando otra vez por el Wi-Fi.

«Le echaré un vistazo», dijo Caleb, sonriendo, «con el permiso de tu madre.»

Melanie asintió.

Caleb siguió a Samuel hasta el salón y se agachó junto al router. Era un equipo básico: puertos sin asegurar, acceso por defecto, sin firewall. En menos de dos minutos, conectó un pequeño dispositivo USB en la parte trasera de la caja y lo vinculó inalámbricamente a una app en su teléfono. Invisible. Silencioso. Un fantasma en su sistema. Ahora podía ver qué buscaban. Qué veían. Cuándo dormían. Cuándo no.

Se incorporó, quitándose el polvo de la rodilla. «Debería ir más rápido ahora», dijo. «Solo necesitaba un ajuste.»

Samuel sonrió radiante. «Genial. Gracias.»

Melanie lo miraba aún desde la cocina. «No sé qué haríamos sin ti», dijo en voz baja.

Caleb sonrió. «Pues menos mal que no pienso irme a ninguna parte.»

Cuando terminó su tarea, Caleb se acomodó las mangas de la camisa y entró en la sala principal, donde Melanie esperaba con una sonrisa contenida y su hijo se quedaba atrás como una sombra.

«¿Te parece bien si usamos la sala de la torre hoy?» preguntó con delicadeza. «Es un espacio tan único. Podría ayudarnos a pensar de manera distinta.»

Melanie miró a Samuel. «¿Está bien, cariño?»

Samuel asintió, ya subiendo las escaleras con su habitual precisión silenciosa. Caleb le siguió, escuchando el crujir de cada peldaño, el eco de zapatos sobre madera vieja, el silencio que cubría el interior de este lugar. Stormwatch tenía un silencio particular. Denso. Pensativo. Como si las paredes absorbieran todo.

La sala de la torre estaba fresca a pesar del sol de la tarde. Samuel ya había colocado el taburete y puesto su tablet a su lado. El aire traía un tenue olor a sal y piedra húmeda.

Caleb se dejó caer en la silla gastada de enfrente y dejó un pequeño grabador en el suelo entre ellos. «Me gusta guardar estos para mis notas», dijo, ofreciendo la explicación con una sonrisa. «Por si quiero recordar algo importante.»

Samuel volvió a asentir, mirando el dispositivo pero sin cuestionarlo. Seguía siendo cauteloso, todavía evaluando a Caleb, pero las defensas empezaban a bajar.

«La última vez hablamos de la chica», comenzó Caleb, con tono ligero, casual. «¿La sigues viendo?»

Samuel se movió en el asiento. «No siempre. Solo cuando duermo. O cuando está tranquilo.»

Caleb inclinó la cabeza. «¿Es aterradora?»

«No», dijo Samuel deprisa, y luego vaciló. «Bueno. Lo es, pero no porque quiera. Está atrapada.»

«¿En la casa?»

«En la casa. En las paredes. Dijo que le quitaron las manos para que no pudiera irse.»

Caleb se inclinó un poco hacia delante, bajando la voz a un susurro. «¿Dijo quién se las quitó?»

Samuel bajó la mirada. Sus dedos jugueteaban con la cremallera de la sudadera. «Dijo que un hombre. Un hombre malo. Pero no le gusta hablar de eso porque llora cuando lo recuerda. Todos dicen que fue su padre, así que quizá por eso está triste. Los padres no deberían hacer esas cosas, ¿verdad?»

Caleb dejó que el silencio se prolongara, y luego dijo: «No, no deberían. Pero a veces las personas cambian. Quizá alguien que

antes te protegía puede empezar… a comportarse de otra manera y decepcionarte.»

Samuel no respondió de inmediato. Sus hombros se contrajeron. «Creo que tienes razón… y… yo sé de alguien que también me decepcionó.»

«¿Quién?»

Samuel miró sus manos y susurró: «Mi papá.»

«Tu padre. ¿Cómo te defraudó?»

Los ojos de Samuel se alzaron. Por un momento no parpadeó. «Fue en Boston. No nos protegió durante el robo. Se quedó sentado. No nos ayudó. No se movió. Fui yo quien hizo algo, no él.»

Caleb asintió, una sola vez. «Debió de ser duro. Sentir que tenías que proteger a tu madre.»

«Pisé la alarma», dijo Samuel. «Me acordé de dónde estaba. La apreté.»

«La salvaste. Salvaste a todos.»

Samuel se encogió de hombros, pero un atisbo de orgullo brilló en sus ojos.

Caleb se recostó, cruzando una pierna sobre la otra. «Sabes, Samuel, a veces cuando somos muy inteligentes —y tú lo eres— notamos cosas que otros no ven. Emociones. Secretos. Peligro. Eso es un don. Pero también una responsabilidad.»

Samuel inclinó la cabeza. «¿Como un superhéroe?»

«En cierto modo», respondió Caleb. «Pero la mayoría de superhéroes no tiene que vivir con sus padres.» Fuente:

Eso le valió una sonrisa apenas esbozada. Caleb devolvió la sonrisa, copiando deliberadamente su lenguaje corporal y bajando la voz.

«Me recuerdas a alguien que conocí», continuó. «Un chico que también veía cosas. Me decía que el mundo estaba hecho de historias que la gente no quería decir en voz alta. Soñaba con cosas antes de que pasaran.»

«¿Alguien le creía?»

«No. No de verdad. Y como no escucharon, pasaron cosas malas. La gente resultó herida.»

Los ojos de Samuel estaban abiertos de par en par.

«Pero tienes suerte», añadió Caleb en voz baja, «me tienes a mí. Yo te creo.»

Samuel miró la grabadora y luego a Caleb. «¿Incluso las partes de la casa? ¿Y la niña sin manos?»

«Especialmente esas partes.»

Se quedaron sentados un momento, la brisa del mar colándose por las rendijas de la ventana. Los gritos de las gaviotas afuera sonaban como advertencias lejanas.

Caleb cambió de tema. «¿La dibujas?»

Samuel asintió. «La dibujé una vez. Luego la escondí. No quería que mamá la viera.»

«¿Por qué?»

«Ella piensa que es solo un sueño. Creo que le tienen miedo a los fantasmas y a otras cosas también.»

«¿Crees que tiene motivos para tener miedo?»

Samuel hizo una pausa. «Sí. Porque hay gente mala por todas partes y no sabemos cuándo podríamos encontrarnos con alguna.»

Caleb sonrió con suavidad. «Entonces quizá tengas que protegerla también. Eso es lo que hacen las personas especiales. Protegen a quienes no pueden ver lo que viene.»

Samuel frunció el ceño. «¿Qué es lo que viene?»

Caleb se inclinó y apagó la grabadora. «Eso es lo que vamos a averiguar. Juntos.»

10

La tormenta no llegó ese día, pero la luz la insinuaba. El cielo había adquirido un brillo perlado, esa quietud lechosa que precede al tiempo. Los árboles en el borde del acantilado se mecían con suavidad. Incluso el mar se había aquietado, su superficie encerada, opaca.

Melanie estaba junto a la ventana delantera con una taza de té que no había bebido, la mirada fija en el horizonte. A lo lejos, más allá de la bruma, una barca de pesca solitaria se arrastraba por la bahía. La lentitud, la fragilidad diminuta de la embarcación la ponían inquieta sin razón aparente. Había dormido apenas. Había tomado uno de los sedantes que Caleb había dejado el día anterior, solo un cuarto, nada más. Pero incluso eso la había sumido en un sueño espeso como el pegamento, del que emergió aturdida y con la cabeza martilleándole.

No le gustó. No porque no hubiera funcionado, sino porque había funcionado. Detrás de ella, Samuel caminó por el suelo en calcetines, arrastrando un par de binoculares y murmurando sobre las pilas. Jack había prometido volver en cuarenta y ocho horas. Dos noches. Se decía a sí misma que no era mucho tiempo. Pero ya la casa se sentía distinta. Se sobresaltó cuando llamaron. Tres golpes cortos en la puerta principal. confiados, sin prisa.

Samuel levantó la vista. «¿Será Caleb?»

Ella negó con la cabeza. «Él siempre manda un mensaje primero.»

Abrió la puerta con cautela, asomándose a la fresca mañana gris. El sheriff Tom Harlow estaba en el porche, una mano metida en el bolsillo del abrigo y la otra apoyada con naturalidad en el marco. Su rostro era inescrutable bajo el ala baja del sombrero, pero su presencia irradiaba la misma energía lenta y eficaz que había mostrado en la camioneta aquel día en Carmen.

«Espero no interrumpir», dijo él. «Pensé en pasar a veros, después de la caída del chico y porque oí que Jack se había ido de viaje, así que...»

Melanie abrió más la puerta. «No, claro que no. Pasad. Y vaya, las noticias corren rápido por aquí.»

Entró por el umbral, las botas resonando débilmente sobre el suelo de piedra. Se quitó el sombrero con un breve gesto de respeto hacia Samuel, que se mantenía medio escondido tras la escalera, observando al visitante con interés.

«Sí que corren», dijo él, «pero no siempre es malo. Ahora, ¿qué tal la pierna, muchacho?»

Samuel se encogió de hombros. «Estoy bien. Las puntadas pican.»

«Significa que está sanando», afirmó Harlow. Volvió la mirada a Melanie. «¿Y tú qué tal?»

Ella cruzó los brazos. «Ha sido... un poco raro, con Jack fuera, pero Sam y yo estamos bien.»

«Me alegra oírlo.»

Se sentaron en la cocina; el sheriff rechazó educadamente el té pero aceptó una galleta. La lata de shortbread que Caleb había traído seguía abierta sobre la encimera. Harlow miró alrededor mientras masticaba, percibiendo los detalles sin que pareciera hacerlo. La leve inclinación de las estanterías. La bombilla fundida sobre la cocina. El sonido del viento fuera, colándose por una rendija en la ventana como un soplo susurrado. A Melanie aquella observación minuciosa la dejó cohibida por el aspecto cansado de su casa, una reacción que la sorprendió.

«Sabes», dijo él, «esta casa lleva en pie más de doscientos años. Primer faro de este lado de la bahía. Antes, la gente vivía aquí meses enteros; familias incluso, si podían soportarlo. Esa clase de soledad solía significar otra cosa. Fortaleza, quizá. O terquedad. A veces cuesta distinguirla.»

Melanie asintió, sin saber si aquello era para consolarla o para advertirle.

«Las carreteras siguen cortadas más allá de Dyer's Bluff», continuó, con naturalidad. «Lo que significa que si queréis llegar por tierra tenéis que dar la larga vuelta por la sierra exterior. Os añadirá un par de horas, o así, sobre todo con mal tiempo. Y eso suponiendo que vuestro coche aguante el terreno. ¿Ya fuisteis en coche alguna vez?»

«Jack sí», contestó ella. «Antes de mudarnos.»

«Entonces sabéis que no es precisamente cómoda para ir a trabajar.»

Apoyó la galleta y se reclinó.

«El caso es que vuestra única vía fiable es el agua. Eso tiene ventajas: mantiene el lugar privado. Pero también implica que hay que pensar en contingencias.»

«¿Contingencias?»

«Cortes de luz. Urgencias médicas. Tormentas que cortan el paso del agua días enteros. ¿Tenéis generador?»

«Sí. Jack lo revisó. Es viejo, pero funciona.»

«¿Y repuestos para la calefacción? ¿Comida? ¿Comunicación?»

Melanie titubeó. «Estamos en ello.»

Harlow la estudió un momento.

«No pretendo alarmarte», dijo. «Solo quiero que estéis preparados. Stormwatch es hermoso, pero no es indulgente.»

Ella asintió, tragando con dificultad. «Me preocupa más», dijo después de un instante, «la gente que entra. No sale.»

Él arqueó una ceja. «¿Esperas problemas?»

«No. Pero... cuando ocurre algo así, ya sabes, lo de Boston, no puedo evitar preguntarme si quedó algo sin cerrar. Si sigue ahí fuera.»

La expresión de Harlow no cambió, pero su voz se suavizó. «Me tomé la molestia de leer el informe. No tenéis motivos para estar nerviosa. Dudo mucho que él os siguiera hasta aquí; ese tipo de delincuentes son oportunistas, no estratégicos. Fuisteis un objetivo por casualidad, no por obsesión.»

Melanie bajó la vista. «Ojalá pudiera creerlo.»

El sheriff metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una tarjeta. «Ojalá que sí. Confía en mi instinto para oler problemas y en mis años en el oficio, ¿vale? Sé que tenéis el número de la comisaría, pero por si acaso, aquí tenéis mi número directo. Llamad en cualquier momento si os preocupa algo.»

Ella aceptó la tarjeta sin decir palabra.

«Si sentís que algo no encaja, llamadme», añadió. «Aunque no sepáis por qué.»

Se puso en pie y se recolocó el sombrero.

«Pasaré a veros la semana que viene, a no ser que me necesitéis antes. Mientras tanto, aprovisionaos, mantened el generador caliente y confiad en vuestro instinto.»

En la puerta se detuvo.

«Ah, y vigilaos las gaviotas. Suelen dirigirse tierra adentro cuando viene mal tiempo.»

Después se marchó; el golpeteo de sus botas se fue apagando entre la hierba. Melanie permaneció un rato en la puerta después de su partida, la tarjeta aún en la mano. La casa no se sentía más segura por su visita, sólo más silenciosa, y en su ausencia comprendió cuánto había disfrutado del sonido de otra voz, de conversar con otro ser humano.

Y detrás de ella, en el rincón más alejado de la habitación, la única luz verde del router parpadeaba con regularidad. Vigilando.

11\N

El golpe en la puerta llegó justo cuando Melanie estaba aclarando los platos del desayuno, el viento golpeando los cristales como si quisiera que lo dejaran entrar. Vaciló, secándose las manos en un paño de cocina mientras se dirigía hacia la puerta. Las visitas eran lo bastante raras por aquí, en Stormwatch, y Caleb no tenía previsto venir, así que no sería él. Al abrir, el olor a sal y a algas la invadió, junto con una mujer que bien podía haber salido de las páginas de una novela costera. \n

«Buenos días», dijo la mujer, con la voz áspera como grava, pero no antipática. Levantó una bolsa grande de malla. «Pensé que os vendría bien algo decente para la cena. Cangrejo fresco, los saqué al amanecer.»\n

Era alta y de constitución recia, con la piel tan curtida que parecía esculpida por la marea. Tenía las mejillas enrojecidas, las manos grandes y llenas de surcos salinos, y unos ojos gris pálido, vivos y penetrantes bajo una mata de rizos indómitos, recogidos a duras penas bajo un gorro de lana. Su chaqueta impermeable era de un amarillo desteñido, rayada de barro y escamas, y los pantalones de aceite los llevaba metidos dentro de unas botas destrozadas que dejaban charcos en el suelo de pizarra.\n

«Soy Rea. De Shellburn Point. Quizá mi nombre no te diga gran cosa, pero la gente de por aquí me conoce. He pescado en estas

aguas toda mi vida. Mi padre antes que yo, y el suyo antes que él.»\n

Melanie sonrió, apartándose para dejarla entrar. «Muy amable, gracias. Soy Melanie», dijo.\n

«Sé quién eres», dijo Rea al entrar, sin inmutarse por la estela de arena que traía consigo. Echó un vistazo al lugar. «Stormwatch. Un poco ostentoso para el gusto de algunos. Pero es un buen techo.»\n

Samuel se quedó al borde de la sala, la curiosidad venciendo su habitual timidez.\n

Rea lo vio y asintió en su dirección. «¿Ese es tu chaval?»\n

Melanie dejó la bolsa de cangrejos sobre la encimera. «Sí, ese es Samuel. Samuel, esta es Rea. Nos ha traído cangrejos.»\n

«¿Cangrejo?» Los ojos de Samuel se iluminaron. «¿Los has pescado tú?»\n

«Claro que sí», dijo Rea, volviendo su atención hacia él con un brillo de aprobación. «No confiaría en nadie más para hacerlo bien. ¿Te gusta el cangrejo?»\n

«Nunca lo he probado», dijo.\n

«Pues ya tienes oportunidad. Son un poco feos, pero están llenos de sabor. Como la mayoría de las cosas buenas.»\n

Miró a Melanie. «¿Los cocinas tú?»\n

«Lo intentaré», dijo Melanie, riendo suavemente. «Aunque si tienes algún consejo...»\n

«Te anoto cómo», dijo Rea, sacando un trozo de papel del bolsillo de la chaqueta junto con una punta de lápiz. «No los hiervas demasiado. Estropea la carne.»\n

Samuel se acercó. «¿Cómo es eso de ser pescadora?»\n

Rea sonrió, mostrando unos dientes algo amarillentos. «Duro. Frío. Honesto. Duermes como un muerto y te levantas con la espalda hecha polvo. Pero ves amaneceres sin nadie alrededor. Sientes el poder del mar en los huesos. Y nadie te dice qué hacer. Esa parte me gusta.»\n

«¿Tienes hijos?» preguntó él.\n

Rea negó con la cabeza. «No. Tuve marido una vez, pero no le sentó bien el tiempo. Ni las horas. Ni yo, para qué engañarnos.»\n

Samuel soltó una risita.\n

Rea le señaló con el dedo. «¿Y tú? ¿Vas al colegio en Carmen Bay?»\n

Melanie se movió un poco. «Educación en casa. Currículum online. Nos funciona.»\n

Rea alzó una ceja. «¿Online, eh? Hmph. Un chaval necesita más que una pantalla y una madre con la que hablar. Necesita amigos. Líos en los que meterse. Peleas en el recreo. Así aprenden.»\n

Melanie se tensó apenas. «Tiene un plan muy completo. Y Caleb viene a veces. Es bueno con Samuel.»\n

La expresión de Rea se nubló, sólo un poco. «¿Caleb? El psicólogo. No es precisamente lo que yo llamaría buena compañía. Un poco raro ese. Se guarda para sí. La gente no sabe qué pensar de él.»\n

Melanie no dijo nada, pero sintió que la tensión subía en el pecho. Había captado la desconfianza en la voz de Rea, pero la apartó porque Caleb siempre había sido servicial y cortés. Nunca la había hecho sentir incómoda. Aun así, las palabras de Rea plantaron algo en el fondo de su mente.\n

Samuel habló de nuevo. «Me está enseñando las estrellas.»\n

«Las estrellas sirven si te pierdes en el mar, pero no te ayudan cuando necesitas que alguien te pase el balón», dijo Rea sin rodeos. «Sin ofender, pero no está bien que un chaval como tú esté alejado de otros niños. No es natural.»\n

Melanie forzó una sonrisa cortés. «Hacemos lo que mejor funciona para nuestra familia ahora mismo.»\n

Rea levantó las manos. «De acuerdo. Sólo digo lo que veo. Y lo que veo es un niño listo que quizá disfrutaría persiguiendo gaviotas por el muelle con los demás.»\n

Pasó un silencio breve y la cara de Rea se ablandó. «No quiero entrometerme. La gente de por aquí se cuida entre sí, eso es todo.»\n

Melanie asintió, sintiéndose a la vez agradecida y vagamente a la defensiva.\n

Rea sacó otro papel del abrigo, ya arrugado y manchado por dedos con olor a pescado. Garabateó su número con la punta de lápiz.\n

«Por si necesitáis algo mientras vuestro Jack anda de proveedor por la ciudad. La marea es traicionera aquí. El tiempo cambia a cara o cruz. Y si alguna vez queréis pescado de verdad, no esa porquería de supermercado, yo os lo consigo.»\n

Melanie sonrió de nuevo, esta vez más de corazón. «Es muy amable. Gracias.»\n

Rea hizo un gesto con el hombro. «No hay de qué.»\n

Al volver hacia la puerta, miró otra vez a Samuel. «Piensa en el colegio, chico. Serías bienvenido.»\n

«Lo pensaré», dijo él, aunque la voz no sonó muy comprometida.\n

Con eso, Rea se subió la capucha, abrió la puerta y volvió al viento."}

Melanie la vio marcharse, sintiendo cómo el silencio volvía a asentarse en la casa. Fue a la cocina con el papel con el número de Rea todavía tibio por sus dedos. Encontró una chincheta en el cajón de trastos y lo clavó en el corcho junto al teléfono, cerca del calendario y las notas garabateadas de Jack sobre los horarios del ferry.

Afuera, el sonido de un motor acelerando no parecía abandono; más bien era un vínculo con el resto del mundo por el que Melanie se sentía agradecida. Dentro, por primera vez en días, la casa ya no le pareció tan sola.

Los días que siguieron a la visita de Rea se deslizaron enredados en lluvia y nubes inquietas. La ausencia de Jack pareció alargarse más de lo habitual. Melanie se descubrió mirando el móvil con demasiada frecuencia, releyendo su último mensaje—*delayed again, might be the weekend*—hasta que las palabras dejaron de tener sentido.

Samuel había empezado a dibujar criaturas marinas con una nueva obsesión, trazando cangrejos con minucioso detalle y pidiéndole a Melanie que buscara sus nombres latinos en Google. Cocinaron el cangrejo que Rea había traído juntos, torpe entre la ebullición y el pelado, riendo cuando trozos de pinza crujían sobre la encimera.

Rea no llamó. Melanie no lo esperaba. Pero en la quinta mañana, que se abrió brillante y sorprendentemente calmada, hubo un golpe en la puerta.

Esta vez, Melanie la abrió con una sonrisa ya formándose.

«Back again? I'm so pleased to see you, Rea, come in and have some coffee», dijo ella.

Rea estaba en la puerta, sus botas ya dejando arena fina en el felpudo. Llevaba los mismos impermeables amarillos desgastados, pero su expresión era distinta. No entró.

«Aye. I will. But can you come out for a moment?», dijo, y sus ojos pasaron por encima del hombro de Melanie. «Don't want the lad overhearing just yet.»

Intrigada, Melanie cogió su cárdigan y la siguió. El viento se había apaciguado, apenas una brisa que venía del agua. Rea la condujo por el sendero estrecho hacia el muelle, donde su barco de pesca se mecía suavemente en el amarre. Era pequeño, la pintura descascarillándose en los bordes, con «*Miss Edie*» pintado en blanco desconchado en la proa. Rea bajó con facilidad a la cubierta y le hizo un gesto a Melanie para que la siguiera.

«Por aquí», dijo, señalando una cesta de mimbre guardada bajo la loneta cerca de la popa.

«No te preocupes. No muerde», añadió.

Melanie se acercó con cautela, entrecerrando los ojos por el brillo que rebotaba en el agua. Rea se agachó, echó atrás una manta y reveló lo que había debajo. Un perro pequeño la miró parpadeando con ojos oscuros y recelosos. De pelo duro, mayormente marrón y gris, con una gran mancha blanca sobre un ojo como si alguien hubiera derramado pintura desde lo alto. Sus orejas se movían, la cola dio un golpecito esperanzado contra el forro de la cesta.

«Este», dijo Rea, frotándole con suavidad las orejas al perro, «es Patch».

Melanie se agachó a su lado. «Es precioso», dijo.

«Tiene tres años. Está educado en casa, tan tranquilo como los hay. Pertenecía a un viejo en Heron Hill. Lo llevaron a cuidados la semana pasada, el pobre. Demencia», suspiró Rea. «La residencia

no acepta perros, así que Patch estuvo en la mía un tiempo. Pero ya tengo dos y no se adapta al caos.»

Melanie extendió la mano y dejó que el perro oliera sus dedos antes de acariciarle la cabeza. Él se inclinó hacia el gesto al instante, moviendo la cola un poco más rápido.

«Pensé en tu chico», dijo Rea. «Un niño debería tener un perro. Dijiste que quería uno en la ciudad?»

Melanie asintió despacio, con la garganta apretándose por la sorpresa de todo aquello. «Solitaba pedírselo. Nunca tuvimos espacio... ni tiempo.»

«Bueno, ahora tienes las dos cosas.»

Melanie dudó un instante más, pero la decisión se tomó en cuanto vio la cara de Samuel en su mente, luminosa, abierta, viva de emoción.

«Lo adoptaremos», dijo. Sonrió. «Gracias, Rea. De verdad. Gracias.»

Rea soltó un gruñido satisfecho y alzó la cesta con el perro en brazos, como una comadrona que entrega un recién nacido. «Me alegra dejarlo asentado. Y no da trabajo, de verdad. Come de todo. Dale una manta, agua y comida y ya está contento.»

Mientras subían el sendero hacia Stormwatch, Patch se acurrucó más cerca, su cuerpo cálido y reconfortante. Melanie ya podía imaginar a Samuel enamorándose.

Abrió la puerta de entrada y llamó en voz baja: «Samuel? Can you come here a minute?»

Apareció en la cima de las escaleras, el pelo levantado en ángulos extraños por una mañana tumbado en la alfombra. Al ver al perro en los brazos de Melanie, se quedó paralizado.

«Is that?» murmuró.

Melanie sonrió con expresión radiante. «Este es Patch. Necesitaba un hogar.»

La cara de Samuel se iluminó tan rápido que fue como ver un interruptor encenderse. «¿Nos lo quedamos?»

«Si crees que puedes cuidarlo.»

No respondió. No hizo falta. Ya bajaba la mitad de las escaleras, alcanzando al perro, que contestó con un cabeceo alegre y un

ladrido suave.

Melanie le entregó a Patch y observó cómo se saludaban como viejos amigos que se reencuentran. Samuel se dejó caer al suelo, con las piernas cruzadas, y dejó que el perro se subiera a su regazo, lamiéndole la barbilla.

«Lo quiero», susurró, sosteniendo la cara de Patch entre sus manos. «Es perfecto.»

Rea permaneció en el umbral, con los brazos cruzados, observando con una mezcla de orgullo y alivio.

«¿Ves? Te lo dije. Algunas parejas están destinadas. Y los perros siempre lo saben, son buenos jueces de carácter y te aseguro que él y Samuel se llevarán muy bien.»

Melanie rió, con el corazón lleno, y miró al perro que ahora se retorcía feliz sobre la espalda mientras Samuel le acariciaba la barriga. «A Jack le va a encantar también. No creo que haya nadie que *not*e quiera.»

«La gente te sorprende», dijo Rea, con voz áspera pero no cruel.

Se quedaron inmóviles un momento, el suave crepitar del fuego y el parloteo satisfecho de Samuel llenando la casa de algo nuevo. Calor, quizá. O simplemente la sensación de que la vida volvía a moverse.

Rea se adelantó y le rascó a Patch una última vez detrás de las orejas. «Bueno, os dejo», dijo, «tienes las manos ocupadas ahora.»

Melanie la acompañó hasta la puerta. «Gracias de nuevo. De verdad. Le has alegrado la semana. ¿Estás segura de que no te quedas al menos a comer o a tomar un café?»

Rea se subió la capucha y asintió con rapidez. «Tengo una cita con el médico en el pueblo, que si no me quedaría. Quizá la próxima vez. ¿Tienes mi número, verdad?»

«Sí, clavado en el corcho.»

«Bien. Úsalo si necesitas cualquier cosa», añadió.

Y entonces se fue, las botas chasqueando en el camino, el abrigo aleteando como una vela en la brisa.

Melanie cerró la puerta y se recostó contra ella, observando a su hijo reír en la alfombra mientras Patch se acurrucaba contra su cuello. Una parte de ella, pequeña y escondida, se preguntó cuánto

duraría aquello. Cuánto tardaría el mundo en colarse de nuevo, o en qué momento algo agriaría la dulzura de aquel instante. Pero por ahora, lo único que sentía era gratitud. Patch había traído buen rollo a la casa, un amigo nuevo a su puerta y una sonrisa al rostro de su hijo. Por ahora, con eso bastaba. Fuente:

12

Era media tarde, dos días después, cuando el viento se levantó. No los ráfagas erráticas a las que se habían acostumbrado, sino una presión persistente que parecía empujar las propias paredes del faro. Las nubes se habían espeso hasta formar un techo oscuro e ininterrumpido, convirtiendo el mar bajo ellos en una masa bruñida de mercurio. Melanie estaba de pie junto a la ventana abierta del salón, su cuaderno de bocetos abandonado en el suelo detrás de ella, observando cómo las olas golpeaban con más fuerza las rocas. Las gaviotas habían desaparecido.

Y entonces lo oyó. El zumbido bajo y ronroneante de un motor de barco. No el traqueteo de la rústica barca de Gus. Algo más suave. Arrogante. Lo supo antes incluso de mirar. Second Chance cortaba el agua como una cuchilla, su casco blanco partiéndose con limpieza la superficie encrespada. La lluvia aún no había empezado, pero el aire tenía esa cualidad eléctrica que siempre precede al trueno.

Abrió la puerta principal justo cuando Caleb ponía el pie en la parte alta del sendero, cargando una cesta grande y plana cubierta con un paño de cocina.

«Debería haber cancelado», dijo con una sonrisa tímida, «pero ya sabes cómo es. Cuando algo está en el horno…»,

ella rió antes de poder evitarlo.

«Traigo vino también», añadió, levantando una botella de debajo del brazo, «Tom me dijo que a Jack le gusta el buen vino. Pensé que quizá le gustaría esto»,

ella vaciló y luego se hizo a un lado. «Llegas justo a tiempo. Él está poniendo la mesa»,

Dentro, la casa se sentía más caldeada de lo habitual. Jack había encendido la chimenea en el salón y abierto una botella propia, un tinto californiano que casi no tocaba. Del olor a ajo y limón flotaba desde la cocina. Cuando vio a Caleb, su sonrisa titubeó pero permaneció.

«No esperaba verte con este tiempo»,

«Yo tampoco estaba muy seguro. Pero pensé que lo intentaría antes de que empeore», dijo él, dejando la cesta en la encimera. «Y odio desperdiciar pan fresco, y este sourdough es lo mejor de la panadería»,

Samuel apareció en el umbral, descalzo y excitado. «¡Eh, es Caleb! ¡Oímos tu barco!»,

Caleb se volvió, adoptando el mismo encanto despreocupado que siempre usaba cuando vio a Patch entrar detrás de Samuel.

«¿Y quién podría ser este? No sabía que hubiera un nuevo miembro en la casa de los Geller»,

Samuel se agachó y alzó a Patch en sus brazos, radiante de orgullo al presentar a su perro.

«Este es Patch. Es mi mejor amigo y duerme en mi cama. Era un perro sin hogar y Rea le preguntó a mamá si podía quedármelo y ella dijo que sí. ¿Conoces a Rea? Es muy graciosa y dice que es una bruja del mar»,

Melanie miraba atentamente y estuvo segura de ver un tic en la comisura del ojo de Caleb, como si su habitual aire relajado se resquebrajara por un segundo; al instante se preguntó si había sido la llegada de Patch o la mención de Rea lo que lo había provocado. Sin embargo, se recompuso en un instante, tanto que Melanie lo descartó de inmediato.

«No, no puedo decir que conozca a nuestra bruja local del mar, pero me complace mucho conocer a Patch, que seguro será un

amigo leal y de fiar. Así que, capitán, ¿sigues con la torre en la mira?»,

«Sí, la sigo, pero mamá dijo que no podemos subir esta noche. Cree que la tormenta va a ser fuerte»,

«Probablemente tenga razón», dijo él, mirando a Melanie. «Pero no se espera hasta las primeras horas de mañana, así que no hay que preocuparse. ¿Tienes más dibujos para enseñarme? Seguro que has estado ocupada»,

Samuel asintió y salió disparado hacia su habitación, con Patch corriéndole detrás.

Melanie sonrió, «Creo que por primera vez en mucho está contento. Me alegro de que Rea sugiriera que tuviera un perro; esos dos están completamente encandilados el uno con el otro»,

Caleb los siguió con la mirada y dijo, «Sí, sí, parece que sí»,

Y había algo en la forma en que Caleb lo dijo que hizo que a Melanie se le erizara la nuca.

La cena transcurrió agradablemente. Caleb fue atento pero nunca agobiante, guiando la conversación con la facilidad practicada de alguien que sabe cómo comandar una sala sin que nadie se sienta dirigido. Preguntó a Jack por el restaurante, sorteando con delicadeza los recientes problemas sin mencionarlos abiertamente, y escuchó a Jack hablar con una soltura rara, calentado por el vino y por el respiro temporal de compañía adulta.

Melanie también notó el cambio en Jack, que reía y se echaba hacia atrás en la silla. No miró una sola vez su teléfono. Caleb hizo reír a Samuel y le contó historias sobre faros en Islandia y naufragios frente a Nueva Escocia. Incluso Melanie sintió cómo se le aflojaba la columna. Había algo en tener a otro adulto en la habitación, alguien calmado, capaz y atento que los relajaba a todos.

No estaba segura de cuándo había dejado de confiar en Jack para ese papel: el buen anfitrión, el marido y padre perfecto; en ese momento deseó recuperarlo. Quizá haría falta tiempo, y su recuperación era un trabajo en marcha. Tal vez debería dejar de ser

impaciente y esperar milagros, simplemente estar preparada para esperar.

El primer desliz en su aura de calma vino cuando las luces parpadearon. Solo una pequeña caída, apenas más que un titubeo, pero suficiente para que se quedara congelada, copa de vino a medio camino hacia la boca.

Luego se apagaron por completo.

Samuel chilló y Patch ladró. Jack maldijo suavemente y se puso en pie.

Caleb permaneció sentado, absolutamente tranquilo. «Podría ser el diferencial», dijo. «O que el generador ha fallado»,

«Voy a comprobarlo», dijo Jack, ya alcanzando la linterna.

«Yo voy», ofreció Caleb. «Soy el invitado. Vosotros cocinasteis y me sé manejar con estos viejos generadores con los ojos cerrados»,

Melanie miró entre los dos. «¿Seguro?»,

Él sonrió. «Solo necesito una linterna»,

Jack dudó, luego se la entregó.

«Adelante».

Caleb salió por la parte de atrás, el haz de la linterna rebotando contra la pared mientras se desvanecía en la oscuridad. Durante cinco minutos, la casa contuvo el aliento. Afuera, el viento había empezado a aullar. La lluvia golpeaba los cristales como si alguien lanzara gravilla. El mar más allá del cristal era ahora invisible, solo una lámina ondulante de negrura. Entonces las luces volvieron de golpe y, un instante después, Caleb regresó, sacudiéndose el agua de las mangas, la tela pegada a los músculos del brazo.

«Un cable suelto», dijo sencillamente. «Solo había que apretarlo. Ya deberías estar bien.»

Jack alzó una ceja. «¿Tan rápido?»

Caleb sonrió, no con suficiencia, sino con una tranquila satisfacción. «Ayuda saber dónde mirar».

Melanie le tendió una toalla. Sus dedos se rozaron y ella notó cómo la camisa húmeda acentuaba un pecho sorprendentemente firme. «Gracias», dijo ella.

«No es nada».

Pero no era algo insignificante. Era un momento. Una aguja en la tela. Una puntada en su sitio. Y cuando Caleb se fue aquella noche, retirándose hacia Second Chance en la calma entre las rachas, la casa se sintió más vacía. No porque hubieran perdido algo. Sino porque no se habían dado cuenta de que estaban ganando otra cosa. Algo que, más adelante, desearían no haber dejado entrar nunca.

13

El sol había rodeado el cabo, de modo que la luz en la cocina empezaba a desvanecerse cuando Melanie abrió la puerta a Caleb. No llevaba su habitual sonrisa despreocupada; parecía casi solemne, los ojos cálidos pero cautelosos, como advirtiendo que las reglas de la visita de hoy serían distintas. No traía nada en las manos. Ni vino. Ni comida. Solo él.

«Me preguntaba si preferirías hablar cuando no hubiera nadie en casa. Nunca tenemos la oportunidad de una sesión en condiciones cuando hay gente alrededor», dijo con suavidad.

Asintió. «Sí, es difícil encontrar un momento de paz, pero tenemos suerte porque Jack se ha ido al pueblo. Samuel está navegando con Gus. Le está enseñando a consultar las cartas de marea», respondió.

«Sí, vi a Gus antes en el puerto y me dijo que pasaría un tiempo con Samuel, aunque me pregunto si ese viejo lobo de mar es la mejor compañía para un niño de siete años; tiene, digamos, un vocabulario peculiar. En fin, sentémonos en un sitio tranquilo.»

Un ceño cruzó su frente, pero no lo contradijo, aunque él esperaba que ella hubiera guardado la información tal y como él pretendía. En lugar de eso la condujo al solario, el lugar donde había vuelto a pintar. El lienzo sin terminar seguía junto a la ventana, manchas de blanco y gris que representaban acantilados que nunca

existieron, una línea de costa difuminada por la indecisión. Caleb no miró la pintura, pero colocó su silla de modo que pudiera ver su rostro claramente con la luz.

Melanie se sentó con las piernas recogidas bajo sí, un vaso de agua en el regazo. Él esperó. Dejó que el silencio se estirara lo suficiente para que surgiera su incomodidad antes de romperlo.

«Parezco cansada», dijo. «Pero hay algo distinto hoy. Preocupación, tal vez.»

«Quizá», respondió, aunque no sonó convencida. «Ya no sé bien cómo me siento.»

«Stormwatch y lugares similares de aislamiento tienen la extraña costumbre de devolverte un espejo. A veces, cuando estamos lejos del bullicio de los sitios concurridos, nos dan tiempo; permiten que nuestras reflexiones nos muestren lo que hemos ocultado.»

Miró hacia la ventana, donde nubes moradas flotaban sobre el mar.

«Siento que no me reconozco aquí», admitió. «Es como si todo lo que era, o quería ser, me lo hubieran arrancado para siempre. Como si no hubiera manera de recuperarme y me pregunto si la parte perdida la dejé en Boston.»

Caleb se inclinó hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas. «Y antes, ¿quién eras?»

«Una madre. Una esposa. Una artista.» Soltó una risa leve y seca. «No en ese orden. Y no siempre con éxito.»

Él estudió su rostro, la forma en que los ojos se movían cuando hablaba, el pequeño apretón en las comisuras de la boca al mencionar a Jack.

«Sigues siendo esas cosas», dijo. «Pero sospecho que ya no te parecen propias.»

Parpadeó. Las palabras habían dado en una herida.

«Me siento prestada», murmuró. «Como si viviera dentro de la vida de otra persona.»

«No es raro», dijo Caleb. «Especialmente tras un trauma. Pero es más que eso, ¿no? No solo lloras lo que pasó. Lloras a quien eras antes de que pasara.»

Melanie permaneció en silencio un largo rato. Sus dedos acariciaban el vaso.

«Antes pintaba con tanta libertad», dijo. «Trazos grandes y furiosos. Mujeres en acantilados. Tormentas. Cielo. Cosas que no tenían sentido hasta que lo tenían.»

«¿Y ahora?»

«Pinto lo que creo que la gente quiere ver. Cosas seguras. Bonitas. Es como si intentara demostrar que estoy bien fingiendo que lo estoy.»

«Es una carga pesada», dijo Caleb. «Hacer de sano mientras todavía estás sangrando.»

Sus ojos se humedecieron, pero no lloró. Él había aprendido pronto a no empujar a la gente demasiado lejos. Todavía no.

En vez de eso ofreció algo más contenido. «¿Puedo decirte lo que veo cuando te miro?»

Melanie dudó, tomada por sorpresa. «Está bien.»

«Veo a alguien que se esfuerza tanto por no desmoronarse que se ha convertido en un tapiz de tensión. Llevas la fuerza como un disfraz, pero tu verdadero poder nace del miedo. Sobreviviste. Protegiste a tu hijo. No has dejado ir, incluso cuando lo has querido.»

Tragó saliva. «Lo haces sonar noble.»

«Lo es», dijo, bajando la voz. «Tú lo eres.»

Sus miradas se cruzaron entonces, y algo en la atención de Caleb se enfocó, no de forma ostentosa, pero lo suficiente. Su voz seguía suave, profesional. Pero sus pupilas se habían dilatado ligeramente, su postura se inclinó hacia adelante, no solo atento sino atraído.

Melanie desvió la mirada primero.

«Lo siento», dijo. «No quería que esto fuera… tan intenso.»

«Es exactamente como debe ser», contestó él. «No necesitas mostrarme la versión pulida de ti, porque la que me interesa es la cruda.»

Se levantó de repente y se acercó a la ventana, poniendo distancia física entre ellos. Tenía la espalda vuelta, pero su voz se mantuvo íntima.

«Jack lo está pasando mal», dijo. «No tienes que decírmelo. Lo veo. La forma en que te observa. La forma en que te escucha y no siempre para entender, sino para defender.»

Melanie no respondió.

Caleb se volvió. «¿Te ha preguntado cómo lo llevas? ¿De verdad te lo ha preguntado?»

«Lo intenta», dijo ella.

«Lo sé.» Sonrió, pequeña y comedida. «Pero intentar y ver no es lo mismo.»

Volvió a sentarse despacio. «No tienes que responder en voz alta. Pero pregúntate: ¿sigues enamorada de él? ¿O solo estás enamorada de la idea de quién solía ser?»

Melanie fijó la vista en la alfombra. Las uñas se clavaron levemente en la cerámica de su taza.

«Esa es una pregunta bastante personal.»

«Y por eso dije que no tenías que responder en voz alta.»

«Ya no sé lo que siento», dijo en voz baja.

«Entonces empezamos por ahí.»

La habitación quedó en silencio, roto solo por el viento que suspiraba contra los cristales. Melanie miró las nubes que se acumulaban.

«Antes amaba el océano», dijo ella. «Ahora me asusta.»

«¿Por su inmensidad?», preguntó él.

«Probablemente.»

Caleb no se movió, pero algo en él se encendió. El ritmo de la sesión cambiaba, volviéndose más personal, más íntimo. Sus barreras se estaban viniendo abajo y ella estaba dispuesta a dejarlo entrar, lo sabía. Pero él esperaría. Siempre esperaba.

«No estás sola, Melanie», dijo él. «Aunque sientas que lo estás. Y esta casa… puede resultar aislante. Pero a veces la soledad no es la enemiga. Es una maestra.»

Se inclinó hacia delante, solo un poco. Lo suficiente para que ella lo notara.

«Y a veces las personas que parecen más lejanas son las que de verdad pueden vernos.»

Entonces ella lo miró. De verdad lo miró.

«Eres muy bueno en esto», dijo ella, con una ligera sonrisa en la comisura de los labios.

«¿En qué?», preguntó él.

«Hacer que la gente se sienta vista.»

Sostuvo su mirada. «Quizá sea porque sé lo que es no ser visto», dijo él.

Algo pasó entre ellos entonces. Un temblor. Un suspiro. Y luego se desvaneció.

Melanie se puso de pie, pasándose las manos por los costados del jersey. «Gracias, Caleb. No creí que diría esto, pero... esto me ha ayudado.»

Él también se levantó, más despacio, observándola con una expresión que ella no vio mientras se volvía para coger el vaso.

«Me alegra», dijo él. «Iremos a tu ritmo.»

Ella asintió y lo acompañó hasta la puerta.

Al salir, el viento alzó su abrigo y se volvió una vez más para mirarla, enmarcada en el umbral.

«Eres más fuerte de lo que crees», dijo en voz baja. «Y más importante de lo que probablemente nadie te ha dicho en mucho tiempo.»

Ella le ofreció una sonrisa. «Adiós, Caleb.»

«Adiós, Melanie.»

Caminó despacio por el sendero hacia el muelle, su silueta recortada contra el mar.

Dentro, Melanie cerró la puerta, con el corazón extrañamente sereno. No vio la manera en que Caleb miró hacia atrás, justo antes de subir a la cubierta de su barco; esta vez sus ojos no eran suaves, sino hambrientos.

14

Jack se marchó antes del amanecer. Había estado al teléfono hasta altas horas con su encargado y el chef, donde el acalorado debate sobre su falta de presencia y de motivación casi deriva en un intercambio de insultos amargos. Si no llega a ser por su intervención —y por intervención me refiero a que ella apareció detrás de Jack en la pantalla como si quisiera advertirles que lo estaba oyendo todo—, probablemente aquel huracán en la cocina y el otro en Boston no se habrían calmado. Fuera de las paredes de la casa, en cambio, otro vendaval, gobernado por la madre naturaleza, seguía desatado.

Cuando colgó, tras aceptar ir a Boston al día siguiente, Jack se sujetó la cabeza entre las manos y se disolvió en silencio. Melanie le hizo el café y lo dejó a su lado; luego volvió a la cama y escuchó cómo la tormenta golpeaba la tierra.

Melanie no le oyó irse. O mejor dicho, sí le oyó a medias, despertándose por los sonidos amortiguados de cremalleras y botas, el leve crujido de la puerta principal, pero no se incorporó. Sabía que él quería escapar, evitar la conversación y las preguntas, así que se quedó bajo el edredón, con las extremidades pesadas y la mente en bruma, escuchando el mar más allá del cristal y el murmullo ocasional del viento contra el faro.

No la había besado para despedirse. O si lo hizo, ella no lo sintió. Cuando por fin salió de la cama, el faro ya parecía distinto. No exactamente más silencioso, sino con otro equilibrio, como si le hubieran quitado una pata a la mesa. Samuel seguía dormido, acurrucado bajo la manta con un brazo lanzado sobre la almohada. Patch yacía a los pies de la cama y la reconoció con un gesto perezoso de la oreja y dos golpes de cola. Se quedó un momento en el umbral, observando el ir y venir rítmico de la respiración de su hijo; la tensión que se había instalado en él durante las últimas semanas se veía hasta en el sueño. Con suerte, cuando despertara, su fiel perro le levantaría el ánimo y lo liberaría de la carga de sus pesadillas.

Él la había llamado de nuevo durante la noche y su ansiedad había afectado a Patch, que estaba sobre la cama vigilando a su amigo, con los pelos de la nuca levantados, ladrando a la esquina de la habitación cuando ella entró. No hizo falta más que se metiera bajo el edredón y se abrazara a Samuel para calmarlo, mientras acariciaba el pelaje áspero de Patch, el perrito encajado entre ellos. En verdad, sus cuerpos calientes le habían dado tanto consuelo a ella como ella a ellos, y cuando amaneció le costó volver a su propia cama y a su marido.

Ahora, abajo, el aire era fresco. El fuego se había apagado en algún momento de la madrugada, y el frío del mar se había colado por las paredes. Se movió por la cocina en piloto automático, encendiendo la cocina y la chimenea, moliendo los granos de café. El silencio se extendía a su alrededor. La quietud la inquietaba más de lo que esperaba.

Se dijo a sí misma que no era nada. Jack estaría fuera solo dos noches. Tres, como mucho. El restaurante había vuelto a caer en el caos y él tenía que ocuparse. Ella podría arreglárselas unos días. Tenían provisiones. Combustible. Calefacción. Podía pintar. Incluso podría dormir, si se tomaba otra de las pastillas de Caleb. Pero ya le temblaba la mano al verter el agua hirviendo en la cafetera de émbolo.

Llamaron por teléfono a media mañana. Estaba entonces en el estudio, pincel en mano, con un lienzo a medio acabar delante:

oleaje en gamas de gris, una línea de horizonte que se desdibujaba en el cielo. Los dedos se le habían entumecido por el frío; las puntas ennegrecidas por el carbón, porque había trazado el boceto demasiado deprisa, demasiado oscuro. El sonido la sobresaltó. Nadie usaba el teléfono fijo.

Se limpió las manos con un trapo y cruzó el pasillo, levantando el auricular con un tímido: «¿Hola?»

«Melanie»

Cerró los ojos un instante al oír su voz. Baja, uniforme, inconfundiblemente serena.

«Soy Caleb. Espero no haberte cogido en mal momento».

«No», dijo ella. «Solo… pintando».

«Me alegra. Me alegra mucho. No quería entrometerme, solo… Esta mañana vi a Jack. Brevemente. En el muelle. No me vio, pero lo vi subir al ferry cuando pasé por la panadería».

Algo en ella se tensó. «Tuvo que ir a Boston de improviso. Un problema en el restaurante».

«Me lo imaginé. Parecía distraído. Con razón».

Hubo una pausa.

«Solo quería saber cómo estáis. Cómo está Samuel. Parece que el tiempo va a empeorar otra vez. Y pensé que, quizás… si te fuera de ayuda… podría acercarme. Una visita breve. Para Samuel, o para ti».

Miró por la ventana al cielo que se ennegrecía, la mancha de gris en el cristal, las nubes pesadas que se juntaban como humo.

«Tuvo otra pesadilla anoche», admitió. «No dijo gran cosa. Murmuró que la chica había vuelto antes de dormirse. Pobre Patch también estuvo muy inquieto».

«¿La chica?»

«Aparentemente no tiene manos. Eso es todo lo que sé. Él no quiere hablar de ella en serio. No creo que sepa cómo».

La voz de Caleb fue suave. «Los sueños así pueden convertirse en anclas, sobre todo en niños con imaginación vívida. A veces ayuda hablar de ello antes de que se integren en la estructura».

Ella no dijo nada.

«Podría cruzar en barco esta tarde. Nada formal. Solo una sesión, si él quiere».

«¿Y si no quiere?»

«Entonces me quedaré a tomar un café. O me iré. Es tu espacio, Melanie. No el mío».

Asintió despacio, olvidando que él no podía verla.

«Está bien», dijo ella. «Ven».

Era poco después de las tres cuando oyó el motor del barco otra vez. Samuel se había animado un poco después de comer, comiendo más de lo habitual, aunque sospechaba que también estaba alimentando a Patch e incluso ayudando a encender la chimenea. Pero se volvió serio cuando escuchó el motor, con el semblante endureciéndose en algo inescrutable.

«Solo es Caleb», dijo ella con suavidad.

«Lo sé».

Melanie abrió la puerta para dejarle pasar, y Caleb cruzó el umbral con una ráfaga de viento a su espalda, sacudiendo el agua de su abrigo. No llevaba cartera esta vez, solo un libro en una mano y un sobre sellado en la otra.

«La tormenta aguanta por ahora», dijo, mirando de reojo a la ventana. «Pero tenemos quizá unas cuatro horas antes de que la lluvia llegue de verdad».

Sonrió a Samuel. «Capitán».

Samuel asintió con vaguedad.

Se acomodaron en el salón, la chimenea crepitando bajo, la lámpara proyectando una cálida charca de luz en el suelo. Melanie sirvió café. Los tres se quedaron un rato en una especie de silencio tácito. Caleb esperó, como siempre, a que la habitación se calmara a su alrededor.

Luego abrió el libro, un volumen fino e ilustrado de historias de fantasmas reeditado de una colección descatalogada, y empezó a leer en voz alta. No para asustar. Sino para persuadir.

Leyó con dulzura, con ritmo, haciendo pausas para plantear preguntas a Samuel. ¿Qué crees que quería más el niño del cuento? ¿La casa parecía encantada o simplemente solitaria? Al final del relato, Samuel estaba sentado con las piernas cruzadas, inclinado un

poco hacia delante. Sus ojos ya no se dirigían hacia la puerta, pero su brazo seguía rodeando el cuerpo peludo de Patch.

«Soñé con un túnel», dijo de repente. «Que va debajo del faro».

Melanie se volvió para mirarle. «Nunca mencionaste un túnel».

Samuel se encogió de hombros. «Se sentía real. Como si ya estuviera ahí. Como si se hubiera construido antes que todo lo demás».

La mirada de Caleb fue serena. «A veces los sueños hablan en símbolos. Los túneles hablan de conexión. De secretos. De movimiento».

«O de esconderse», dijo Samuel.

«O de esconderse», estuvo de acuerdo Caleb.

Cuando la sesión terminó, si es que podía llamarse así, Caleb miró su teléfono para ver el parte y comentó que la señal era débil, luego preguntó si debía echar otro vistazo al router.

«Samuel dijo que la transmisión seguía con retardo y que realmente necesitáis una buena señal por si hay emergencias y para manteneros en contacto con todos».

Melanie dudó. «Está bien, si crees que puedes ayudar, solo no lo empeores. Jack se volvería loco, y Sam también si no tuvieran acceso a internet. En lo personal, a mí me da igual».

Él soltó una risa suave. «No hay nada de qué preocuparse, lo prometo. Solo diagnósticos».

Diez minutos después, había conectado otro dispositivo al sistema en silencio y con discreción, asegurándose de que su acceso a los datos de la familia permaneciera ininterrumpido. Ahora sabía cuándo iniciaban sesión. Cuándo se apagaban las luces. Qué buscaban. Qué no. Estaba todo ahí.

Y él también lo estaba, las veinticuatro horas del día, observando, escuchando, esperando.

15

El faro parecía distinto desde el agua. Jack estaba en la proa del ferry de Gus, las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos del abrigo, el cuello levantado contra el viento cortante que venía de la bahía. El cielo tenía el color del estaño y el mar estaba inquieto, aunque aún no embravecido. Era uno de esos días que nunca llega a ser plenamente luminoso, en los que la luz se extiende fina y plateada sobre el promontorio como un velo.

Stormwatch apareció a la vista cuando el ferry describió la curva de la ensenada. La torre recortaba su silueta contra el cielo, la casita del farero acurrucada a su lado como un hombro gastado. Humo salía de la chimenea. Las cortinas estaban medio corridas en la ventana delantera. A aquella distancia, todo parecía intocado.

Pero Second Chance estaba amarrado en el muelle. Jack lo vio de inmediato. El casco brillante, la protección de la vela color marino, las cuerdas en cubierta perfectamente enroscadas. Se le detuvo el aliento en el pecho.

No le había dicho a Melanie cuándo volvería. No hacía falta. Había dejado claro que sería un viaje de dos noches, tres como mucho, pero quería sorprenderlos, y había esperado con ganas su momento. Y sin embargo allí estaba el hijo de puta, atracado como un pariente de visita.

«Parece que tu invitado te ganó en llegar a casa», dijo Gus, entrecerrando los ojos desde el timón.

Jack asintió con la mandíbula tensa. «Sí».

Gus le lanzó una mirada, y no dijo nada más.

Cuando atracaron, Jack no esperó ayuda con sus bolsas. Las subió al muelle a rastras, asintió con un brevísimo agradecimiento a Gus y emprendió la subida hacia la casa, las botas raspando las tablas húmedas.

No era solo el barco. Era el sonido de risa. La de Melanie, inconfundible, desde el lado del jardín de la cabaña. El murmullo bajo de una conversación. El agudo repiqueteo de la voz de Samuel. No sabían que había vuelto. Rodeó el sendero despacio, con el pulso acelerado y la garganta seca.

La escena le golpeó con la fuerza de un recuerdo que había querido olvidar. Melanie estaba sentada en la mesa del patio, llevaba el jersey de lana verde que él le había comprado la última Navidad. El pelo suelto se levantaba un poco con el viento. Tenía una taza en cada mano y reía, la cabeza inclinada hacia atrás.

Caleb estaba sentado frente a ella, un tobillo cruzado sobre el otro, las mangas remangadas hasta el antebrazo, leyendo en voz alta algo escrito en una hoja de papel. Samuel estaba a sus pies, con las piernas cruzadas, escuchando atento. En la mesa había un plato con bollos. Jack se detuvo a unos metros de la esquina de la casa.

El perro lo vio primero. Patch bajó corriendo los escalones con un aullido de entusiasmo, la cola convertido en una borrosa de movimiento.

Jack se agachó y dejó que el animal se le echara encima. Fue el primer calor que recibió en todo el día. Cuando alzó la vista, las risas se habían detenido. Melanie se puso en pie, los ojos fijos en él, la sorpresa sustituida pronto por algo inescrutable.

«Hola», dijo ella.

Jack se incorporó despacio. «No esperaba compañía».

«No estábamos seguros de cuándo volverías».

«Dije dos noches».

«Pensé que te referías a noches laborables».

Caleb se levantó también, doblando el papel en la mano. «Bienvenido de nuevo, Jack. El mar te aguantó».

Jack le dedicó una mirada larga. «Y a ti también, al parecer».

Pasó un instante.

Entonces Caleb sonrió. «No tenía intención de quedarme mucho. Solo revisar el sueño de Sam y ayudar con el Wi-Fi», dijo, tan educado como siempre.

Samuel se acercó dando saltos. «Papá, ¡Caleb arregló el retraso! Y vamos a añadir alertas de movimiento a las cámaras de abajo. Dice que básicamente estoy listo para Linux».

Jack le dedicó una sonrisa tensa. «Genial».

Patch dio vueltas alrededor de sus pies, aún eufórico. Jack se agachó a acariciar las orejas del perro.

Melanie miró al cielo. «Estás cansado».

Encogió de hombros. «Ferry largo. Jornadas más largas en el restaurante».

Ella no se ofreció a cogerle una de las bolsas. No preguntó por el restaurante, ni por la visita del crítico, que había sido un desastre total, ni por las noches que había pasado intentando limpiar el desastre. Sin decir nada más, Jack giró y entró en la casa; el chirrido de las sillas le indicó que lo seguían.

Dentro, la casa se sentía cálida y habitada. Alguien había apilado leña junto al fuego, demasiado ordenada para que la hubiera hecho Melanie, que no tenía paciencia. Pan fresco reposaba en la encimera, aún envuelto en un paño de lino. Los pequeños detalles le dijeron todo. Esto no era una visita. Era familiaridad.

Caleb atravesó la cocina con naturalidad, devolviendo su taza al fregadero sin preguntar. Murmuró algo a Samuel, luego a Melanie, antes de recoger su abrigo del perchero junto a la puerta.

«Os dejo que os instaléis», dijo, educado como siempre. «Volveré el jueves, como de costumbre. A menos que me necesitéis antes».

Al ver una bolsa de papel sobre la mesa, Jack la cogió y preguntó: «¿Qué es esto?»

«El nuevo medicamento», dijo él.

La bolsa pesaba más de lo que Jack esperaba. Dentro había un pequeño frasco ámbar, sin etiqueta salvo una nota escrita a mano: Toma media pastilla antes de dormir. Una si los síntomas persisten.

«No tiene etiqueta de farmacia», dijo, frunciendo el ceño.

«Lo mandé preparar a medida», explicó Caleb mientras recogía su cartera junto a la puerta. «Los protocolos de microdosificación suelen ser malinterpretados por las farmacias grandes. Demasiadas barreras regulatorias. Usé a un especialista de confianza».

Jack lo miró, inseguro.

«Es la misma formulación de la que hablamos», dijo Caleb con suavidad. «Un sedante muy suave, no adictivo y que se metaboliza con rapidez. Pero si prefieres que me lo lleve, lo haré».

Jack dudó un momento más y luego asintió. «No. Gracias. Es solo… extraño, hacer esto sin receta».

«No es raro», dijo Caleb. «La terapia privada a menudo requiere un enfoque más matizado. Especialmente en entornos remotos».

Jack no respondió y, en su lugar, dejó el frasco sobre la encimera de la cocina.

Melanie, visiblemente nerviosa, dijo «Gracias», con una voz que Jack no reconocía.

Caleb abrió la puerta. «Me alegro de verte de nuevo, Jack», dijo Caleb.

Jack asintió con esfuerzo. «Buen viaje».

Y se marchó, sus pasos desvaneciéndose en el silencio del sendero.

Jack se volvió hacia Melanie.

«¿Jueves, como siempre?»

Ella no respondió. Samuel ya había vuelto a su portátil, parloteando sobre código, mientras Jack se quedaba en el umbral, con la sensación de haber entrado en una casa que se parecía a la suya, pero que, de algún modo, había sido sutilmente alterada en su ausencia.

El tiempo, medido en la isla, no era como el tiempo en Boston. En la ciudad avanzaba entre correos, facturas, reservas, peleas

insignificantes entre el personal y las exigencias constantes de un negocio que nunca dormía. Pero en Stormwatch el tiempo se filtraba como sal por la piedra. lenta, corrosiva e invisible, hasta que ya era demasiado tarde para notar lo que se había desgastado.

Jack volvió a Boston cuatro veces en seis semanas. Intentó que fuesen visitas breves. Cuarenta y ocho horas, y de nuevo de vuelta. Un fin de semana largo. Un viaje rápido de ida y vuelta. Pero siempre había algo: un proveedor de productos que amenazaba con marcharse por facturas impagadas, otra crítica feroz en la red, el pastelero que renunciaba dos horas antes del servicio. Cada crisis fue minando el calendario que les había prometido a Melanie y a Samuel. Cada retraso le dio a Caleb Wynn otra rendija de oportunidad.

Cada vez que Jack regresaba a casa, Second Chance ya estaba amarrado al muelle. Al principio era fácil racionalizarlo. Caleb ayudaba con las «sesiones» de Samuel. Luego era el generador otra vez. Luego el Wi-Fi. Luego la medicación de Melanie, o los nuevos ejercicios de arteterapia de Samuel. Siempre había una razón. Siempre una justificación plausible.

Pero Jack no necesitaba explicaciones. Lo veía en los detalles: el jarrón de flores compradas en la tienda en el alféizar, la forma en que Patch movía la cola a la llegada de Caleb como si también fuera el padre de la casa, el tenue aroma de la colonia de Caleb en los abrigos colgados en el perchero del pasillo, como si se hubiese filtrado en la tela a modo de recordatorio. Lo veía en la manera en que Samuel sonreía con más facilidad junto a su terapeuta, inclinándose cuando hablaba, repitiendo sus frases. Y lo veía, por encima de todo, en Melanie.

Ella había vuelto a pintar. Y aunque eso por sí solo debería haber sido algo positivo, no era el regreso ni el nuevo comienzo que Jack había esperado. Sus lienzos eran distintos ahora. más azules, más fríos, más abstractos. Olas que se elevaban y se rompían en formas sin rostro. Mujeres cuya espalda siempre estaba vuelta. La línea del horizonte, siempre desvaneciéndose.

Cuando hablaba de su arte, usaba frases que Jack reconocía como de Caleb. «La emoción como punto de anclaje». «Dejar que el

inconsciente respire». «Interrogar la memoria a través del gesto». Mencionaba los comentarios de Caleb de pasada, como si fuera natural que él estuviera entrelazado en sus conversaciones creativas.

Jack no dijo nada. Aún no. Pero algo dentro de él se endurecía un poco más cada vez.

16

Era un jueves por la mañana, fresco y sin viento, cuando Rea se dejó caer por allí. Su barco había sido una silueta frecuente en la bahía últimamente, a menudo arrastrando una fila de boyas que bobeban como gaviotas tras la popa. Jack apenas había hablado con ella antes, cuando había dejado langostas en el embarcadero o saludado desde su lanchín, pero aquella vez subió por el sendero hasta la casa.

Melanie respondió al golpe en la puerta, y Jack la observó desde el marco de la cocina, con los brazos cruzados, mientras Rea se quedaba incómoda con las botas en el felpudo y su cortavientos chorreando agua de mar.

«No quería interrumpir», dijo ella, entregando una bolsa de red llena de vieiras, las conchas todavía húmedas y relucientes.

Melanie parpadeó al verlas. «Qué amable.»

Rea se encogió de hombros. «No es nada. He tenido buena pesca esta mañana. Pensé que a Samuel le gustaría ver cómo se abren.»

Al oír su nombre, Samuel apareció en el pasillo, asomando por el marco de la puerta mientras Patch corría a saludar a su viejo amigo con exuberancia añadida.

«Puedo enseñarte», le dijo Rea mientras acariciaba al perro. «Nunca has abierto una vieira, ¿verdad?»

Samuel negó con la cabeza, pero la curiosidad se encendió visiblemente en sus ojos.

«Quizá otra vez», dijo Melanie, con un tono ligero pero firme. «Tiene escuela esta mañana y me gusta ceñirme a su horario online.»

«Claro», respondió Rea con naturalidad, pero su mirada se quedó. «Oye, hay una cosa comunitaria la semana que viene en Carmen. Noche de hoguera. Deberíais venir. Habrá sidra caliente, cuentacuentos, música. Es una buena forma de conocer gente. Especialmente para Sam.»

Melanie vaciló. Jack dio un paso al frente. «Suena bien. Lo hablaremos.»

Rea le sonrió, luego volvió a Melanie. «Piénsalo. El aire fresco es la mejor cura para una mente callada.»

Cuando se fue, Samuel se quedó junto a la ventana, mirando cómo su barco menguaba en el brillo del mar. Jack miró de reojo a Melanie.

«Parece maja.»

«Es persistente», respondió Melanie, recogiendo las vieiras y enjuagándolas bajo el grifo. «No todo el mundo en el continente respeta la privacidad y a mí no me molesta que Rea llame, solo que no quiero que cualquiera aparezca cuando le venga en gana.»

«O quizá solo quieran ser amables e incluirnos en la comunidad de allí.»

Melanie no respondió.

Más tarde ese día llegó Caleb. No invitado, sino con la marea, como siempre, con una botella de chardonnay y esta vez, una caja de pasteles para Samuel. Llegó poco después de la comida y se quedó a cenar, que pareció dar por hecho, aunque hizo acto de fingida indecisión mientras lo aceptaba.

Durante la comida, cuando Melanie mencionó la visita de Rea, la sonrisa de Caleb no flaqueó, pero su tono se enfrió apenas, y Jack lo captó al instante.

«La gente de la mar suele tener buenas intenciones», dijo. «Pero viven de hablar y del folclore. Sobre todo chismes, y eso se mueve más rápido que las tormentas. Especialmente por aquí.»

Jack arqueó una ceja. «¿Crees que eso es malo?»

«Creo que el aislamiento es delicado», contestó Caleb, apartando una escama de sal del borde de su copa. «Vinisteis aquí para reiniciar. A veces nueva información antes de que los cimientos estén firmes puede hacer más daño que bien y Rea es, digamos, bastante enérgica y de opiniones fuertes, o eso he oído. No querría que sus maneras desestabilizaran lo que hemos conseguido o que trajera más vagabundos de cuatro patas a vuestra puerta.»

Melanie asintió levemente pero al menos tuvo la gracia de defender a Rea. «Me alegra que trajera a Patch porque ha hecho feliz a Samuel y me encanta tener al pequeño por aquí, pero supongo que es pronto para integrarnos en la comunidad.»

Jack resopló pero no discutió y cambió de tema, decidido ahora a fomentar las visitas de Rea cuando pudiera; y si algún día traía un gato sin hogar, también podría quedarse. Además le gustaba la idea de otra mujer que pasara de vez en cuando y que claramente irritara a Caleb era un plus. Se le olvidó todo cuando se puso a revisar las grabaciones de la cámara del faro en su portátil y vio algo que lo hizo detenerse.

Faltaban varios días. Simplemente... desaparecidos. De los registros del sistema, de las alertas de movimiento. Tramos enteros en negro. Y estaba seguro de que no los había borrado él. Lo comentó con Samuel a la mañana siguiente, al principio con naturalidad.

«¿Has notado algo raro con las cámaras?»

Samuel le miró. «¿Raro cómo?»

«Falta parte del metraje.»

«Ah.» Vaciló. «Caleb dijo que el búfer de almacenamiento se llena a veces. Borra lo más antiguo si se sobrecarga.»

Jack frunció el ceño. «¿Él dijo eso?»

«Sí. Miró el router la semana pasada. Dijo que tocó el firewall y pasó un escáner.»

El estómago de Jack se contrajo. «¿Se lo mencionó a tu madre?»

Samuel se encogió de hombros. «No lo sé. Probablemente.»

Aquella noche, Jack estuvo despierto horas, escuchando cómo el viento aumentaba alrededor de la torre, el lento crujido de las vigas

y el leve parpadeo verde del router en la esquina.

Miró a Melanie dormir a su lado, el rostro vuelto hacia la ventana, la sábana hasta la barbilla. Respiraba parejo. Las manos enroscadas bajo la almohada. Parecía en paz. Pero nunca le había parecido tan lejos.

Eran poco más de las dos de la madrugada cuando Samuel despertó, los ojos alerta e inmóviles en la oscuridad. La habitación a su alrededor estaba perfectamente quieta, salvo por el suave susurro del viento rozando la cima de la torre, pero no tenía miedo. Se recostó boca arriba, observando el techo. Una grieta corría sobre la cama, ramificándose hacia la esquina como una vena antigua. Se incorporó despacio, los pies desnudos tocando el suelo de madera. Patch saltó al suelo, las orejas moviéndose, el hocico olfateando el aire.

Ahí estaba otra vez. El golpeteo. No era fuerte. No era agresivo. Suave y deliberado. Un sonido como nudillos contra el cristal, educado y paciente. Él inclinó la cabeza, escuchando. No venía de la ventana. Venía de debajo de él. De debajo de las tablas del suelo. Patch dejó escapar un gruñido bajo.

Samuel se acercó al escritorio y abrió el cuaderno de dibujo que había allí, el lomo ya rajado por el uso. Pasó por encima de los dibujos a medio terminar, sin detenerse en las imágenes de la torre, la chica y el mar. Empezó una página nueva. Primero trazó un rectángulo. Una puerta. Luego dibujó otra dentro, más pequeña. Después algo en la base. Una mano. No sabía por qué la dibujó. Simplemente lo hizo.

Mientras sombreaba los bordes, una sombra cruzó el suelo fuera de su habitación. Alzó la vista, pero no vio nada por la rendija de la puerta donde la luz del pasillo brillaba amarilla.

Aun así, no llamó. En cambio, dibujó una nueva forma en la esquina de la página. Parecía una trampilla. Cuando Samuel terminó el boceto volvió a la cama; tenía los pies fríos, así que agradeció el calor del edredón y se dejó caer rápido en un sueño profundo. Patch, sin embargo, yacía a su lado, con los ojos fijos en la puerta.

Al otro lado del pasillo, Melanie estaba sentada al borde de la cama, la bata ceñida a los hombros. No estaba segura de qué la había despertado. Quizá un movimiento en las crujientes tablas del suelo, el golpe de una vieja tubería. La temperatura o el viento de fuera.

Se levantó y cruzó hasta el espejo en la pared. El cristal era viejo, manchado en las esquinas, y a la luz tenue de la lámpara su reflejo titilaba levemente. Se inclinó hacia adelante. Había algo extraño en sus ojos. No en su color ni en su forma. Sino en su expresión. No era su rostro lo que veía, sino una versión apenas fuera de su recuerdo, una que había llevado en otra vida, o quizá en un sueño que había olvidado.

Se giró de pronto y salió de la habitación, descalza, en silencio. El pasillo se le abría delante como una garganta estrecha. Vaciló junto a la puerta de Samuel, escuchando si había movimiento. Al no oír nada, siguió adelante. Al fondo del corredor, justo antes de las escaleras que bajaban hacia la cocina, estaba la puerta cerrada con llave. No se había abierto desde que llegaron. La llave, le habían dicho, estaba perdida. Probablemente no hubiera detrás más que polvo y vigas, pero iba a pedirle a Jack que encontrara la manera de entrar. Le molestaba vivir en una casa con una habitación que no habían explorado.

Pero esa noche, cuando miró con atención, notó que el pomo estaba girado, apenas un poco, hacia la izquierda. Melanie extendió la mano y apoyó los dedos en la madera. La superficie estaba fría. Se acercó, escuchando. Y lo que sintió, imaginó, aunque nunca lo diría en voz alta, no era acogedor.

Retrocedió, queriendo poner distancia entre ella y la puerta y sus ensoñaciones. Un crujido detrás. Se volvió. Pero el pasillo estaba vacío. Tiritando, regresó apresuradamente a su habitación y se metió en la cama, acurrucando el cuerpo junto al de Jack, yaciendo allí, con los ojos bien abiertos y los oídos atentos a cualquier sonido hasta que al fin amaneció.

17

La cinta hizo un clic suave bajo la punta de sus dedos. Un silencio mecánico, un zumbido de carretes que entraban en movimiento. Caleb estaba sentado en su escritorio, bañado por la penumbra de la tarde que se filtraba a través de las ventanas empañadas por la lluvia de su estudio. Las nubes colgaban bajas sobre Carmen Bay, sus bajos magullados por la tormenta. Desde esa altura podía ver la vaga silueta del faro Stormwatch al otro lado del agua, pálido e inmóvil, como una pieza de ajedrez esperando a ser movida.

Presionó el botón rojo.

«He vuelto de la isla hoy», comenzó, su voz firme, cortante, profesional. «Sesión número... ocho, si contamos las visitas informales. Melanie estaba serena, aunque menos a la defensiva. Se ha acostumbrado a mi presencia, aliviada por ella, creo. Siempre está en los ojos. Ese destello de confianza buscando dónde posarse.»

Una pausa. La cinta susurró.

«He tomado medidas para profundizar esa dependencia. La medicación ayuda. Elegí una formulación con una vida media ligeramente más larga de la que le dije. Nada peligroso. Sólo lo suficiente para embotar los bordes. Ella reacciona menos ahora. Más lenta para dudar. Cuando me habla, su tono es menos quebradizo. Menos de la formalidad cortante que reserva para Jack. Aquí hay un

ejemplo de una de nuestras conversaciones que considero un pequeño avance.»

Estábamos sentados en la mesa de la cocina, el silencio entre nosotros cómodo mientras yo sorbía mi té. Había estado siguiendo los lentos movimientos de las manos de Melanie mientras giraba el lápiz de carbón una y otra vez.

«¿Estabas dibujando?», pregunté.

Ella miró el cuaderno de dibujo. «Intentando. Pero todo sale mal.»

«Nada está mal si viene de ti.»

Ella soltó una risa suave y displicente que me calentó.

«Antes lo creía», dijo. «Cuando pintaba para exposiciones. Para mí. Ahora, cada vez que me siento frente al caballete, siento que estoy imitando a otra persona.»

Pregunté, «¿Dejaste tu carrera para criar a Samuel?»

Ella asintió. «No fue una decisión dramática. Simplemente… pasó. Los restaurantes de Jack despegaron, y sus horarios eran imposibles, y yo quería educar a Sam en casa. Ya era sensible entonces. Necesitaba estructura. Seguridad. Así que me plegué alrededor de él.»

«Eso es noble», respondí.

«No, es lo habitual. Las mujeres lo hacen todo el tiempo. Y luego un día se despiertan y se dan cuenta de que han desaparecido.»

La estudié un momento y luego pregunté, «¿Se lo has contado a Jack?»

Ella se encogió de hombros. «¿Para qué?»

No pude dejar pasar la oportunidad y pregunté, «Melanie, perdóname si me estoy excediendo, pero ¿te sientes apoyada por él?»

Ella parpadeó. «¿Jack?»

«Sí. Como pareja. Como alguien que te note.»

La pregunta quedó suspendida entre nosotros y, aunque era incómoda e no invitada, era válida.

«No lo sé», dijo al final. «Está intentando. Pero todo entre nosotros está... anudado y complicado y empeorado por las

presiones del restaurante. Después del robo, no hablamos. No en serio. Él se cerró. Yo intenté seguir. Pero algo pareció romperse.»

«A veces», dije, «una crisis revela lo que ya estaba roto aunque no lo hubiéramos notado. No siempre causa el daño; simplemente lo hace visible.»

Melanie miró al lápiz en sus manos.

«Sam está atrapado en medio», murmuró. «Y ahora Jack se va otra vez. Dos días, dijo. Pero la última vez fueron cinco.»

Dejé que el silencio reposara un momento. Luego, con cuidado, hice mi movimiento, «Si ese patrón se repite y te ves necesitando ayuda con Sam, o simplemente necesitas un testigo de lo que algunos podrían ver como negligencia de su parte y de la tuya, quiero que sepas que estoy aquí. Sin obligación. Sin agenda.»

Ella sostuvo mi mirada y por dentro me regocijé. No hubo sugerencia abierta en mi tono, ninguna coqueteo. Solo algo firme y sereno. Y sin embargo la intimidad de aquello la inquietó más de lo que quería admitir, podía percibirlo.

«Lo agradezco», dijo en voz baja.

Y entonces el momento se rompió con la llegada de Samuel y esa maldita animal que tengo que decir es una espina en mi costado. Maldigo el día en que Rea se entrometió y lo trajo a Stormwatch porque yo soy la muleta que Samuel necesita, no un perro. No obstante, ese es un problema para otro día que puedo resolver con facilidad.

Exhaló. No un suspiro. Algo más callado.

«Aún no me ha preguntado por mi pasado. No quiere saber. Eso es bueno. La curiosidad suele ser un mecanismo de defensa. En este caso, su ausencia juega a mi favor. Quiere un guardián, no un amante, por ahora. Un protector. Algo firme, inmóvil. Los padres suelen ser las primeras personas que esperamos que nos rescaten, y las últimas a las que perdonamos por fallar.»

Hizo otra pausa, dejando que el pensamiento se asentara.

«Lo veo también en Samuel. El chico busca una constancia. Es listo. Alarmantemente, y observa de las maneras equivocadas. Sería más fácil si fuese más lento. Pero he empezado a construir una relación, a reflejar su lenguaje, a reforzar la confianza mediante la

repetición. Le llamo Capitán. Él responde. Los niños desesperan por la rutina, sobre todo cuando los adultos que los rodean son impredecibles.»

Miró hacia el cuaderno junto a la grabadora. Líneas ordenadas de caligrafía llenaban la página: resúmenes, notas de comportamiento, pequeñas revelaciones recogidas durante semanas de conversación casual.

«Sus sueños se han intensificado. Ahora habla más de la niña. Siempre la misma figura. Sin extremidades, sin rostro, muda. Hay poder en los símbolos recurrentes. Le he animado a que la dibuje. A que describa la casa de sus sueños. A que se centre en los túneles y en la trampilla, que es una adición nueva. Los niños externalizan su terror cuando se les hace demasiado grande. Es una apertura útil.»

Fuera, una gaviota gritó, cercana y abrupta. Caleb no se inmutó. Rebobinó la cinta unos segundos y luego presionó grabar de nuevo.

«Jack sigue siendo una barrera, aunque una menos firme. Sus ausencias han debilitado su derecho. Samuel ya no le espera. Melanie ya no pregunta cuándo volverá. Lo único que parece alegrarse de verle es ese perro. Jack llega y encuentra el ritmo ya en marcha. Sus celos me favorecen. Validan su propia insuficiencia. El hombre tiene miedo de perderlos, pero carece de la estructura emocional para impedirlo.»

Caleb se puso en pie y se acercó a la ventana. La lluvia era ya suave, constante e ininterrumpida. En el horizonte, el faro giraba despacio, aunque ningún barco lo vería. La luz llevaba tiempo fuera de servicio, ahora decorativa. Simbólica. Como Jack.

«Me doy cuenta de que pienso en ellos incluso cuando no estoy allí», dijo Caleb en voz baja. «No clínicamente, no como profesional. Como algo más... en evolución. Un anhelo. Veo la posibilidad de reparación en esa casa. De hacer algo bien por una vez. No en la forma en que el mundo considera correcto, sino de una manera que encaje. Y, con el tiempo, yo también encajaré.»

Dejó que el silencio se prolongara.

«Crecí en sitios así», añadió, más suave ahora. «Hogares de acogida. Centros estatales. Dormitorios con números en lugar de nombres. Tenía doce años antes de que alguien me respondiera

cuando hablaba. Tenía trece la primera vez que una familia "me probó". Esa es la palabra que usaron. "Probó". Como si fuera un perro. O un jersey que no estaban seguros de si les gustaba.»

Se le tensó la garganta, pero la voz se mantuvo serena. «Me devolvieron a las seis semanas. Dijeron que era demasiado intenso. Que no encajaba», dijo.

Volvió a sentarse, el chirrido de la silla apenas captado en la cinta.

«He pasado la vida estudiando las formas de las familias. Lo que las mantiene unidas. Lo que las deshilacha. Las he visto fracturarse bajo la culpa, el secreto, la presión. Pero también he visto qué las hace florecer. Eso es lo que el mundo no entiende. A veces, lo único que hace falta en una familia es que alguien decida cómo debe ser. Alguien dispuesto a imponer forma al caos.»

Cerró el cuaderno.

«He empezado a planear su invierno. Hay cosas que puedo manipular. La rutina de Samuel puede desplazarse un poco con más tiempo en interiores, menos exposición a voces externas y con eso me refiero a Rea. Ha empezado a llamar con más frecuencia y no puedo permitirlo, así que procuraré frenarlo. Eliminaré a Rea de la ecuación. Melanie desconfía de la intromisión. Simplemente se lo recordaré. Unas cuantas sugerencias bien colocadas. Un empujón aquí. Una insinuación allá. Eso es todo lo que hace falta cuando alguien quiere convencerse. Melanie se beneficiará de noches más suaves, así que ajustaré su dosis en consecuencia. Ha vuelto a dormir. Eso me da margen.»

Otra pausa mientras rebobinaba de nuevo. Escuchó. Su propia voz emergía del altavoz, baja y precisa, desplegándose como una liturgia. El sonido lo calmaba. Era el sonido del control. No de la dominación. No de la violencia. Solo de la alineación. Las piezas girando lentamente para mirar en la misma dirección.

Cuando expulsó la cinta y la etiquetó, SW07, la lluvia había empezado a amainar. El aire tenía ese leve olor a ozono que siempre queda después de que pasa un frente. Metió la cinta en el cajón con las demás, ordenadas cuidadosamente, en orden cronológico.

En la repisa superior reposaba la foto de la familia. No la foto verdadera, claro. La que él había impreso, recortado y alterado en Photoshop. Con la cara de Jack eliminada. La suya pegada en su lugar. La imagen quedaba limpia. Equilibrada y completa. Cerró el cajón, lo aseguró con la pequeña llave de latón que deslizó bajo la maceta de su escritorio. Y luego se puso de pie, estiró los brazos una vez y comenzó a preparar su bolsa para la próxima visita.

18

El restaurante estaba más tranquilo de lo habitual cuando Jack regresó a Boston. La clientela del mediodía se había disipado antes de lo previsto. Lluvia en el pronóstico, le dijeron, y los turistas se habían dispersado como hojas. Aun así, la sensación de vacío era más profunda que eso. Como si algo se hubiera desangrado por las paredes en su ausencia.

Se movió por la cocina, asintiendo al sous-chef, comprobando por reflejo la cámara frigorífica. Todo estaba en su sitio, pero el zumbido de las unidades de refrigeración y las rejillas del techo sonaba casi acusador. Había pasado años construyendo este lugar. Ahora parecía la vida de otra persona. Una que había dejado demasiado tiempo en manos de extraños.

«¿Jack?»

Se volvió y vio a Marquez, su subdirector, haciendo un gesto hacia la barra donde una mujer estaba sentada con un portátil abierto y unos auriculares colgando del cuello.

«Tienes visita», dijo Marquez. «La consultora cibernética. Lleva aquí veinte minutos.»

«Gracias.»

Jack cruzó la sala, secándose las manos con un paño de barra. La mujer no se levantó. Era alta y enjuta, quizá de mediana treintena, con el cabello negro a la altura de la barbilla y la postura

de quien no pretende impresionar. Sus ojos se elevaron, afilados y evaluadores.

«Tamsin Rhee», dijo, extendiendo la mano que Jack estrechó.

Tomando asiento frente a ella, dijo, «Jack Geller. Gracias por venir con tan poca antelación, se lo agradezco mucho. He revisado su currículum», dijo sin preámbulos. «Impresionante»,

Ella inclinó la cabeza.

«¿Trabajaste en ciberdelincuencia?»

«Para el gobierno, luego un traslado lateral a seguridad cibernética nacional. Sobre todo evaluación de riesgos e inteligencia.»

Golpeó ligeramente el menú con un dedo pero no miró hacia abajo.

«¿Y por qué te fuiste…?»

Tamsin no habló al principio. Dejó que el silencio se asentara. Miró alrededor del restaurante, comprobando que nadie pudiera oír. Se había dicho a sí misma que mantendría las cosas en la superficie. Dar credenciales, no confesiones. Pero algo en la forma en que él la observaba, quieto pero no pasivo, la hizo replanteárselo.

«¿Alguna vez has dicho la verdad y te has arrepentido?»

La expresión de Jack no cambió. Pero ella sintió que su atención se tensaba.

«Denuncié a tres compañeros», continuó, con la voz baja pero uniforme. «Dos aceptaban sobornos de contratistas. El tercero filtraba protocolos internos de seguridad. Seguí la cadena de mando, lo hice todo según el libro.»

«¿Y?»

«Y me expulsaron. Con discreción. En una lista negra, oficiosamente. Sin cargos. Sin tribunal. Solo reuniones a puerta cerrada sin fin y traslados corteses de proyecto en proyecto.»

Jack no interrumpió.

«Perdí mi habilitación, mi trabajo, mi apartamento. Mis amigos dejaron de contestar. La mayoría trabajaban en los mismos círculos, así que no podían permitirse ser vistos conmigo. Pasé de mi apartamento en Brooklyn a un piso compartido en el Bronx con dos estudiantes y un hurón llamado Michelangelo.»

Jack exhaló la más leve de las risas.

«No lo hago público», dijo ella, ya más seria. «Si lo hiciera, alarmaría a los clientes. Nadie quiere contratar a alguien cuyo mayor logro es que lo echaran por honestidad.»

«¿Entonces por qué contármelo?»

«Porque lo que tienes entre manos no es superficial. No es sabotaje corporativo ni un proveedor de TI dudoso. Es más profundo. Si vas a permitirme ayudar, necesito que sepas que ya estuve en el fuego antes.»

Jack se recostó ligeramente, la mano aún apoyada en el menú. Afuera, una gaviota planeaba sobre la calle, las alas rígidas con la brisa.

«No confío en mucha gente», dijo.

«No esperaría que lo hicieras», respondió ella.

Él la estudió un instante, quizá tres.

«¿Así que trabajas por tu cuenta ahora?»

Ella asintió. «Clientes discretos. Sistemas privados. Arreglando lo que otros rompieron. A veces detecto amenazas antes de que sean visibles. A veces limpio el desastre. En cualquier caso, no me asusto fácil.»

Él miró hacia abajo, el pulgar rozando el borde del menú.

«He tenido brechas. Demasiadas cosas van mal. Cientos de reseñas de una estrella y críticas diabólicas. Una rata se soltó dentro del restaurante de alguna manera. El tipo de cosas que me dicen que alguien me está observando y tratando de arruinarme pero sin querer ser atrapado.»

Ella le sostuvo la mirada.

«Y te preguntas si es un ataque o un trabajo interno.»

«O algo peor.»

Tamsin exhaló una vez, medida. «Puedo rastrearlo. Pero tendrás que darme acceso. Sin carpetas redactadas, sin servidores vanidosos tras cortafuegos.»

Él asintió. Ella alcanzó su abrigo, percibiendo el final natural de la conversación.

«Ah», dijo él al ponerse en pie. «Una cosa más.»

Ella hizo una pausa.

«¿Lo harías de nuevo? Lo del denunciante.»

No sonrió. Pero tampoco se inmutó. «No lo hice por ser heroica», dijo. «Lo hice porque no podría vivir conmigo misma si no lo hacía.» Una pausa. «Y eso no ha cambiado.»

Jack la observó irse. La mesa quedó más silenciosa sin su presencia. Pero el aire que dejó llevaba algo distinto ahora, no solo tensión. Convicción. De esa que solo queda después de sobrevivir al fuego.

Tamsin volvió la mañana siguiente a las ocho en punto. Se atrincheró en la oficina de Jack y él se aseguró de que tuviera todo lo que necesitara de comer y beber, que resultó ser agua y un sándwich de queso a la plancha. Jack no estaba seguro de si debía sentirse impresionado u ofendido. Cuando terminó el servicio del mediodía, ya no pudo esperar más y, tras un suave golpecito en la puerta, entró en la oficina.

«¿Has encontrado algo?»

«Sí, de hecho. Has tenido dos brechas en el sistema en los últimos seis meses. Un ataque al TPV y un supuesto skimming de credenciales mediante un portal de acceso falso. Es el ataque al punto de venta (POS) el que es más dañino hasta ahora, un ciberataque limpio dirigido a cualquier aplicación y sistema que almacene o procese los datos de tarjetas de crédito o transacciones de tus clientes. Quien lo hace es inteligente y, además, conoce tus hábitos, o bien tus hábitos lo hicieron fácil.»

Jack se sentó.

«¿Puedes distinguir la diferencia?»

«Para eso estoy aquí.»

She turned the laptop toward him. A simplified map of the restaurant’s server structure glowed on the screen, with three red flags blinking against the internal Wi-Fi feed.

“You’ve got orphaned packets moving around your internal network,” she said. “Suspicious ones. Someone’s spoofed your access points before. logged in as you from somewhere they

shouldn’t have. Not to steal credit cards, necessarily. But to watch. Probe.”

Jack blinked. “Watch what?”

“Surveillance networks. Device activity. Stored login info. If I were the paranoid type, I’d say someone’s tracking your movements. Not stealing. Watching.”

Jack’s stomach turned. “Can you trace it?”

“I’m trying. It’s not professional grade. This isn’t Russian malware. But it’s careful. Clean. Maybe someone who understands human systems more than code.”

She paused and squinted her eyes as she observed Jack. “I have a feeling you know more than you’re telling me so, does this someone have a name?”

Jack hesitated. Then said, “I think so.”

Tamsin leaned in, her voice gentler but still conveying the same level of professionalism. “Jack, can I level with you. I’ve been in this game a while and seen a lot, all sorts in fact. The worst and weirdest and vilest of human behavior and I doubt anything can shock or surpisre me anymore. And you can also trust me. I signed the non-disclosure and client confidentiality agreement and along with that I give you my word that whatever you tell me, stays between us. I know the face of someone in trouble, who is tired and at his wits end and he’s sitting right opposite me so please, let me help you. But you have to tell me the truth for me to do that.”

Jack sighed and let the weight of the world fall from his shoulders as he told her about Caleb Wynn.

A therapist. Smooth. Too smooth. Embedded in his house, in his family. The way the cameras had gone offline, the strange medication, the boy’s changed behavior. Caleb’s uncanny knack for timing. The way the network back home had started misbehaving the same week Caleb “tweaked” the router.

Tamsin listened without interrupting, her face unreadable. When he finished, she said, “Sounds like he’s running a soft intrusion.”

Jack frowned. “What does that mean?”

“Not technical. Psychological. Someone gets inside the system. social, domestic, personal. before they ever touch a wire. The digital

part’s just an extension. A mirror.”

“You think he’s spying on us?”

“I think he’s studying you.”

She tapped her laptop. “Let me look deeper. You have security footage from the house?”

“Yes. But some of it’s gone.”

“Convenient.”

She closed the lid. “I’ll need access to whatever’s left. And the router.”

Jack nodded. “I’ll get you in.”

As she packed up, she glanced at him again. “If what you’re saying is true, you’re not being paranoid. But you might already be too late.”

Back at the hotel, Jack sat in the dark with a bottle of beer and a screen full of error messages. The footage from the lighthouse was patchy with weeks of gaps, mismatched dates. The cameras that had been online showed little beyond Samuel’s pacing or the dog napping in the sun.

But then he found it. A single frame, left in a forgotten folder. Timestamped two weeks earlier. 11:08 a.m. Caleb, in the hallway outside their bedroom, Jack and Melanie’s. He wasn’t doing anything overtly inappropriate. Just... standing. Watching the closed door. One hand raised slightly, fingers brushing the edge of the wall. It was as though he was considering whether to go in or not. And then he stepped forward, but the clip ended before Jack could see more.

But that was enough. He sat back, bile rising in his throat.

The worst part wasn’t what Caleb had done. It was how natural it looked. How calm. No hesitation. No second glance. He moved like he belonged there. Jack’s mind was racing, and top of the list was to show Tamsin the file first thing in the morning. Until then he knew he needed to sleep because he was running on empty but as he lay his head on the pillow, paranoia took control of his brain, and his eyes refused to close.

The café where Tamsin set up shop that morning was anonymous in the best way: cracked leather booths, flickering neon, and coffee so bitter it might've been brewed in spite. No one asked questions. No one lingered. Jack sat across from her in a corner booth, his hands clenched around a cup gone lukewarm.

Tamsin's laptop glowed between them, the screen crowded with spreadsheets, search queries, and partially redacted PDFs. She didn't look up as she spoke, fingers flying across the keyboard.

"I pulled everything I could from standard public record sources," she said. "Licensing boards, court registries, old university logs. Most of what I found isn't in plain sight. Some of it is sealed. Which in itself tells us something."

Jack leaned in. "Like what?"

"Like this guy isn't who he says he is."

She clicked into a scanned document: a termination letter from an East Coast private counselling firm, dated eight years prior. The tone was formal, vaguely apologetic, and buried in the middle of a dry paragraph was the phrase: multiple boundary concerns raised during therapeutic sessions.

"Was he reported?"

"Not officially. Looks like they let him resign to avoid the formal process."

Another window opened. a family court log from Oregon. The name had been redacted, but Tamsin had matched the birthdate and partial ID string.

"This one's murkier," she said. "But two restraining orders in separate states. Both expired. One filed by a woman. The other by her husband."

Jack stared at the screen. "How long ago?"

"Five years. And two years before that. Different regions. Different families."

His stomach twisted. "Same pattern?"

"Likely. Close involvement under a therapeutic pretense. Lines crossed. Emotional... entanglement."

Tamsin por fin le miró. «Este tipo ya ha hecho esto antes. Ha intentado introducirse en familias. Tiene práctica. Sabe cómo

colarse. Despacio. Con deliberación. Como si estuviera ayudando.»

Jack exhaló, el aire saliéndole como por una grieta. «Lo sabía. Joder, lo sabía.»

«Conocías fragmentos», la corrigió ella. «Ahora necesitamos pruebas. Pruebas reales. No trozos sueltos. Porque si vas a la policía con esto parecerá celos. Sobre todo con la impecable reputación local de Caleb. Y es astuto, así que si tienes algo escondido en tu armario tienes que decírmelo ahora, antes de que él lo encuentre y lo use en tu contra. Si no me lo cuentas no podré intentar enterrarlo.» Se detuvo un segundo cuando vio a Jack palidecer ligeramente. La tensión del rostro no presagiaba nada bueno y su primer pensamiento fue que quizá había tenido una aventura en algún momento de su matrimonio. Eso solía encabezar la lista cuando se trataba de secretos sucios.

Necesitando seguir adelante, Tamsin insistió, «Bueno, ¿hay algo?»

Asintió, la mandíbula tensa. «El robo.»

«¿Qué quieres decir con "el robo"? Nunca atraparon al intruso y no se llevó nada, ¿así que por qué es un problema?»

Jack suspiró, una parte avergonzada por lo que estaba a punto de decir, y otra, de nuevo, aliviada de poder confiar en alguien, porque la culpa lo devoraba por dentro.

«Porque yo lo organicé y todo aquel maldito asunto salió mal. Íbamos a hacer un viaje al día siguiente, estar fuera el fin de semana, pero el tipo que contraté se equivocó, o estaba tan colocado por lo que fuera que se confundió de día. Los coches estaban en el garaje y la casa en la oscuridad, así que quizá parecía que estábamos fuera, pero aun así forzó la entrada y... ya sabes el resto.»

«Joder. ¿Y ese tipo ha vuelto a ponerse en contacto desde entonces?» Tamsin bajó la voz, teñida de preocupación.

«No, ni una palabra, pero no esperaría que lo hiciera... probablemente esté a cientos de kilómetros ya, pero desde que has descubierto que Caleb ha estado fisgoneando me preocupan los registros telefónicos...»

«Mierda. Bien, me ocuparé de eso de inmediato, pero por lo que veo le interesa más lo que estás haciendo ahora, no el pasado, así que puede que te hayas librado. ¿Algo más?»

Jack negó con la cabeza. «No, lo juro. Pero no puedo permitir que Melanie o Samuel se enteren, nunca me lo perdonarían, aunque lo hice para saldar mis deudas. Esperaba que el dinero del seguro me diera un respiro, eso es todo.»

«Lo entiendo, pero si Caleb lo descubre y se lo cuenta a la policía, socavará tu credibilidad. Preguntarán por qué un hombre que una vez orquestó un allanamiento ahora está dando la falsa alarma por otro manipulador.»

Jack se frotó la cara. «¿Y ahora qué hacemos?»

Ella cerró el portátil y sorbió lentamente su café.

«Encontramos lo que él no quiere que encontremos. Y nos hacemos con ello.»

Jack frunció el ceño. «¿Te refieres a entrar a la fuerza?»

«Llámalo... recuperación preventiva. Dijiste que tiene una casa en Carmen. Remota. Cerca del sendero del acantilado. Yo vigilaré. Tú entras. Si es un narcisista como creo, habrá algo en esa casa que lo incrimine. Diarios. Fotos. Grabaciones. No lo hace solo por la intimidad. Lo hace para documentar y controlar. Tiene un plan y un objetivo final, y tenemos que averiguar exactamente cuál es.»

Jack asintió. Ya lo sabía. Lo había sabido desde hacía días. Caleb quería ocupar su lugar. Y ahora, para Jack, no se trataba de venganza. Ni siquiera de ira. Se trataba de recuperar a Melanie y a Samuel, mientras aún quedara algo que pudiera devolverlos.

19

El aire en sí mismo le decía a Melanie que la tormenta venía; no había necesitado los obsesivos partes marítimos de Samuel para saberlo. Mientras des-enganchaba la última de las fundas de almohada de la cuerda de tender y daba un paso atrás para mirar al mar, las nubes se arremolinaban con rapidez, oscureciéndose en la base como moretones, y el viento empezaba a azotar con más fuerza entre las dunas del lado opuesto de la casa.

«Se nos viene la tormenta, Patch», murmuró, mirando al perro que estaba sentado junto a su cesta de la ropa, orejas erguidas, el hocico vibrando, los ojos fijos en el horizonte cambiante como si entendiera cada palabra. «Más vale que no lo dejemos para después», añadió.

El parte era sombrío, las advertencias de Samuel corroboradas por mapas Doppler granulados en la app meteorológica local. Vientos fuertes. Inundaciones aisladas. Riesgo de cortes de electricidad. Una verdadera tormenta costera, de esas a las que Carmen Bay estaba acostumbrada; ella, no tanto. Melanie se alegró de haber escuchado a Tom aquella vez, cuando llamó y pidió suministros a la tienda de Carmen que Gus se encargó de traer, dándole el visto bueno al ver que se había abastecido de conservas, agua embotellada, pilas, velas e, incluso, un añadido por su cuenta: una radio de manivela que dijo no necesitar. Con un guiño y una

salutación se marchó, diciendo que no venía mal estar preparados y que llamaran si necesitaban algo más.

Aun así, seguía echando miradas al estrecho camino que se alejaba del faro, la tira de grava que serpenteaba entre matorrales y brezos antes de incorporarse a la carretera costera. Si la tormenta llegaba tierra adentro antes de lo previsto y convertía ese camino en un lodazal, Jack podría no llegar a tiempo ni por la bahía ni por la carretera.

No quería decirlo en voz alta, ni a Samuel ni siquiera a sí misma, pero la idea de pasar otra noche sola en Stormwatch, los dos acurrucados a la luz parpadeante de las velas, empezaba a carcomerla. El lugar había estado tranquilo últimamente, casi contento, especialmente porque las pastillas que le recetaba Caleb la ayudaban a relajarse. Pero había algo en las tormentas —sobre todo las de mar— que tiraba de los bordes de la mente.

Al ir a coger la cesta de la ropa, Patch ladró una vez, seco, sacándola de sus pensamientos.

«¿Qué ocurre?», dijo automáticamente, pero él ya se movía, cuerpo bajo y en alerta, sus lustrosas cerdas del lomo erizadas. Un momento después gruñó, profundo y gutural, un sonido que nunca había oído antes. La cesta resbaló contra su cadera mientras se giraba para seguir su línea de visión. Un hombre subía por el sendero. Melanie se quedó paralizada.

Aún estaba a una buena distancia, pero avanzaba con paso firme, los brazos balanceándose a los lados como si llevara rato caminando y con un propósito. Patch dio un paso adelante, la cola rígida, los dientes descubiertos, mientras su corazón le daba un vuelco, primitivo y urgente. El instinto le decía que corriera, que recogiera la cesta, llamara a Patch para que volviera junto a ella y entrara en casa, que echara la puerta y cerrara las ventanas. Pero no se movió. Todavía no.

Cuando el hombre se acercó, levantó una mano y saludó. Luego gritó, su voz rebotando de forma extraña entre las rachas de viento.

«¡Eh! ¡Perdona, hola! ¡Perdona por molestar!», llamó.

La garganta de Melanie se secó de golpe y no respondió. Era de rasgos hispanos —quizá mexicano, quizá colombiano—, de hombros

anchos, de complexión recia, con el pelo oscuro y corto y una barba incipiente cubriendo la mandíbula, pero lo que más le llamó la atención, aunque intentó no fijarse, fue la marca de una pulgada en el pómulo. Llevaba una cazadora acolchada verde, polvorienta y gastada por los viajes, y sostenía en una mano una botella de acero inoxidable, que agitó levemente al acercarse.

«Se me averió el coche como a dos millas por el camino», dijo cuando estuvo a distancia de oído, reduciendo el paso y manteniendo las distancias, claramente percibiendo su tensión. «Llamé a la grúa, pero me quedé sin agua. Vi la casa y pensé que igual…»

Patch ladró otra vez, más fuerte, adelantándose unos pasos antes de que Melanie sisease,

«¡Patch! ¡Quieto!», ordenó.

Se detuvo a regañadientes, pero el cuerpo seguía tenso por la inquietud. Melanie miró hacia la casa y vio a Samuel en el umbral, una mano aferrando el marco, los ojos abiertos y dubitativos. No dijo nada.

El hombre se fijó en él también. «Lo siento», dijo de nuevo, levantando las manos en un gesto de paz. «No quería asustar a nadie. Solo necesito agua. Eso es todo.»

Melanie se obligó a responder, ahogando el pánico que subía con el conocimiento de que nadie llegaba por casualidad a Stormwatch. No había nada más allá que un acantilado desmoronado y la larga caída al mar.

«Has venido muy lejos desde la carretera principal», dijo, intentando mantener un tono neutral.

«Es un callejón sin salida más allá de aquí», respondió él.

Asintió. «Sí, lo sé. Soy… un observador de aves. O al menos lo intento. Me perdí. Buscaba acceso a la costa y no me di cuenta de que no había paso.»

«En este tiempo no es probable que encuentres aves», dijo Melanie, con más aspereza de la que pretendía.

El hombre esbozó una sonrisa tímida. «No, supongo que no. Vaya mala suerte, y además era mi día libre. Se lo he echado a perder, supongo.»

No le creyó del todo. Pero la botella en su mano parecía realmente vacía y, a pesar de todo, no había intentado acercarse más. Quedó allí, esperando. Respetuoso. Cauteloso. Echó una vista hacia Samuel, que no se había movido. Sus miradas se encontraron. Supo lo que estaba pensando. Habían vivido antes esto, en otra vida, en otro lugar, cuando extraños entraban por la noche con voces ásperas que ocultaban cosas peores. Pero ahora eran diferentes. Más precavidos. Más preparados. Era de día; el hombre parecía amistoso y, a causa de la desconfianza de Melanie, más nervioso que ella.

«Está bien», dijo con cuidado, extendiendo la mano hacia la botella. «La llenaré. Espera aquí.»

Se adelantó para dársela, asintiendo en señal de agradecimiento. «Lo aprecio. De verdad.»

Ella la tomó con una mano, la cesta de la ropa todavía apoyada en la cadera, y volvió hacia la casa, con Patch siguiéndola a los talones. Al llegar al porche echó una última mirada al hombre, que permanecía donde estaba, brazos cruzados, la cabeza inclinada como protegiéndose del viento que arreciaba. Sabía que no era de recibo no ofrecer a un viajero varado algo de comida o amabilidad, pero había visto suficientes películas y leído suficientes libros como para saber que, de ningún modo, ese hombre iba a entrar en su casa.

Dentro cerró la puerta y echó el cerrojo; el ruido del pestillo resonó en el pasillo en silencio. Samuel estaba justo detrás de ella ahora, con la voz baja.

«¿Quién es?»

«Solo un hombre, se le ha averiado el coche», respondió ella, dirigiéndose al fregadero y manteniendo la voz ligera. «Y sediento.»

«¿Le crees?»

Melanie llenó la botella, observando cómo subía el agua y pensando, no por primera vez, en lo perspicaz que podía ser su hijo. «No lo sé.»

«¿Debemos llamar a papá?»

«No, no hace falta. Cuando le dé el agua, el tipo seguirá su camino a esperar a la grúa, ¿vale?», dijo en voz baja. «Crucemos los

dedos para que papá llegue a casa antes de que llegue la tormenta; pero si no, tú, yo y Patch estaremos bien.»

Al cruzar la mirada vio que el rostro de Samuel se había vuelto pálido, pero no añadió nada más.

Tapó la botella con fuerza y volvió a la puerta. Patch estaba listo, pegado a su pierna como un centinela.

Allí afuera el viento había aumentado, tirando de su ropa y de su pelo con dedos salinos. Salió al porche, con Patch paseando inquieto detrás. El hombre seguía allí, de espaldas al mar, una mano protegiéndose los ojos de las ráfagas mientras observaba la muralla de nubes que avanzaba.

En cuanto la vio sonrió. «Gracias otra vez», dijo, adelantando unos pasos lentos mientras ella bajaba. «No suele encontrarse a nadie tan lejos. No pensaba que habría una casa, y mucho menos que estuviera alguien dentro.»

Melanie le entregó la botella. No sonrió. «Dijiste que eras observador de aves.»

«Sí», asintió él, desenroscando la tapa para beber largo. «Hermosa costa. Intacta. Una pena lo del tiempo.» Soltó una risita baja. «Este faro, ¿está en funcionamiento? ¿Sigue activo?»

Melanie dudó. «No. Desactivado. Hace años.»

«Ah», dijo, escudriñando el promontorio detrás de ella. «Siempre me he preguntado qué pasa con lugares así. ¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí con tu hijo?»

Patch gruñó suavemente, y la mirada del hombre se dirigió hacia abajo. Retrocedió medio paso.

«Perdona, no quería ser indiscreto», añadió pronto, los ojos moviéndose de nuevo, sin fijarse en nada más de un segundo. Miró las ventanas, los canalones, el muro perimetral. Incluso el desvencijado cobertizo del generador al lado de la casa llamó su atención, como si estuviera catalogándolo todo.

Melanie se quedó muy quieta. En él había algo familiar. No tanto su rostro, ni siquiera exactamente su voz. Era algo por debajo de eso. Una presencia. Desenterró un miedo antiguo, enterrado y cubierto durante mucho tiempo. Su corazón empezó a palpitar.

«¿Has venido por la carretera principal?» preguntó de pronto, observando su reacción.

«Sí. Bueno. En cierto modo. Me desvié un poco, como dije. No me di cuenta de lo lejos que seguía el camino.»

«Porque la mayoría de la gente no llega hasta aquí», dijo ella, con el tono afilándose.

El hombre sonrió otra vez, pero esta vez la sonrisa no llegó a sus ojos.

«Supongo que no soy como la mayoría.»

Melanie abrió la boca para responder, pero Patch gruñó más fuerte de repente y avanzó, ladrando, fuerte y agudo. Un momento después llegó otro ruido. Un grito. Un nombre.

«¡Caleb está aquí!», gritó Samuel desde dentro de la casa.

Con eso, toda la postura del extraño cambió. Su sonrisa se desvaneció. Sus dedos apretaron la botella. Miró hacia el camino y por primera vez mostró algo parecido a urgencia.

«Vale. Bueno. Debería volver. La grúa no tardará. Gracias por el agua.»

Se giró sin decir más y caminó deprisa, con la cabeza baja y los hombros encorvados, como si hubiera recordado algo importante y necesitara estar en otro sitio cuanto antes. Melanie lo vio alejarse, la boca seca, la piel erizándose por la inquietud.

«Algo no encaja», murmuró.

Patch gruñó en señal de acuerdo.

Segundos después, Caleb apareció al fondo del camino, cargando una mochila impermeable y una caja en cada brazo. Tenía las mejillas enrojecidas por el viento; el bote se bamboleaba detrás de él en la cala, apenas amarrado.

«La tormenta viene antes de lo esperado», llamó al llegar. «¿Estás bien?»

Melanie asintió despacio. «Había un hombre.»

El gesto de Caleb cambió. «¿Qué hombre?»

Ella miró hacia el camino. El extraño ya había desaparecido de la vista.

«Dijo que se le había roto el coche. Necesitaba agua.»

«¿Se la diste?»

«Sí.»

«¿Dijo algo más?»

«No. Se fue cuando te oyó venir.»

Caleb estudió su rostro, la mirada ahora aguda. «¿No lo dejaste entrar?»

«Por supuesto que no.»

No contestó de inmediato. En vez de eso subió al porche y dejó las cajas a sus pies.

«Pan recién hecho, fruta, unas tartas de la panadería», dijo. «Cogí lo que pude antes de que cerraran temprano. Dicen que los vientos podrían llegar antes de lo previsto.»

Ella le agradeció con un gesto y se agachó para tomar una de las cajas, con las manos temblando levemente.

Caleb la siguió dentro, sacudiéndose el abrigo en el umbral. Samuel bajó corriendo por el pasillo para recibirlo.

«¿Trajiste las de cereza agria?»

«Solo las mejores», sonrió Caleb, abriendo la caja para enseñar un par de pasteles relucientes envueltos en papel encerado. «Y traigo la medicación.»

Entregó una bolsa cerrada, con una etiqueta con sus nombres. Melanie la cogió y la dejó sobre la encimera de la cocina. En cuanto lo hizo, Patch gruñó de nuevo. No se había movido de su cesta, pero se sentó recto como un perno, observando a Caleb con una cautela lenta y profunda.

Caleb dirigió la mirada hacia él. «¿Todavía no le caigo bien, eh?»

Melanie ofreció una sonrisa tensa. «Ha estado nervioso desde que apareció ese hombre. Probablemente esté simplemente inquieto».

Pero, aun mientras lo decía, algo la inquietó.

Patch no estaba solo nervioso. Era desconfiado. Y no solo con el desconocido. Con Caleb. El perro no se había movido. No movía la cola. Tenía la cabeza ladeada, los ojos entrecerrados, los pelos del lomo apenas erizados, como si estuviera ponderando algo. Oyó la voz de Rea en su cabeza, como un susurro arrastrado por la tormenta.

Los perros siempre lo saben.

Apartó el pensamiento.

Caleb empezó a desempacar, dejando el resto de la compra sobre la encimera y limpiando el salitre del envoltorio de papel.

«¿Jack sigue fuera?», preguntó, sin mirarla.

«Sí», dijo ella. «Debería haber vuelto esta noche o mañana, pero si el tiempo cambia, quién sabe».

Caleb emitió un sonido vago, a medio camino entre la compasión y la preocupación.

«Debe de ser raro, solo los tres aquí afuera».

«Nos las arreglamos».

«Aun así. Habría pensado que volvería antes de la tormenta. Si no, parece arriesgado».

Melanie no respondió. El comentario se quedó en el aire y su insinuación dolió. Samuel cogió un bollo y desapareció en el salón. La radio sonaba en un tono bajo de fondo, con actualizaciones meteorológicas locales que llegaban en ráfagas regulares. Patch no se había relajado. Si acaso, su mirada se había agudizado, siguiendo cada movimiento de Caleb.

Melanie se volvió hacia el fregadero y miró el promontorio. La lluvia había empezado a caer, lenta y deliberada, la primera oleada de lo que prometía ser una noche larga y salvaje. Pero su mente estaba en otra parte. Volvió a pensar en el extraño. En la forma en que había mirado alrededor. En cómo preguntó por el faro, por cuánto tiempo llevaban allí. Tenía claro que su interés no había sido casual.

Y la forma en que se marchó en el mismo instante en que se pronunció el nombre de Caleb, sin preguntas ni curiosidad. Como si tuviera una razón para no ser visto. Cerró los ojos un instante. Un recuerdo parpadeó en el borde del pensamiento. Algo que no lograba situar. No la cara del hombre. Otra cosa. Un sentimiento. Familiar, peligroso. Y ahora Caleb estaba allí, y Patch gruñía. Pero, en vez de permitir que su inquietud se transformara en otra cosa, Melanie sonrió, le dio las gracias por la comida y dijo que todo estaba bien. Porque no había nadie que dijera lo contrario. Hasta que Jack volviera. Y, por encima de todo, deseaba que viniera a casa pronto.

20

La tormenta venía rápido. Caleb se plantó en la cima del acantilado, con el abrigo bien abrochado al cuerpo, mirando cómo las olas se arremolinaban y golpeaban las rocas debajo. El viento se había levantado en rachas violentas que incluso a él le hacían tambalearse, y desde el este avanzaban nubes negras como el carbón, hinchadas y hoscas. El mar parecía rabioso. Era perfecto.

Se apartó de la vista, los labios entreabiertos, una sonrisa curvándose en un lado de la boca.

No era exactamente gozo lo que la conformaba. Era anticipación. Jack no venía. Eso ya estaba claro y, aunque Melanie no lo había dicho, podía notar que estaba inquieta. Se notaba en el ligero temblor de su voz cuando hablaba del parte meteorológico, en la forma en que se quedaba cerca de la radio como si ésta pudiera responder a algo más que al tiempo.

Y luego, más temprano, ese regalo había venido caminando por el sendero. Un desconocido. Moviéndole la jaula. Inquietándola. Perfecto.

Y si la tormenta arreciaba y venía de repente, si la carretera quedaba intransitable o la barca insegura para salir, tal vez no tendría que irse esta noche. Quizá podría quedarse. La fantasía había crecido dentro de él como una llama secreta. La había imaginado a menudo, siempre empezando igual: Melanie, pálida a la

luz de las velas, echándose el pelo hacia atrás con esos dedos delgados, agradecida por su presencia, por su fiabilidad, por su calor. El niño a salvo en la cama. El generador apagándose. Solo él entre ella y la oscuridad.

Siempre había sido fantasía. Pero no esta noche. Esta noche, la casa crujiría y gemiría con el viento, el perro ladraría, el niño se inquietaría, y ella lo miraría con esos ojos abiertos y cansados y le pediría que se quedara.

Entró, quitándose la lluvia de los hombros. Patch apareció al instante, gruñendo bajo.

Caleb lo ignoró.

«Solo quería revisar el barco antes de que empeorara, y por lo que parece las carreteras podrían quedar intransitables al anochecer. Dicen que podría haber inundaciones en el acceso»,

Melanie asintió. Samuel se quedó a medio esconder en el pasillo detrás de ella, asomando la cabeza por encima del hombro de su madre.

«Sigues con aspecto alterado», dijo Caleb.

«Es ese hombre», dijo ella. «El que vino antes y dijo que se le había estropeado el coche.»

Caleb mantuvo la expresión serena. «Probablemente ya se habrá ido hace rato, así que intenta no darle vueltas.»

«Eso espero. Dijo que era un observador de aves, pero…» Sacudió la cabeza. «Algo no me cuadró.»

Caleb puso la mano con suavidad en su brazo. «Hiciste bien en ser cautelosa.»

«No le pregunté su nombre.»

«No lo necesitas», dijo Caleb. «Probablemente solo era un oportunista o un vagabundo. Lugares así atraen a gente así. Cabañas solitarias. Carreteras remotas. Se creen que nadie les observa.»

Ella se estremeció y dio un paso atrás para dejarlo entrar en la cocina. «Sigo pensando que mintió con lo del coche. ¿Quién viene tan lejos sin saber que es un camino sin salida?»

Caleb abrió una de las bolsas y comenzó a vaciar el resto de las compras sobre la encimera. Lo habitual: panes con semillas, bolsas

de fruta desecada, un par de tartas, queso envuelto en papel encerado. Se encargó de colocarlo todo con cuidado. De forma reconfortante.

«Puedo quedarme esta noche si quieres», dijo con suavidad. «Va a empeorar. Y si el generador falla otra vez, es mejor no estar sola. Yo dormiré en el sofá.»

Lo dijo como si no fuera nada. Como si no importara en absoluto. Pero el corazón le latía con fuerza bajo el abrigo.

«No estoy segura», dijo Melanie, mirándolo.

«No me importa», añadió. «De verdad. Tienes que pensar en Samuel. Y en el perro…»

En ese momento, Patch ladró, agudo y estridente.

Caleb se volvió hacia él despacio.

«¿Puedes callar a esa cosa?»

Melanie se estremeció. Samuel se colocó instintivamente entre el perro y Caleb.

«Está inquieto», dijo ella rápidamente. «A él tampoco le gustó el desconocido.»

«A mí no me gustó desde el primer día», murmuró Caleb. «No he hecho más que ayudarte.»

Samuel habló en voz baja. «Es mi mejor amigo.»

Las palabras quedaron flotando en el aire. Caleb sintió un agudo tirón de irritación y remordimiento por haber perdido los nervios, pero le molestaba la conexión entre Samuel y ese perro. Mejor amigo. Desaliñado, feo, medio adiestrado.

Y, sin embargo, Samuel lo quería más que a él últimamente. Desde que llegó, había notado que la atención de Samuel se esfumaba durante las terapias y ya no escuchaba las historias de Caleb con asombro. En cambio, prefería estar con el perro. No estaba bien.

Se arrodilló para recoger una manzana que se le había caído y, al incorporarse, su mirada recayó en el corcho junto a la puerta trasera. El nombre y el número de Rea, escritos con tinta negra, sujetos con una chincheta plateada. El contacto de emergencia de Melanie.

Echó una ojeada. Melanie estaba junto al fregadero. Samuel en la sala. Caleb se movió deprisa, tirando del papel del corcho y doblándolo una, dos veces, metiéndolo en su bolso entre un paño doblado y la botella. La botellita con cuentagotas era de vidrio marrón oscuro, metida en un estuche con cremallera. El líquido era transparente. Insípido. Eficaz. No pensaba usarlo todavía. Pero le tranquilizaba saber que estaba allí. No habría competencia. No ladridos a las puertas. No gruñidos desde los rincones. No ojos cálidos mirando a Samuel como si él fuera el centro del mundo.

Melanie se volvió, secándose las manos con un trapo. «Gracias por venir», dijo en voz baja. «Se agradece. Que haya alguien más aquí.»

Caleb sonrió. «Por supuesto».

La tetera siseó. Las ventanas vibraron en sus marcos. Afuera, el viento aullaba por los campos y la lluvia surcaba los cristales. Él la observó moverse por la cocina. La vio levantar tazas, girarse, sonreír levemente a algo que Samuel gritó desde la habitación contigua. Estaba cansada. El rostro demacrado. Pero incluso con este tiempo, incluso en el miedo, le parecía hermosa. Frágil. Casi quebradiza.

Más tarde, cuando las luces parpadearan y la tormenta alcanzara su apogeo, sugeriría que todos se quedaran en la misma habitación. Parecería lógico. Sensato. Seguro. Y ya se había llevado la llave del cobertizo del generador, así que, si necesitaba cortar la luz y acelerar el proceso, que así fuera. Y entonces, cuando las pastillas comenzaran a hacer efecto, cuando sus ojos se apagaran y sus voces se ablandaran, él seguiría allí. Firme. Fiable. Esperando.

21

Mediodía en Boston, y Jack se estaba ahogando en cifras. La reunión se había alargado casi tres horas, pero apenas recordaba una palabra de ella. La voz de su contable se había convertido en un zumbido bajo e insistente, salpicado de malas noticias y previsiones más sombrías. Los ingresos se habían estancado. Los gastos subían. Los inversores estaban nerviosos. Y luego estaban las reseñas.

Las repasó ahora, el pulgar pesado sobre la pantalla, cada una más demoledora que la anterior. Las consecuencias de la filtración de datos se habían hecho virales. Los medios locales lo habían recogido y los blogs de gastronomía publicaban historias no sobre la comida, sino sobre el caos. Antiguos clientes se desahogaban en línea, criticando cómo había gestionado el incidente, exigiendo reembolsos, amenazando con acciones legales. Había escalado con rapidez.

Cerró el portátil y se recostó en la silla, mirando al techo del espacio de coworking que habían tomado prestado por el día. Las luces fluorescentes zumbaban sobre su cabeza. Todo parecía distante, irreal. Como ver su vida desmoronarse tras un cristal.

Tamsin estaba junto a la ventana, hablando en voz baja por su auricular. Parecía concentrada, en control, todo lo que él no era en ese momento. Cuando colgó, se volvió hacia él.

«Tenemos que volver», dijo ella.

Jack parpadeó. «¿Dónde?»

«A Carmen Bay. De inmediato.»

Se frotó la mano por la mandíbula. «Tamsin, acabo de pasarme tres horas viendo cómo mi negocio se desangra. ¿Puede esperar hasta mañana?»

«No», dijo ella, con firmeza. «Hemos detectado otra anomalía en el sistema. La brecha no se limitó al restaurante. Necesito acceso completo al servidor doméstico y no puedo hacerlo a distancia. Si alguien ha entrado en tu marco de seguridad, tengo que averiguar hasta qué punto llegaron.»

La miró fijamente. «¿Crees que alguien ha manipulado el sistema de casa?»

«Creo que alguien lleva un tiempo dentro. Y quiero verlo yo misma. Ah, y he mirado el pronóstico: se avecina una tormenta que va a golpear la bahía, así que tenemos que darnos prisa.»

Jack exhaló, derrotado. «De acuerdo. Necesito hacer la maleta. ¿Puedes llevarme?»

Salieron del edificio juntos y en minutos estaban de vuelta en el hotel. Jack arrojó ropa a una funda sin mucho cuidado. Sus manos se movían en piloto automático, pero su mente estaba en otra parte: en los saldos de las cuentas, en la filtración, en las llamadas que tendría que hacer para salvar lo que pudiera. El final que casi sabía que llegaría pero que le costaba aceptar.

Tamsin aguardó junto a la puerta, ya revisando algo en su tablet. No hizo falta que preguntara si estaba listo. En cuanto cerró la cremallera, se dio la vuelta y salió. Su coche estaba aparcado a la vuelta de la esquina, un elegante alquiler con lunas tintadas y un ronroneo bajo que apenas se percibía cuando arrancaron. Jack se hundió en el asiento del copiloto y cerró los ojos.

«Llama a Melanie», dijo, echando un vistazo al GPS. «Dile que volvemos. Y cuéntale lo de Caleb.»

Jack abrió un ojo. «¿Qué pasa con él?»

«He revisado más de los archivos cerrados», explicó Tamsin. «Hay incoherencias en la forma en que se registraron sus credenciales. Su acceso a información personal es más amplio de lo que debería ser. Y no puedo rastrear quién aprobó la extensión, lo

que me hace sospechar que no la tuvo y que se ha hackeado a sí mismo acceso a expedientes legales y médicos y vaya usted a saber qué más. Pero apostaría mi vida a que sabe todo lo que necesita sobre tu hijo, y eso es un comienzo. Si yo puedo verlo, él también puede.»

Jack se incorporó, más atento. «¿Crees que él está detrás de la filtración de datos de los clientes?»

«Creo que sí, y creo que está demasiado cerca de tu familia, y hasta que no lo sepamos con certeza deberías suspender todas las visitas.»

Jack parpadeó, con la mente lenta. «Espera, ¿qué día es hoy?»

Tamsin frunció el ceño. «Jueves.»

El estómago se le encogió. «Tenía programada una sesión con Melanie y Samuel hoy.»

Rebuscó el teléfono, maldiciendo en voz baja, y marcó. El tono sonó.

La señal chisporroteó en cuanto la llamada conectó. Jack se inclinó hacia adelante en el asiento, sujetando el móvil contra la oreja como si pudiera escapársele en cualquier momento. «¿Melanie? ¿Me oyes?»

Hubo un instante de estática, y luego su voz se coló, fina y distorsionada.

«¿Jack?»

«Sí, Mel, soy yo. ¿Estás bien? Siento no haber contactado esta mañana, he estado en reuniones infernales y acabo de ponerme en camino. He oído que viene una tormenta.»

Un siseo de interferencias dificultó oír sus palabras siguientes, pero percibió la tensión en su tono, esa tensión tensada hasta el límite debajo de todo.

«La tormenta está casi encima. No te imaginas el cielo. Negro como la noche y… el viento está arremetiendo. La luz parpadea. La radio dice que pronto perderemos la señal.»

Jack agarró el borde del asiento. «Lo sé, vamos en camino. Traigo a Tamsin, te explicaré más cuando llegue. Deberíamos volver esta noche.»

Otro estallido de estática le cortó antes de que pudiera decir más. Esperó, conteniendo la respiración, hasta que su voz regresó.

«Jack tengo que decirte… vino un hombre. Un desconocido vino a la casa.»

Jack se quedó helado. «¿Qué?»

«Dijo que se le había averiado el coche. Pidió agua. A Patch no le gustó. A mí tampoco.»

«¿Cómo era?» preguntó Jack, esforzándose por sonar tranquilo.

Su respuesta llegó despacio, entrecortada por la mala conexión. «Alto. Corpulento. Pelo oscuro. Español, quizá, y tenía una cicatriz en el pómulo. Dijo que estaba observando aves, pero hacía preguntas extrañas. Sobre el faro. Sobre cuánto tiempo llevamos aquí.»

Jack cerró los ojos, con la bilis subiendo por la garganta. Era él. No había duda. El extraño no era un extraño. Era el hombre al que Jack había pagado para simular un robo, el mismo que se suponía que debía haber desaparecido. Pero no lo había hecho. Y ahora los había encontrado.

«Melanie, escúchame con atención», dijo Jack, esforzándose por controlar la respiración. «Tienes que estar alerta, ¿vale? Así que hasta que vuelva cierra todas las puertas. Todas. También las ventanas.»

Ella vaciló. «¿Por qué?»

«Confía en mí. Cierra con llave. No abras a nadie. Alguien ha vulnerado la seguridad en el restaurante y tengo la sensación de que puede tener algo que ver con ello.» Era lo mejor que pudo decir sin alterarla demasiado ni delatarse.

Hubo una pausa, luego dijo: «No te preocupes, estaremos bien y Caleb está aquí.»

Jack parpadeó. «¿Qué?»

«Caleb llegó justo después de que se fuera el hombre. Samuel estaba asustado. La tormenta empeora. Se ofreció a quedarse, así que acepté. Dormirá en el sofá esta noche y me quedaré más tranquila teniéndolo aquí hasta que vuelvas.»

Un relámpago de miedo atravesó el pecho de Jack. No solo por el desconocido. No solo por la tormenta que se acercaba. Sino porque

la única persona a la que Melanie había dejado entrar era precisamente el hombre sobre el que él estaba a punto de advertirla. Y ella no tenía ni idea. Abrió la boca para hablar, pero la línea estalló en una masa chirriante de ruido blanco.

«Mel?»

Nada.

«Melanie, ¿me oyes?»

El estático llenó su oído otra vez y luego, silencio. La llamada se había cortado.

Jack arrancó el teléfono, mirando la pantalla. Sin señal. Solo el burlón círculo de una rueda que gira.

«¡Maldita sea!» Marcó de nuevo. Una vez. Dos. Nada.

Tamsin miró hacia él, frunciendo el ceño. «¿Qué ha pasado?»

«Se cortó la llamada. No pude decírselo.»

«¿Decirle qué?»

«Que Caleb está allí con ella ahora mismo y, peor, que un hombre llamó a la casa, y tengo un presentimiento muy malo, de hecho estoy seguro de que es el tipo al que pagué.»

Tamsin no respondió. Miró la carretera durante un largo momento antes de decir: «¿Estás realmente seguro?»

«Por completo. La descripción encaja. Es él.»

«¿Y Caleb?»

«Se queda esta noche.»

Tamsin maldijo en voz baja. «Eso es malo, Jack.»

«Lo sé.»

«¿Ella no sabe lo que hemos descubierto?»

«No. Iba a decírselo, pero se cortó la línea.»

Jack se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, con los dedos enredados en el pelo. La mente le daba vueltas. No había una buena salida. No podía llamar al sheriff, no sin abrir una puerta que conduciría directamente al robo simulado, al fraude del seguro que esperaba cobrar, a todo lo que había enterrado.

Y en cuanto a Caleb. No tenía pruebas de que el hombre hubiera hecho nada malo. Todavía no.

«No puedo involucrar a la policía», masculló.

Tamsin asintió. «Me lo imaginaba.»

«Si empiezan a hacer preguntas sobre por qué un tipo así vino a Stormwatch, harán demasiadas preguntas y si arrestan al hombre, podría hablar, así que tengo que averiguar qué quiere, primero, y sospecho que la respuesta es dinero por silencio. Y Melanie…»

«Nunca te lo perdonará.»

No respondió.

El coche atravesó el campo a toda velocidad, el cielo oscureciéndose hasta convertirse en una mancha de carbón. Las primeras gotas de lluvia salpicaron el parabrisas. Los limpiaparabrisas empezaron su ritmo, pero no eran rival para lo que venía. Jack intentó llamar a Melanie otra vez. Sin señal. Miró la pantalla, deseando que cambiara. Que se reconectara. Que le diera algo. Nada.

El pulso le latía con fuerza, un zumbido enfermizo en la garganta. Allí estaban solos, su mujer y su hijo. Y un desconocido con una vendetta acababa de tocar la puerta. Un hombre que sabía cosas. Que podría arruinarlo todo. Que quizá no se conformara con el chantaje.

Y luego estaba Caleb. Jack llevaba un tiempo sospechando que era un cuco en su nido, pero la sospecha no bastaba. Fue Tamsin quien indagó más. Quien encontró la pista de vigilancia e intrusiones. Jack lo había descartado todo al principio y se dijo a sí mismo que Caleb intentaba ayudar. Atento, si no un poco intenso. Un profesional que se preocupaba profundamente por sus pacientes y por su oficio. Pero ahora, al pensar en él en la casa, durmiendo bajo el mismo techo que Melanie y Samuel, Jack sintió un frío que le recorrió todo el cuerpo.

«Conduce más rápido», dijo.

«Ya voy a noventa.»

«Entonces ve a noventa y cinco o déjame conducir, no me importa si me ponen una multa.»

Tamsin no discutió y apretó el acelerador.

La lluvia se intensificó, martilleando el techo. La costa todavía estaba a dos horas, quizá más con la tormenta que avanzaba. Jack seguía intentando llamar. Una y otra vez. El silencio respondía cada vez. Odiaba no saber qué estaba pasando. Se imaginó la luz

fallando. El viento aullando contra los viejos cristales. Melanie intentando calmar a Samuel mientras Caleb merodeaba cerca. Y en algún lugar, en la oscuridad, el hombre en quien Jack había confiado una vez, a solas, esperaba.

Había creído que tenía el control. Que sus secretos estaban a salvo. Pero ahora todo lo que podía hacer era apretar el volante y rezar para que llegaran a tiempo.

22

El viento había arreciado ya al anochecer, golpeando ramas contra las ventanas y arrastrando tentáculos de niebla marina por el cristal en manchas fantasmales. La lluvia azotaba en ráfagas inclinadas. Caleb cerró la puerta trasera con mano firme, echó el cerrojo y apoyó la palma contra la madera un latido de más, como si se sellara dentro con ellos.

La tormenta le había dado la excusa perfecta para quedarse. Se había hecho útil, como siempre. Mientras Melanie vigilaba la ducha de Samuel, comentando de paso que él siempre dejaba un desastre, Caleb cortaba verduras con teatral precisión, cada filo del cuchillo deliberado y rítmico. El guiso burbujeaba cálido en la olla, rico en ajo y romero. Puso la mesa, dobló las servilletas, encendió velas en tarros de mermelada. Se le daba bien esta parte. El papel del hombre fiable. Proveedor. Protector. Padre.

Alzó la vista cuando ella entró en la cocina, secando el pelo de Samuel con una toalla en una mano y el teléfono apretado en la otra. Siempre el teléfono.

«¿No hay noticias de Jack?», preguntó, ya sabiendo la respuesta.

Melanie negó con la cabeza, distraída. «Sigue sin señal. Creo que la torre debe de estar fuera de servicio.»

Caleb sonrió, con simpatía. «Seguro que llamará cuando pueda. De todos modos, esta noche nos tenéis a nosotros para hacer

compañía.»

Pero su atención estaba en otra parte, sus ojos repasando la pantalla de nuevo. El pulgar se suspendía, refrescando el feed. Él apretó la cuchara de madera con fuerza.

Cuando finalmente se sentaron los tres, la luz de las velas temblando sobre los platos dispares, Caleb sirvió porciones generosas, vertió vino para Melanie y un vaso de agua para Samuel. Preguntó por sus tareas online, se rió de las imitaciones que Samuel hacía del profesor, elogió a Melanie por el color de su vestido, aunque esta noche parecía pálida y cansada, el pelo recogido en un moño suelto.

Esto podría ser mi vida. Esto debería ser mi vida.

Después de cenar jugaron a serpientes y escaleras. Samuel se rió cuando Patch, que estaba sentado en su regazo, intentó morder la esquina del tablero y luego frunció el ceño cuando Caleb lo regañó. Al darse cuenta pronto de su error, Caleb fingió dejar que el niño ganara y la armonía se restauró. Pero la ilusión empezó a resquebrajarse cuando el viento golpeó con fuerza las ventanas de arriba. El rostro de Samuel se quedó inmóvil.

«¿Qué ha sido eso?», susurró el niño.

«Solo la tormenta», dijo Melanie con suavidad.

Pero Samuel se volvió hacia Caleb, con los ojos muy abiertos. «Es el hombre malo. Está fuera. Le oí.»

Caleb se arrodilló junto a él, la máscara de calor todavía en su sitio. «No hay ningún hombre malo, campeón. Solo el viento y los árboles que hacen ruido. Estás seguro aquí, te lo prometo», susurró.

Samuel se encogió. «No me llames campeón.»

Hubo un silencio.

«Quiero ir a mi habitación con Patch. Y con mamá.»

Caleb se puso en pie despacio, la sonrisa tirante. «Por supuesto», dijo.

Melanie rodeó con un brazo al hijo y lo sacó de la habitación, formando con los labios*lo siento*en nombre de su hijo. Caleb se quedó atrás y en cuanto estuvieron fuera de oído el tablero de juego quedó esparcido bajo sus puños. Ese maldito perro trotó a su lado como un guardaespaldas y se había colocado entre él y Samuel.

No le gustaba ser rechazado. Especialmente por *su* hijo.

No es tu hijo, susurró una voz en su cabeza.

Caleb no respondió.

Para cuando Melanie volvió, con el rostro hundido y cansado, él había preparado chocolate caliente, como ella lo hacía cuando Samuel tenía pesadillas.

«Yo lo hago», dijo ella, quitándoselo de las manos.

La observó verter el polvo en el cazo, tarareando suavemente en un ritmo calmante. No notó cuando se inclinó hacia el armario detrás de ella para coger galletas. No sintió el ligero roce cuando él pasó el brazo. No vio el pequeño frasco cuentagotas que metió en la palma del pantalón. Un pequeño chorro en el cazo. Mezclado. Desaparecido.

Ella volvió y removió la mezcla lechosa otra vez, luego la sirvió en la taza favorita de Samuel, la de los piratas. Cuando subió la taza escaleras arriba, él la siguió lo justo para oír el somnoliento gracias desde detrás de la puerta entreabierta del dormitorio. Unos minutos más tarde, después de que les leyeran un capítulo o dos de su libro, Melanie bajó descalza, llevando la taza vacía.

«¿Ya está dormido?», preguntó Caleb, con agradable sorpresa.

Ella asintió. «Como un tronco. El cacao siempre hace efecto y debe de estar agotado.»

«Tú también», dijo él con dulzura, entregándole la copa de vino que ya había servido.

Ella vaciló, luego la tomó. La mano le tembló un poco al sorber. Él sonrió, observándola por el filo de su propia copa intacta. Bebió más rápido de lo habitual. Bien.

Hablaron, o más bien, *él* habló. Sobre vacaciones en el sur de Francia. Sobre mañanas tranquilas junto al puerto. Sobre enseñarle a Samuel a navegar. Melanie escuchó al principio, luego parpadeó más despacio, los dedos aflojándose alrededor del tallo de la copa que apenas logró dejar sobre la mesa.

«Debería... prepararme», murmuró, tambaleándose al ponerse en pie.

Caleb la sujetó con delicadeza.

«No te preocupes. Yo te cuido.»

Ella no respondió. Los ojos le rodaron un poco. El cuerpo se le fue flojo entre sus brazos. Él la sostuvo cerca, la olió. Luego la llevó al dormitorio, lento y cuidadoso, como un novio con su novia. El viento aulló por la chimenea mientras avanzaba por el pasillo en penumbra, pasando por la puerta cerrada de la habitación de Samuel.

En el dormitorio, la dejó suavemente sobre la cama. La desnudó con cuidado. Doblegó la ropa en la silla. Trabajó despacio, con ternura, reverente. Ella murmuró algo incoherente y se movió.

Caleb le acarició el pelo. «Shhh, estoy aquí», susurró.

Se quitó la camiseta interior y los calzoncillos y se metió en la cama junto a ella, tirando la colcha por encima de ambos. Durante mucho rato se quedó de lado, observando su rostro a la luz tenue.

«Mel», susurró. «No lo necesitas. Te dejó. Dejó a Sammy.«Pero yo me quedé».

Le acarició la mejilla con el dorso de la mano. «Seremos felices. Ya verás. Arreglaré todo. Tú y yo y Samuel. Quizá más. Sé que siempre has querido tener otro, ¿verdad? Podría dártelo».

Ella se movió en su sueño, y él sonrió.

«Te gustaría eso, ¿verdad?», murmuró. «Una niña con tus ojos y mi espíritu. Te construiré un barco. Navegaremos hasta las islas. Enseñaré a Sam a gobernarlo. Llevarás ese vestido azul que tanto me gusta y te sentarás a mi lado mientras yo guío el barco entre las olas».

Exhaló suavemente, un brazo cayendo sobre la almohada. Sus labios se movieron débilmente, produciendo un sonido entrecortado e involuntario.

Caleb se quedó paralizado.

«Dilo otra vez», susurró, acercándose. «¿Has dicho que me quieres?»

Esperó, con el corazón desbocado.

Melanie no dijo nada. Pero en el sueño que vivía detrás de sus ojos ella le sonrió. Lo atrajo hacia sí. Susurró su nombre como una oración.

«Lo sabía», susurró, inclinándose para besarle la sien.

Entonces, despacio, con cuidado, alargó la mano hacia la lámpara de la mesilla.

Y apagó la luz.

23

La carretera hacia Carmen era un borrón de lluvia y pánico creciente. Sólo habían avanzado unas millas cuando Jack insistió en conducir, demasiado inquieto para ir de pasajero y ahora, agarraba el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos, los limpiaparabrisas librando una batalla perdida contra las cortinas de agua que embadurnaban el cristal. A su lado, Tamsin permanecía rígida, brazos cruzados, la mandíbula apretada. No habían hablado mucho desde que salieron de Boston. Cada pocos kilómetros Jack miraba el móvil, comprobando la cobertura. Nada todavía.

Para cuando llegaron al muelle la tormenta se había tragado la bahía de Carmen. El viento aullaba como un animal herido, desgarrando las banderas sobre la caseta de cebos y haciendo vibrar las cubiertas onduladas de los viejos cobertizos de los barcos. El aire olía a sal y algas y algo parecido al pánico le crecía a Jack por dentro.

Gus les aguardaba justo fuera de la oficina del patrón del puerto, envuelto en aceite de pesca, un cigarrillo metido tras la oreja, el rostro serio.

«No pienso sacaros con este tiempo», dijo antes de que Jack pudiera siquiera abrir la boca. «Esta noche no. Nadie va a ninguna parte», añadió.

Jack dio un paso al frente. «Gus, por favor. Conoces la bahía mejor que nadie. No te lo pediría si no fuera serio», dijo.

«No se trata de conocerla», espetó Gus. «Se trata de no morir. La marea está loca. Las olas rompen justo encima del espigón. Es suicidio», dijo con brusquedad.

Ben, el marinero más joven, apareció a su espalda, negando con la cabeza. «Lleva razón. Hay un aviso. La guardia costera ha dicho que no salgamos a la mar a menos que queráis acabar en las noticias», dijo.

A Jack se le desplomó el estómago. «Melanie está ahí fuera. Y Sam», dijo.

Gus le lanzó una mirada que mezclaba simpatía y dureza. «Estarán lo bastante seguros si se quedan dentro, pero si estás empeñado en ir, mejor que busques otra forma. No quiero llevarme tu muerte en la conciencia si salimos y además yo también quiero seguir vivo», dijo.

Se quedaron en silencio mientras la lluvia azotaba sus abrigos. Jack se dio la vuelta y regresó al coche a zancadas, el pecho apretado. No se había permitido imaginar la voz de Melanie cortándose como última palabra. No se había dejado ver a Samuel llorando por algún extraño en la ventana. Pero ahora las imágenes asaltaban su mente. La cara de Caleb torcida en una compasión satisfecha, Melanie drogada o algo peor, Sam demasiado asustado para gritar.

Abrió la puerta del conductor y se subió de un salto, dándola un portazo más fuerte de lo necesario. Tamsin le siguió, empapando el asiento.

«No los vamos a dejar ahí fuera», dijo en voz baja. «Podemos ir por carretera.»

«Tomará horas con este tiempo», murmuró Jack, ya buscando la ruta en el GPS.

«Entonces conducimos toda la noche. Es mejor que quedarnos aquí esperando a que pase la tormenta.»

Asintió una vez y arrancó del muelle con un chirrido de neumáticos, el agua arremolinándose bajo las ruedas. El coche

patinó un poco antes de agarrar el asfalto. Tamsin miró hacia la sombra del puerto y frunció el ceño.

«Espera», dijo. «Lo estamos planteando mal.»

Jack le lanzó una mirada fugaz. «Ahora no es momento de filosofía», dijo.

«No, escucha. Caleb no está en su casa. Está*en la tuya.*Y por experiencia, sé exactamente qué clase de persona es. No habrá tomado esta clase de obsesión a la ligera. Apuesto a que hay algo en su casa que lo incrimina.»

La garganta de Jack se secó. «¿Crees que ha guardado un registro?»

«Oh, yo*sé*que lo ha hecho.» «Es un narcisista con complejo de salvador. Estos tipos siempre lo documentan. Fotos, audio, Dios sabe qué más. Y si está ahí, podemos usarlo.»

«¿Para qué?»

«Para terminar con esto. Y tal vez, hacer que alguien nos crea antes de que sea demasiado tarde.»

Jack frenó el coche. «¿Tienes su dirección?»

Tamsin sonrió y asintió.

Minutos después se acercaron al camino que llevaba a la cabaña aislada de Caleb. No había luces, ningún signo de vida salvo el viento golpeando los setos.

«¿Segura?»

Ella metió la mano detrás del asiento y sacó un bolso gastado que colocó en su regazo. «Segurísima.»

Jack salió de la carretera y avanzó despacio por la pista.

La casa era modesta pero pulcra. Grava ordenada, la luz del porche apagada. Cortinas corridas. Silencio.

Tamsin salió primero, con la capucha puesta, agachada. Registró su bolso y sacó guantes de goma, una linterna con filtro rojo y un juego de útiles finos que hicieron arquear una ceja a Jack.

«Sabes que esto es ilegal, ¿no?»

Ella esbozó una sonrisa sombría. «Sólo si nos pillan.»

La condujo alrededor del lateral de la casa. Una única cámara de seguridad vigilaba la puerta principal, parpadeando. Jack se quedó firme mirándola mientras ella se apoyaba en la barandilla del porche.

Con una pequeña herramienta, quitó la carcasa y cortó los cables. La luz dejó de parpadear.

«Bien», masculló Jack.

Ella deslizó la llave de la puerta principal de debajo de la maceta. Por supuesto, Caleb tenía una llave escondida.

Previsible.

Dentro, el lugar estaba obsesivamente limpio. El olor a lejía de pino le picó la nariz a Jack. La decoración en tonos apagados, mantas grises, alfombras beige, mobiliario mínimo. Era como un showroom sin alma. Se movieron con rapidez hacia el pasillo donde se abría un pequeño despacho. Tamsin empujó la puerta y soltó una maldición contenida.

En la pared colgaba un corcho lleno de fotografías, algunas enmarcadas, otras clavadas, curvándose por los bordes. No sólo de Melanie. De otras mujeres. Otros niños. Algunas riendo. Otras sin saber que estaban siendo observadas. Jack se acercó. Una foto mostraba a una mujer en un columpio, un niño a su lado. Todo el montaje le hizo estremecer.

Tamsin, sin embargo, se concentró en la tarea y abrió cajones cerrados con una de las herramientas que había traído, mientras Jack se quedaba paralizado. Había cuadernos, hileras de ellos. Años enteros. La caligrafía ordenada de Caleb, página tras página. Observaciones. Obsesiones. Fantasías.

«Hoy lloró. Pero al final verá que tengo razón», se leía en una nota.

«El niño es resistente pero necesitará moldearse. Puedo ser yo quien lo haga.»

«El marido estorba. Pero no por mucho tiempo.»

A Jack se le revolvió el estómago.

«Ayúdame a meter esto en una bolsa», susurró Tamsin, la voz tensa por la urgencia.

Jack se lanzó a la cocina, tiró de un cajón hasta dar con un rollo de bolsas de basura, y luego, juntos, trabajaron deprisa, recogiendo todo. Diarios, memorias USB, sobres con fotos. Una grabadora de mano. Tamsin metió todo en bolsas negras de basura, sin hacer caso al sonido de Jack maldiciendo.

«No me importa la ley», dijo Jack mientras cogía otro cuaderno. «Es peligroso. Si esto es lo que hace falta para pararlo…»

«Diré que te obligué», interrumpió Tamsin.

«No. Yo asumiré la culpa. Si hace falta, dices que entré solo. Esto es cosa mía.»

Ella lo miró. Sus ojos eran acerados, pero suaves en los bordes.

«¿La amas tanto como para ir a la cárcel?», dijo ella.

Él asintió. «No sabía cuánto hasta que me di cuenta de que podía perderla, así que sí, lo haré.»

Un trueno estalló afuera, cercano y penetrante.

Tamsin agarró la última carpeta y ató la bolsa. «Entonces hagamos lo posible para que no tengas que hacerlo.»

Cerraron la puerta tras de sí. Tenían lo que necesitaban. Ahora solo tenían que llegar a tiempo.

La carretera que salía de Carmen se retorcía como una serpiente entre colinas húmedas, azotadas-por-el-viento, los acantilados costeros a su derecha precipitándose en una negrura espumosa. Las manos de Jack se aferraban al volante mientras los neumáticos se agarraban, patinaban y volvían a agarrarse. Cada pocos cientos de metros, ramas yacían esparcidas como restos, algunas del tamaño de hombres adultos, obligándole a esquivar o reducir la velocidad.

A su lado, Tamsin tenía el portátil apoyado en las rodillas, conectado a su teléfono en un raro hueco de cobertura. La pantalla iluminaba su rostro, que parpadeaba con cada actualización.

«¿Algo?», preguntó Jack, con la vista en la carretera.

No respondió al principio. Su expresión se había endurecido.

«Entré en un par de bases de datos en las que no debería haber entrado», murmuró Tamsin. «Informes de la junta médica, datos financieros. Cosas de antecedentes. Apenas hay nada sobre Caleb; parece que ha sido meticuloso con su presencia en línea. Lo ha limpiado todo.»

«Demasiado limpio», murmuró Jack.

Tamsin desplazó la pantalla entre cejas fruncidas, los dedos volando. «Pero esto, esto estaba enterrado bien abajo. Una demanda privada. Acuerdo confidencial en California, hace siete

años. Una mujer le acusó de drogarla y agredirla sexualmente durante un retiro de terapia de duelo.»

La mandíbula de Jack se tensó.

«Acababa de quedarse viuda. Él dijo que estaba suicida e inestable. Ella dijo que él le echó algo en el té.»

«¿Qué pasó?»

Tamsin alzó la vista. «Llegaron a un acuerdo fuera de los tribunales. No hubo cargos penales. Su familia intentó presionar pero no tuvieron eco. Ella se mudó a Canadá un año después. Cambió su nombre.»

Jack miró al frente. «Así que ella desapareció y él simplemente comenzó de nuevo.»

«La idea de que pueda hacer lo mismo con Melanie me enferma, y lo hará si no llegamos a ella a tiempo.»

El coche se sacudió cuando el viento les golpeó de lado. Jack redujo la velocidad, los limpiaparabrisas golpeando inútilmente. Tomaron una curva y se detuvieron en seco. Un pino enorme yacía desplomado atravesando la carretera, sus raíces arrancadas de la tierra empapada. El barro rezumaba a su alrededor como una herida.

«Tienes que estar bromeando», murmuró Jack, apagando el motor.

Salieron al estruendo de la tormenta. La lluvia les golpeaba la cara de lado. Tamsin apuntó con su linterna al tronco. Demasiado ancho para rodearlo. Demasiado pesado para moverlo.

«Tendremos que retroceder», gritó Tamsin.

Jack no discutió. Subieron, dieron la vuelta al coche y regresaron por una ruta interior más baja. Les añadiría casi cuarenta minutos. Tiempo que no tenían.

Jack conducía en silencio ahora, los ojos moviéndose entre la carretera y el reloj digital que les iba restando oportunidades. Tamsin había dejado de buscar. Miraba los árboles, los hombros tensos, los labios apretados en una línea delgada. La siguiente curva llegó de pronto. Jack giró el volante. El coche dio un bache y entonces un sonido partió la noche como un disparo.

¡BUM!

Forcejeó con el volante, pero el coche se deslizó hacia la izquierda.

«Pinchazo», gruñó Jack.

Se apartaron al arcén. Jack cerró la puerta de un portazo tras de sí, se agachó y maldijo entre dientes. La rueda trasera izquierda estaba destrozada.

Tamsin se unió a él, el pelo ya pegado a la cara. «¿Tenemos una rueda de repuesto?», preguntó Tamsin.

«Sí. Pero no he cambiado una en estas condiciones desde la universidad.»

«Bien. Vas a volver a familiarizarte con ello.»

Trabajaron casi en silencio, él con el gato y las tuercas, Tamsin sujetando la linterna y protegiéndola con el abrigo. La lluvia empapó todo. El trueno volvió a estallar, ahora más cercano.

«¿Crees que ya les ha hecho daño?», murmuró Jack mientras apretaba la última tuerca.

Tamsin lo miró, con una suavidad rara en la voz. «No lo sé, Jack. Pero mi instinto me dice que si lo hubiera hecho, no seguiría haciendo como si nada. Quiere que*necesiten*Esperará el momento oportuno para dar su golpe. Todavía tenemos tiempo.»

Jack se puso de pie y se limpió las manos en los vaqueros, empapadas y sucias. Ya no confiaba en el tiempo. No confiaba en la suerte. Pero ahora tenía algo que no había tenido en semanas.

Tenía pruebas. Tenía un propósito.

Tenía que llegar a ellos antes de que Caleb hiciera lo que, desde el principio, había estado preparando. Tras arrojar las herramientas al maletero y cerrar la tapa de un portazo, volvieron al coche y se adentraron en la tormenta.

24

Samuel se removía en la cama, la cabeza pesada y extraña, los pensamientos flotando como medusas, lentos y sin forma. Las sombras en la pared se estiraban y encogían al compás del viento afuera, y todo sonaba amortiguado, como si alguien hubiera arrojado una manta gruesa sobre el mundo.

Oyó el suave resoplido de Patch al pie de la cama, luego el crujido de las tablas. Alguien se sentó en el colchón a sus pies. Sus ojos se abrieron despacio. La habitación se llenaba de un resplandor azulado, como luz de luna filtrada a través del mar profundo. Ella estaba allí de nuevo. La niña.

Se sentó con las piernas cruzadas al final de la cama, las manos plegadas en el regazo, el pelo cayendo en sogas húmedas y enmarañadas. El vestido era anticuado, como algo salido de una peli que vería su madre. Cuello de encaje. Botones. Barro en el dobladillo. Las mangas colgaban sueltas y los puños estaban manchados de marrón y no podía ver sus manos.

Patch alzó la cabeza, movió la cola y volvió a tumbarse. Samuel intentó hablar, pero su boca se sentía lenta.

[«¿Cómo te llamas?»

La niña sonrió, pero fue una sonrisa pequeña. Triste. [«Nora.»

[«¿Cuántos años tienes?»

[«Siete.»

[«Yo también.»

Ella asintió. El aire entre ellos titilaba como una charca en un día de calor. Su voz era rara, lejana, como si le hablara desde debajo del agua de una piscina.

[«Tenía un hermano», dijo ella. [«Tenía nueve. Le gustaban los pájaros. Solía tallar pajaritos en madera a la deriva.»

Samuel parpadeó. [«¿Dónde está?»

Ella miró sus rodillas. [«Se fue. Primero lo lastimaron.»

Él no entendía. [«¿Quién?»

Sus dedos se apretaron en el regazo. [«Hombres malos. Vinieron una noche, durante una tormenta como esta. Traían cosas robadas. De los barcos. Mi papi les dijo que no.»

Ella alzó la vista. Sus ojos eran tan pálidos que parecían hechos de niebla. [«Era el farero. Todo el mundo dice que hacía cosas malas. Pero no lo hacía. Era*good.*»

El pecho de Samuel se sintió raro. Frío por dentro. [«¿Qué les hicieron?»

[«Estaban enfadados. Mataron a mi mamá en la despensa. Luego nos encontraron. A Jamie y a mí. Nos obligaron a mirar. Le hicieron gritar. Cuando terminaron, me hicieron cosas malas a mí también.»

Ella extendió sus pequeñas manos. La piel estaba manchada de azul y gris, translúcida en las yemas.

A Samuel se le escaparon unas lágrimas, apenas. Lloró en silencio, asustado. [«¿Intentó tu papi detenerlos?»

[«Gritó y gritó. Lo ataron y le hicieron mirar. Luego lo arrojaron al mar.»

La habitación daba vueltas ligeramente. Samuel sintió que iba a vomitar.

—No me gusta este sueño, —susurró.

El rostro de Nora se ablandó. Avanzó un poco, dejando detrás aire frío. [«No es un sueño.

Pero lo será pronto.»

Se inclinó hacia él. [«Estás en peligro. Tú y tu mami. Él va a hacerle daño. Tienes que escucharme.»

Samuel se limpió la nariz y se incorporó más erguido, el corazón golpeándole de un modo extraño.

[«Quiero enseñarte algo.»

Ella se deslizó de la cama y caminó hasta el rincón más alejado de la habitación, señalando un parche polvoriento bajo el baúl de juguetes. [«Ahí. Levanta la tabla.»

Se levantó con las piernas temblorosas, Patch a su lado, las orejas erguidas. Apartó el baúl y empezó a hacer palanca en la esquina de la tabla del suelo. Crugió y cedió. Debajo había una caja de madera.

La abrió y encontró cosas extrañas. Botones con forma de estrella, un silbato roto, una foto amarillenta de un hombre de pelo salvaje y ojos amables. Un cuadernillo raído y una llave de latón que yacía encima.

Nora señaló otra vez, esta vez hacia el rellano.

[«La puerta al final del pasillo. La que está cerrada con llave. Es importante.»

Samuel siguió sus pasos de puntillas, la mano pequeña aferrada a la llave, la caja abierta detrás de él en el suelo.

Llegó a la puerta y, con el corazón a punto de salirse, introdujo la llave en la cerradura. Giró con un suave*click.*Dentro, el aire era helado. No era más que una despensa fría con estantes de losas de piedra y ganchos colgantes. Viejos frascos de cristal forraban la pared del fondo, vacíos y empañados por los años. Pero en un rincón, incrustada en la pared, había una alacena de suelo a techo.

Nora señaló de nuevo. [«Ábrela.»

Samuel lo hizo. Las puertas crujieron, revelando ropa de cama que olía a humedad y polvo.

[«Ahora lo de abajo, levanta la madera,» susurró Nora.

Se arrodilló, metió los dedos en el borde y tiró. La base se alzó, revelando un espacio hueco y debajo de él…

Un agujero. Y una escalera tallada en piedra, que se enroscaba hacia la oscuridad.

La voz de Samuel salió apenas un susurro. [«¿Qué es?»

Nora le miró, su contorno empezando a desvanecerse. [«Escape.»

Entonces ella comenzó a desvanecerse.

[«Espera…» él la alcanzó, pero su mano atravesó su brazo.

[«Lo siento», susurró ella. [«No puedo quedarme. No soy lo bastante fuerte…»

Y entonces se fue. Volvió a mirar las escaleras. Allí abajo había una vía de escape. Una salida. Un secreto. Una manera de ayudar a su madre. Pero todo se arremolinó, y el mundo se plegó hacia dentro como una linterna de papel que se colapsa. Cayó dentro de sí mismo y se durmió.

Cuando despertó, la luz de la mañana era débil y gris plateada a través de las cortinas. La lluvia golpeaba la ventana con un ritmo más suave. Patch estaba acurrucado a su lado, roncando levemente. Samuel se incorporó de un salto, el corazón a toda prisa.

¿Fue un sueño?

Se lanzó fuera de la cama y apartó el baúl de juguetes. Con las manos temblorosas, levantó una tabla del suelo. La caja estaba allí. Y la llave. Samuel las sostuvo entre las manos durante mucho tiempo. Luego fue de puntillas hasta su armario y empujó la caja hasta el fondo, bajo un montón de ropa vieja y peluches. Sacó su mochila, metió la llave en un calcetín y la hundió hasta el fondo. Aquella sería su mochila de emergencia, y juró mantenerla siempre consigo, por si acaso lo que dijo Nora se hacía realidad. No sabía qué hacer después. Pero sabía esto:

Nora era real. Y el peligro también era real.

25

Algo no estaba bien. Melanie parpadeó despacio, los párpados pesados, el cuerpo hundido en el colchón como si hubiera caído hasta su núcleo y no pudiera salir. La habitación estaba en penumbra, salvo por las delgadas tiras de luz que la luna proyectaba por la rendija de las cortinas. La cabeza le latía con un dolor sordo, como una resaca, aunque no había bebido más que una copa de vino.

¿Lo había hecho?

El reloj sobre la mesilla parpadeó*01:07*en dígitos rojos tenues. Se incorporó con esfuerzo. La boca le estaba seca y la lengua le parecía espesa. El camisón se le pegaba a la piel, pero no era el que recordaba haberse puesto. ¿O sí? Y su recuerdo de la noche anterior se sentía... hecho jirones. Cena. Samuel llorando. Chocolate caliente. Y luego… nada.

El corazón le dio un sobresalto. Ahora había faros parpadeando tras la cortina. Un vehículo entrando. Un crujido bajo de grava. Y entonces un sonido que cortó su niebla al instante: ladridos. Patch, frenético y desbocado, raspando el suelo con las patas. Y después el golpe en la puerta. Fuerte. Urgente.

Bang. Bang. Bang.

«¡Melanie!»,

la voz de Jack.

Se tambaleó fuera de la cama, tirándose el viejo jersey gris que colgaba del respaldo de la silla, los pies resbalando sobre el suelo de madera mientras salía disparada del cuarto, el corazón a mil. El pasillo estaba en sombras, la lámpara baja del salón proyectando un resplandor amarillo sobre las paredes. Caleb estaba en el sofá.

¿Durmiendo? No, despierto. Incorporándose despacio, el pelo revuelto, parpadeando como si lo hubieran despertado.

Ella no se detuvo. La puerta volvió a temblar.

«¡Melanie, abre, soy yo!»,

Se peleó con la cerradura y la arrancó de un tirón, echándose hacia atrás cuando Jack casi se le cae encima al cruzar el umbral.

«*Jack,*» siseó, «*keep your voice down. You'll wake Sam—*»

Pero Patch ya había salido a toda prisa y se lanzó a los brazos de Jack, gimoteando, la cola sacudiéndose en círculos maníacos.

«Buen chico», murmuró Jack, agachándose para abrazar al perro antes de incorporarse, los ojos recorriéndola a la luz del porche.

«¿Estás bien?», preguntó, la voz cargada de preocupación.

«Yo… creo que sí», dijo ella, su propia voz sonando extraña en sus oídos. «¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado con esto…?»

Tamsin salió de detrás de Jack, empapada por la lluvia, la capucha echada hacia atrás y el pelo oscuro pegado a las sienes. «Larga historia», dijo. «Soy Tamsin, por cierto, y he estado trabajando con Jack en Boston; tenemos mucho que contarte.»

Melanie abrió la boca, confusa, pero Jack ya estaba adelantándose. Entonces vio a*Caleb.*

«¿Qué demonios haces todavía en mi casa?», saltó Jack.

Caleb se puso en pie ahora, descalzo, la camisa arrugada, con una expresión serena en el rostro. «Jack. Es la mitad de la noche. Quizá deberíamos todos tomar aire.»

Pero Jack no respiró. Se lanzó hacia delante y empujó a Caleb con fuerza contra la pared, con el puño retorciendo el cuello de su camisa.

«Eres un enfermo», gruñó. «Llevas tiempo jugándonos esta partida. Cada maldito problema,*tú estabas detrás.*»

«¡Jack!», gritó Melanie, intentando agarrarle del brazo.

Caleb se quedó inquietantemente quieto, los brazos alzados ligeramente en una sumisa burla. «Creo que necesitas calmarte.»

Pero Jack temblaba de rabia. «Los ciberataques al restaurante. Mi cuenta bancaria hackeada. Las denuncias falsas por ruido. Manipulaste la seguridad de la casa. Sabías cómo hacer que todo pareciera un fallo porque*tú*habías plantado la maldita tecnología en primer lugar. Hackeaste mi vida para hacerme quedar como el problema.»*Melanie retrocedió, la cabeza le daba vueltas. «¿De qué hablas?»*Tamsin dejó caer su bolso empapado sobre la mesa. «Lleva años haciendo esto», dijo. «Tuvimos acceso a su casa y encontramos sus archivos. Sus diarios. Sus grabaciones. Fotos de otras familias. Otros

niños.

»*Caleb hizo un pequeño gesto de negación, casi triste. «Entraron en mi casa, Melanie. Violaron mi privacidad. Esto es acoso. ¿No lo ves? Intentan volverte en mi contra, y ¿cómo sabemos que no han falsificado lo que sea para incriminarme?»*«Basta», siseó Jack, arrancando la bolsa. «¿Quieres pruebas?»*Sacó uno de los cuadernos y lo estrelló sobre la mesa. Otro. Una pila de cintas de casete.*Tamsin sacó una, etiquetada

SW07.

Se acercó al equipo de música en la encimera, la introdujo y pulsó play. El siseo de la cinta, y luego la voz calma, demasiado medida, de Caleb llenó la cocina:

«He empezado a planificar su invierno. Hay cosas que puedo manipular. La rutina de Samuel puede cambiarse ligeramente con más tiempo en interiores, menos exposición a voces externas y con eso me refiero a Rea. Ha empezado a llamar más a menudo y no puedo permitirlo, así que me esforzaré en reducir eso. Eliminaré a Rea de la ecuación. Melanie desconfía de las intrusiones. Simplemente le recordaré eso. Unas cuantas sugerencias bien colocadas. Un empujón aquí. Una pista allá. Eso es todo lo que hace falta cuando alguien quiere ser convencido. Melanie se beneficiará de noches más suaves, así que ajustaré su dosis en consecuencia. Ha empezado a dormir otra vez. Eso me da margen.»

La habitación quedó en silencio. A Melanie las piernas casi le fallaron. Se apoyó en la encimera, mirando al altavoz como si pudiera explicarse.*Las manos le temblaban. «¿Qué… qué ha dicho?»,*Jack la miró, con los ojos ablandándose. «Te ha estado

drogando,

Mel.»

«No.»

Tamsin dio un paso adelante, la voz baja pero firme. «Melanie. Todo está catalogado en estos diarios. Hay años de esto… nombres, casos. Familias. Y una demanda que él resolvió en privado para taparlo todo.»*Jack sacó una foto y la alzó.*Era de ella. Y de Samuel. Sentados en el banco cerca de una vieja estación de botes salvavidas. El brazo de Caleb alrededor de ella. Solo que ella

no recordaba haber estado allí ni que le hubieran tomado esa foto.

Tamsin dio un paso al frente, la voz baja pero firme. «Melanie. Está todo catalogado en estos diarios. Hay años de esto… nombres, casos. Familias. Y una demanda que él resolvió en privado para acallarlo todo.»

Jack sacó una foto y la sostuvo en alto.

Se trataba de ella. Y de Samuel. Sentados en el banco junto a una antigua estación de botes salvavidas. El brazo de Caleb la rodeaba. Solo ella*no recordaba*de que esa foto se hubiese tomado o de que ella hubiera estado allí. Estaba retocada, su expresión era artificial, su pelo no encajaba, la posición de la mano de Samuel ligeramente desajustada.

Melanie dio un paso atrás. Luego otro. «No. Él, él nos cuidó. Fue un buen amigo… amable».

La voz de Jack se quebró. «No, Mel. Él*aisló*a ti. A ti y a Sam. Para poder colarse y ocupar mi lugar.

Patch gimió y se acercó a ella, la cola golpeando ansiosamente. Caleb no se había movido.

«Estáis confundidos», dijo con suavidad. «Todos vosotros. Yo soy la víctima aquí». Pero sus ojos eran duros.

«¡Mierda!», bramó Jack.

Melanie se sobresaltó y luego miró fijamente la grabadora. La foto. El terror nervioso en el cuerpo de Patch. Luego a Caleb. Y todo su mundo se tambaleó.

Tamsin se adelantó para sostener a Melanie, colocándole un brazo sobre el hombro mientras el pecho de Jack se agitaba como si acabara de correr un maratón, los puños aún apretados a los lados.

Y Caleb… Caleb cambió.

La máscara de calma se resquebrajó, y detrás asomó algo más oscuro. Su boca se torció, ya no suave y preocupada, sino en una mueca despreciativa. Sus ojos brillaron como piedras húmedas.

«Entraste en mi casa», dijo despacio, como si saboreara las palabras. «Tú *robaste* de mí. Violaste mi propiedad privada.

«Violaste *mi familia,*» estalló Jack, adelantándose de nuevo. «Lo que hiciste, lo que planeaste…»

«Oh, ahórrate la moralina», escupió Caleb, rodeando la mesa con una rapidez repentina. «La dejaste. Abandonaste a tu hijo. Creaste la vacante. Yo *me hice cargo.* No me castigues porque fui mejor que tú en eso».

Jack no se dio cuenta de que se movía hasta que tuvo a Caleb por el cuello otra vez, esta vez empujándole hacia atrás contra la nevera. «Tú drogaste a mi mujer».

«¿Qué te hace pensar que ella quiera seguir siendo tu mujer?»

Jack le pegó un puñetazo. No lo suficiente como para dejarlo inconsciente, ni lo bastante limpio como para resultar satisfactorio, pero sí para sacudir la cabeza de Caleb hacia un lado y abrirle el borde del labio.

«¡Jack!», exclamó Melanie, abalanzándose hacia él y agarrándole el brazo. «¡Para!»

Caleb le empujó hacia atrás. «Eso es agresión», gruñó, con la respiración entrecortada. «Entras en mi casa, robas mis pertenencias personales, y ahora tú *atacas* a mí? Te llevaré ante los tribunales tan rápido que te darán vueltas la cabeza.

El aliento de Jack salía caliente entre los dientes. «Inténtalo. Por favor. Anda, te reto. ¿Crees que un jurado va a creer *a ti* por encima

de la madre del niño al que estabas manipulando? ¿Crees que tu pasado 'profesional' no saldrá arrastrándose de cada sombra? Yo*acabaré con*tu carrera esta vez, de una vez por todas».

Caleb se limpió la sangre del labio con un movimiento y sonrió con desprecio. «No tienes los recursos para ese tipo de guerra».

«Oh, ahora sí», dijo Jack, señalando a Tamsin. «Y traje refuerzos».

Caleb miró entre todos ellos: a Jack rebosante de furia, a Tamsin fría y serena, y a Melanie, todavía aturdida pero que ya no lo miraba de la misma manera.

Lo vio. El cambio. Y entonces el miedo se filtró entre su furia. Jack pudo verlo en su rostro. Y para darle la razón a Jack, Caleb giró y salió furioso al pasillo, agarrando su cartera y su abrigo.

«¿A dónde vas?», gritó Melanie tras él.

«Lejos de*esto,*», gruñó, metiendo los brazos en las mangas. «¿No me queréis aquí? Bien. Disfrutad del caos cuando todo vuelva a venirse abajo. Os di*orden.*Lo echaréis de menos».

«¡Casi son las dos de la madrugada!», gritó ella. «¡No puedes salir con esta tormenta, te vas a matar!»

Pero Caleb no se detuvo. Abrió la puerta de un golpe, la lluvia cortando en horizontal por el aire, y se internó en la oscuridad como un hombre poseído o huyendo de la verdad mientras su pasado le mordía los talones.

«¡Caleb!»

No se volvió.

Jack cruzó hacia la puerta, mirándolo alejarse. A través de los cortinajes de lluvia, vio a Caleb tambalearse por los escalones hacia el sendero que conducía a la cala.

«¿A dónde va?», preguntó Tamsin.

La voz de Jack estaba baja y fría. «A su barco. Estará amarrado al muelle, si la tormenta no lo ha arrastrado ya».

Melanie parecía afectada. «No puede—él*no puede*salir en esto. Es demasiado peligroso. No teníamos que…

«Nosotros*no*mandarlo lejos», dijo Jack. «Él tomó su decisión. Y si se hunde con ella, será su culpa».

Se quedaron en silencio, viendo cómo la lluvia lo tragaba. Luego Jack cerró lentamente la puerta, mientras los sucesos de la noche lo alcanzaban. Estaba muerto de cansancio, hambriento, empapado y sucio.

Tamsin se frotó la sien y miró de Jack a Melanie. «Ese hombre es más peligroso de lo que ninguno de nosotros sospechaba. Si no hubiéramos regresado cuando lo hiciste…»

Jack miró a Melanie. Su rostro estaba pálido, la boca le temblaba ligeramente.

«No recuerdo partes de anoche», dijo, tocando su jersey como si fuera algo ajeno. «No recuerdo ir a la cama. Creo que Samuel se puso mal y le di cacao, pero eso es todo».

«Te drogó, Mel», dijo Jack con suavidad. «Te quería dócil. Maleable».

Ella negó con la cabeza, como intentando desprender la verdad. «Lo dejé entrar en esta casa. Lo dejé cerca de Samuel».

«Eh», dijo Jack, adelantándose y apoyando una mano en su hombro. «Engañó a todo el mundo. No solo a ti».

Antes de que ella pudiera responder, se oyó un crujido en las tablas del suelo detrás de ellos y Patch empezó a menear la cola. Todos se volvieron. Samuel estaba en la puerta, el pelo hecho un desastre de sueño, con los brazos abrazando su dinosaurio de peluche favorito. Miró a Jack. Luego corrió.

Jack cayó de rodillas justo a tiempo para cogerlo. Samuel le lanzó los brazos al cuello a su padre y apretó. «Sabía que vendrías», susurró. «Lo sabía».

La voz de Jack se quebró. «Estoy aquí, campeón. Te tengo».

Samuel se separó un poco y lo miró, serio. «Viniste a salvarme del hombre malo».

Melanie jadeó detrás de ellos.

Jack apretó los brazos. «Sí. Exactamente por eso he venido».

Samuel miró por encima del hombro de Jack el pasillo vacío. «¿Se ha ido ya?»

Jack asintió. «Se ha ido.»

«Bien.»

Más tarde, cuando el caos de la noche se hubo calmado y la tormenta golpeaba las ventanas, Melanie arropó a Samuel en la cama. Los párpados le pesaban, los dedos enroscados bajo la barbilla.

Le apartó el cabello de la frente. «Duérmete ahora, cariño. Todo está bien.»

Samuel murmuró somnoliento, «Nora me dijo que él te iba a hacer daño, mamá. ¿Te hizo daño?»

Melanie vaciló, sin saber la respuesta, sin querer saberla, así que en su lugar preguntó. «¿Quién es Nora?»

«La chica que viene a veces. Dijo que Caleb era malo. Como los hombres que hicieron daño a su familia. Dijo que tuvieras cuidado.»

Melanie sintió cómo se le escapaba el aire de la habitación y repasó los rincones con la mirada. Tenía tantas preguntas dando vueltas en la cabeza que, al bajar la vista, vio a Samuel profundamente dormido, por fin a salvo en la oscuridad.

26

La tormenta había soplado hasta extinguirse por la mañana, pero los daños persistían. Las algas se pegaban a las barandillas del porche. Un postigo se había arrancado por completo de la ventana de la cocina y yacía partido en el jardín como una extremidad rota.

El sheriff Tom Coates llegó a Stormwatch poco después de las diez, Gus saludando a Jack desde su barca. Tom tenía aspecto cansado. Adusto. Se subió al muelle y se ajustó el sombrero salpicado de lluvia con un suspiro que decía que ya era demasiado mayor para este tipo de líos. Jack lo recibió en la verja.

«Buenos días, Tom», dijo Jack.

«Parece que os habéis librado por poco», murmuró el sheriff, observando la cabaña maltrecha. «He oído que habéis tenido unos días movidos.»

«Movido es una palabra», respondió Jack. «Entrad. Tenéis que verlo.»

En la cocina, Tamsin ya había dispuesto las pruebas. Los cuadernos de Caleb apilados con orden, las fotografías manipuladas colocadas como una galería de mentiras, USBs y cintas en bolsas claramente marcadas. Tom lo miró todo con los ojos abiertos y agotados de un hombre que intenta ponerse al día con algo que ya se le ha ido de las manos.

Melanie estaba junto al hervidor, pálida pero serena, aferrándose a una taza de manzanilla como si esa pudiera anclarla. Samuel ya había salido disparado de la casa para ver a Gus y, tras un rápido vistazo por la ventana, Jack pudo verlo a él y a Patch, Samuel parloteando bajo el cielo amplio y magullado. Jack había necesitado sacarlo de la casa, alejarlo de la tensión, así que agradeció la presencia de Gus.

Tom se cruzó de brazos. «Muy bien. Cuéntamelo todo.»

Jack respiró hondo. «Entré en la casa de Caleb anoche.»

«Tú*¿qué?*» Las cejas de Tom se alzaron hasta la frente.

«Asumo toda la responsabilidad. Tamsin no quería, pero yo insistí. De hecho, la puerta trasera estaba abierta, así que no veréis señales de entrada forzada», dijo Jack. Mentira pequeña y deliberada, pero mantuvo el rostro impasible.

Tom entrecerró los ojos. «¿Me estás diciendo que la puerta trasera del hombre más hermético y escrupuloso de esta isla simplemente se quedó abierta en medio de la tormenta?»

Jack no parpadeó. «Eso es lo que te digo.»

Los labios de Tom se contrajeron, casi una sonrisa. «Curioso.»

Tamsin intervino. «Sé que lo que hizo Jack fue discutible, sheriff, pero lo que ha encontrado es... más que inquietante. Caleb ha estado manipulando a la gente —mujeres, niños, incluso hombres— durante años. Crea dependencia. Los aísla. Estos diarios lo documentan todo.»

Tom se volvió hacia la mesa, hojeó unas páginas, repasó un párrafo. Su rostro se tensó. «Dios.»

«Y drogó a Melanie», añadió Jack. «Vamos a hacer analizar las pastillas que les ha estado dando a ella y a Samuel, pero apostaría mi último euro a que no son lo que decía que eran. Además tenemos grabaciones, registros escritos a mano. Algunas entradas hacen referencia a Samuel. No es solo coacción: es un adoctrinamiento premeditado.»

Tom alzó un dedo. «Baja el ritmo. Mira, no digo que no te crea. Pero ahora mismo, mi preocupación inmediata es dónde diablos Caleb*está.*»

Melanie habló por fin, con la voz temblorosa. «¿Su barco no está en Carmen?»

«No. Parece que ha desaparecido. Nadie lo ha visto desde que se fue de aquí anoche. Se ha alertado a la Guardia Costera. Han sacado una patrulla.»

Tamsin exhaló. «Así que podría haberse ahogado.»

«O está huyendo», dijo Tom. «Y, viendo lo que hay sobre vuestra mesa de cocina, no me extrañaría que estuviera camino de Canadá con un nombre nuevo y un documento falso.»

Las palabras resonaron y luego se asentaron en la habitación.

«Mira, prepararé café y quizás podamos averiguar adónde pudo haber ido», dijo Jack mientras se dirigía al hervidor y Tom pasaba más páginas de los diarios. Una vez listo el café, salieron al porche a tomar aire.

Las nubes se estaban abriendo y, junto a la cala, las olas lamían la orilla como en una disculpa suave por la noche anterior. Gus apareció por el sendero con Samuel sobre los hombros y Patch correteando delante. El rostro del niño estaba sonrojado por el viento y la risa, un contraste bienvenido con la melancolía de los últimos días.

Melanie dio un paso adelante y, tras saludar a Gus con un abrazo, frunció ligeramente el ceño como si recordara algo.

Volviéndose hacia Tom dijo, «Quería decir que el otro día había un hombre. Apareció de la nada. No dijo mucho, pero me puso en tensión. ¿Has visto a alguien por aquí, algo así como un sintecho?»

A Jack le dio un vuelco el estómago. Los hombros de Tamsin se tensaron, pero su rostro no cambió.

Tom se rascó la barbilla. «¿Cuándo fue eso?»

«Hace dos días. Antes de que llegara la tormenta. Me dio mala espina. Dijo que su coche se había averiado y que era observador de aves.»

Tras pedir una descripción que, al proporcionársela, no le resultó familiar, aseguró a Melanie, «Estaré atento en el pueblo», dijo con un asentimiento. «Probablemente solo un vagabundo buscando refugio. Pasan por aquí a esta época del año.»

Jack vio un destello en los ojos de Tamsin. Demasiado rápido para que Tom lo captara. No dijo nada.

Después de que el sheriff les agradeciera el café, se marchó con Gus, prometiendo informarles si aparecía el barco de Caleb, o su cuerpo.

Melanie se volvió hacia Tamsin.

«¿Te gustaría quedarte un tiempo? Sería agradable tener compañía, una cara nueva.»

Tamsin arqueó una ceja. «¿Aquí?»

«Solo por unos días. Hasta que sepamos que realmente ha terminado. Necesitamos que este lugar vuelva a sentirse seguro. Y Jack podría necesitar la ayuda y yo necesito... sentirme normal.»

Tamsin miró a Jack. Él asintió levemente, agradecido más allá de las palabras.

«Claro», dijo ella. «Me gustaría y puedo ser útil. También me encanta estar junto al mar, así que gracias.»

Melanie sonrió débilmente. «Y sería agradable tener a otra mujer cerca. Ya he tenido suficiente de ser la única adulta por un tiempo.»

Dentro, Samuel corrió hacia Tamsin como si ella fuera una especie de superheroína.

«¿De verdad eres espía?», preguntó sin aliento, con los ojos muy abiertos.

«Lo fui», dijo Tamsin sin inmutarse. «Pero no se lo digas a nadie.»

Patch ladró en señal de acuerdo, rodeando sus pies.

Samuel sonrió. «¿Tienes, como, gadgets? ¿Y un código secreto?»

«Un montón. Te enseñaré uno si me ayudas a desempaquetar.»

Jack se apoyó en el marco de la puerta y observó cómo el niño y el perro la seguían hasta el coche como si fuera la flautista de Hamelín.

Melanie se acercó a su lado, con los brazos cruzados. «Le cae bien.»

«A mí también», dijo Jack. «No sé cómo habría podido sobrellevar estos últimos días sin su apoyo.»

«¿Crees que se ha ido?», preguntó en voz baja. «Quiero decir, Caleb.»

Jack volvió a mirar las olas. Hacia la línea gris del horizonte que no ofrecía respuestas.

«No lo sé», dijo. «Es difícil de adivinar. Ya tenemos la verdad, así que eso es algo.»

Melanie no respondió de inmediato. Entonces deslizó su mano dentro de la suya.

Y por primera vez en lo que le pareció una eternidad, Jack sintió que podía respirar.

27

En el transcurso de unas pocas horas, Stormwatch se volvió un poco más indulgente. La marea estaba baja, el viento más tranquilo ahora, acariciando las hierbas fuera de la ventana de la cocina en lentas y silenciosas olas. Dentro, Jack estaba junto a la cocina, mangas remangadas, una cuchara de madera en una mano y una sartén donde se doraban cebollas y ajo. Samuel dibujaba en la mesa lo que decía que era «un perro espía», y Patch yacía a los pies de Tamsin, roncando suavemente. Podía casi pasar por normal.

Melanie salió al exterior, y la puerta mosquitera se cerró detrás de ella con un golpe. Respiró el aire salado del mar y dejó que la naturaleza la calmara mientras permanecía en el porche, mirando hacia el mar. Al oír la puerta crujir detrás, esperó a que Jack se uniera a ella; el aroma del ajo y las cebollas lo acompañó hasta afuera.

«Ahora puedo verlo con otros ojos», dijo en voz baja.

«Me alegro», respondió él. «Y me alegra que aún os tenga a ti y a Samuel».

Se acercó para ponerse a su lado. Por un momento, sólo escucharon a las gaviotas sobre sus cabezas, al viento entre el brezo, al tintinear de los cubiertos y a las risas lejanas en el interior.

Entonces Jack dijo, «Te debo una disculpa. No sólo por lo de esta semana, sino por mucho tiempo antes de eso».

Melanie no contestó de inmediato. Sus dedos jugueteaban distraídamente con el borde del pasamanos del porche.

«Aquella noche», continuó él, «cuando entraron en la casa. Cuando llamaste mi nombre y yo no acudí, fue porque me quedé paralizado».

Ella lo miró entonces y vio la máscara de su vergüenza posada, pesada, en su rostro.

«No me quedé paralizado porque estuviera cansado, ni porque pensara que era una falsa alarma. Me quedé paralizado porque me llevó atrás. A cuando era niño. Cuando mi viejo golpeaba a mi madre, y también a mí cuando me interponía».

El corazón de Melanie se ablandó.

«Me escondía en el armario de la ropa cuando se ponía peor. Conocía cada crujido de las tablas del suelo. Aprendí a dejar de respirar, a hacerme pequeño y silencioso como un ratón. Aquella noche, cuando escuché tu voz, asustada, suplicando ayuda, fue como si me empujaran de nuevo a ese armario. Y simplemente... me apagué. No hice nada. Como solía hacer».

La garganta de Melanie se apretó.

De pronto los ojos de Jack adquirieron un brillo más duro. «Después, me odié a mí mismo. Me dije que no valía mucho como marido. Ni como padre. Pensé que lo había arruinado todo, y en vez de afrontarlo, lo enterré, y eso te empujó más lejos».

Ella miró otra vez al mar, y luego lo miró a él. «Estábamos rotos mucho antes de esa noche, Jack. Simplemente no sabíamos cómo decirlo. Y yo no supe cómo ayudarte».

«Aun así debería haber hecho algo», susurró.

«Sí», dijo ella. «Pero viniste anoche».

Él se volvió, sorprendido. «¿Me crees?»

«Sé lo que se siente cuando alguien no aparece por su hijo. Mis padres también me fallaron, pero al final tú apareciste. Eso importa. Samuel lo sabe. Yo también».

Los ojos de Jack brillaron. Apartó la mirada, avergonzado.

«Siempre lo has querido», dijo ella suavemente. «Incluso cuando las cosas se estaban poniendo feas y estabas tan absorbido por el negocio que no sabías cómo demostrarlo».

Él se secó la cara con el dorso de la mano y soltó una risa seca. «Pareces una terapeuta».

«Te aseguro que ya he tenido los míos», dijo Melanie, casi para sí.

Tom la miró, cejas fruncidas.

Ella negó con la cabeza. «No hablemos de eso ahora. Quiero recuperarme. Quiero entregarme a mi familia. A esta vida. A*now.*» Se detuvo. «Y quiero dejar de sentirme como si estuviera rota».

Jack tocó su brazo con suavidad. «No estás rota, Mel».

Ella asintió despacio. «Solo... aún tengo agujeros. Espacios en blanco. No recuerdo haberme cambiado para ponerme ese camisón. No recuerdo ir a la cama. Sueño cosas que no sé explicar. Tengo sueños raros donde huelo el mar, y de pronto estoy*somewhere else.*»

Jack guardó silencio.

«Pero estoy aquí», añadió deprisa. «Estoy despierta ahora. Y tengo que mantenerme despierta. Por Samuel. Por ti. Por mí».

Jack miró la bahía. «Lo conseguirás. Siempre fuiste más fuerte que yo».

«No, no tanto», dijo ella con una pequeña sonrisa. «Quizá sea solo más paciente y creí que teníamos una oportunidad».

Se quedaron un momento más antes de que ella rozara su brazo. «Anda. Espero que la cena esté casi lista».

Entraron y, sin hablar, Jack empezó a emplatar la comida; Samuel ya sacaba las sillas con gran ceremonia. Tamsin servía bebidas, zumo para Samuel, vino para los adultos, riéndose mientras Patch intentaba subirse al banco.

Melanie se unió a ellos en la mesa, el resplandor de las luces calentándole la piel. Se sintió relajarse en el momento. En la seguridad de aquello. Y aun así, debajo de todo, algo tiraba de ella. No pánico. Ni siquiera miedo.

Uncertainty.

Los flashbacks la habían acosado durante todo el día, cuando no los buscaba: la esencia del aliento de Caleb junto a su oído, el sonido de su voz en la oscuridad, su propia risa ante un chiste que no recordaba. Se vio sonriendo en esa foto manipulada y se

preguntó si hubo momentos en los que *had* se inclinó hacia él, aunque fuera por confusión o agotamiento.

What did he do? What did I say?

Pero no podía saberlo. Y no quería ir tras fantasmas. Quería paz. Y por ahora, la cocina estaba llena de ella. Vapor de la comida. El tintinear de las copas. Samuel diciéndole a Tamsin que debería salir en la próxima película de James Bond.

Melanie cerró los ojos un instante, luego los abrió de nuevo. Se enfrentaría a la oscuridad si regresaba. Pero por ahora la apartó. Caleb se había ido. Esperaba que no estuviera muerto; no deseaba eso. Pero quería que lo atraparan. Que lo encontraran y lo hicieran responsable. Rezó para que la guardia costera hallara algo, cualquier cosa, que impidiera que a Jack lo arrastraran por el calvario legal por quedarse con las cintas.

Habían sobrevivido. Eso tendría que bastar por ahora. Instintivamente alargó la mano por la mesa y tomó la de Jack. Él alzó la vista, y la comisura de su boca se curvó en una sonrisa tenue. Melanie le devolvió la sonrisa.

Una respiración a la vez. Un día a la vez.

Y juntos comieron.

28

El mar estaba en calma aquella mañana, apenas unas olas suaves levantaban el barco de Rea mientras se mecía justo más allá de la cala. Samuel estaba sentado con las piernas cruzadas cerca de la proa, piernas morenas y pecosas bajo los pantalones cortos remangados, una caña de pescar apoyada torpemente en su regazo. Rea se sentaba frente a él, las mangas remangadas, la piel curtida como el cuero, los ojos ocultos por su vieja gorra azul marino.

Patch estaba en la popa, las orejas en movimiento, la cabeza erguida como un soldado de guardia.

A Samuel le encantaba estar allí. Estaba tranquilo. El golpe de la marea contra el casco. El ocasional grito de una gaviota en lo alto. El crujir de la madera, el zumbido de la brisa. Parecía como si el mar hablara y susurrara secretos, si eras el tipo de persona que sabía escuchar.

Rea*sí que lo sabía*lo sabía. Samuel podía notarlo.

Se movía por el barco como si hubiera nacido en él, las manos siempre ocupadas, la voz áspera por demasiados años gritando al viento. Samuel pensaba que probablemente era la persona más valiente que conocía. Bueno, salvo Tamsin, de la que estaba bastante seguro*era*espía.

«Creo que está mirando algo», dijo Samuel, asintiendo hacia Patch.

Rea entrecerró los ojos y miró al perro. «Ese conoce cada cambio de la corriente. Puedes fiarte más de un terrier que de un meteorólogo. Si tuerce el hocico hacia el este, reduce la vela», dijo Rea.

Samuel sonrió y volvió a echar la caña al agua.

Su pequeña mochila de emergencia estaba metida entre sus pies. Ahora no se iba a ninguna parte sin ella. No desde Nora. No desde la tormenta. Dentro, junto con algunos objetos recientemente añadidos como una linterna y unas cerillas, un paquete de Oreos y una pequeña botella de agua, todo lo que necesitarías en una situación de emergencia, estaba la caja que había encontrado bajo la tabla del suelo. Las pequeñas cosas que habían pertenecido a Nora. La llave. La foto. Y su diario.

Sus pensamientos se dirigieron entonces a sus padres, que estaban mejor estos días. Su padre les preparaba el desayuno la mayoría de las mañanas, y su madre parecía más alegre, como si despertara de un largo sueño. Tamsin les hacía reír cuando decía cosas como *exfiltrar* en lugar de *irse* y le mostró cómo hacer un mensaje en clave usando zumo de limón y una vela. Dijo que él tenía «un ojo para los detalles». Él no sabía muy bien qué significaba eso, pero le hacía sentirse orgulloso.

Y Caleb... Caleb se había ido. Samuel nunca pronunciaba su nombre. No en voz alta. Pero cada noche antes de acostarse, le susurraba un gracias a Nora.

Rea le pasó un bocadillo envuelto en papel encerado. Lonchas gruesas de queso y jamón salado.

Patch se excitó al oír el papel y fue directo al lado de su dueño. Se sentaron y comieron en cubierta, meciéndose suavemente con la marea. Samuel balanceó las piernas y la miró.

«¿Rea?»

«¿Hm?»

«¿Conoces la historia del hombre que mató a su esposa y a sus hijos? En Stormwatch. Hace mucho tiempo.»

Rea frunció el ceño. «¿Esa vieja historia? Sí. Mi abuela solía contarla. Dijo que ocurrió en la época de la Depresión. Sobre el

farero. Una noche de tormenta perdió la cabeza e hizo algo horrible. O eso es lo que dice la gente.»

Samuel masticó despacio. «¿Tú lo crees?»

Rea se encogió de hombros. «Ese es el problema de las historias. La gente las repite tantas veces que se olvida de verificar qué hay de cierto en ellas.»

Él tragó y vaciló. «¿Tú... crees en los fantasmas?»

Rea sonrió sin mirarlo. «He visto muchos por aquí. Navíos fantasma deslizándose por la niebla. He oído los lamentos de marineros hace tiempo ahogados. Una vez, lo juro, vi un viejo bergantín del siglo XVIII flotando frente a Wreck Point. Tres velas izadas, con todo el viento, pero ni una ondulación bajo él.»

Los ojos de Samuel se abrieron. «¿De verdad?»

Rea se tocó la nariz. «Aprendes a no cuestionar lo que ves. No todo deja huellas.»

Él respiró hondo. «Creo que he visto uno. Un fantasma.»

Ella se volvió para mirarlo bien ahora, el bocadillo detenido a medio camino hacia su boca. «Sigue.»

Él miró la mochila y luego el mar. «Se llama Nora. Tiene siete años. Vino a verme durante la tormenta. Me contó cosas. Sobre lo que pasó en la casa.»

Rea estuvo muy quieta.

«Dijo que la gente pensaba que su papá era malo. Pero no lo era. Una noche, unos hombres vinieron a esconder cosas en el faro. Tenían barriles de cosas. Ella dijo que era alcohol. Hicieron daño a su hermano. Hicieron llorar a su mamá. Dijo... que a ella también le hicieron cosas malas. Y los mataron. A todos. Luego arrojaron a su papá al mar.»

La boca de Rea se tensó. Miró hacia la isla, la mandíbula le temblaba. «Contrabandistas. Por aquellos tiempos, sobre todo eran licores. Cosas de la época de la Ley Seca. Las traían desde la costa o desde Europa. A los que se resistían los silencian.»

Samuel se inclinó y abrió la cremallera de su mochila. Del interior sacó con cuidado el pequeño diario maltratado.

«No quería contárselo a nadie hasta saber que era real», dijo. «Pero mira.»

Se lo dio a Rea.

En la portada interior, con lápiz tembloroso, estaba escrito:

Nora May Colburn

Nacida el 25 de mayo de 1924

Rea pasó las páginas despacio, sus dedos curtidos por el mar sorprendentemente suaves. Casi al final, leyó en voz alta las palabras de Nora.

«Han vuelto. Mamá dice que es pecaminoso y está mal. Ella llora y no come. Papá dice que estaremos bien, pero tiene miedo. Los hombres vuelven a meter los barriles en la cámara fría. Les oí decir que si papá se lo cuenta a alguien, todos lo lamentaremos.»

Rea leyó la página dos veces, luego se la devolvió. Sus ojos estaban vidriosos.

«Ella decía la verdad», susurró Samuel. «No fue su papá quien los mató en absoluto.»

Rea asintió. «Qué pobre familia. Sus nombres han sido arrastrados por el barro durante casi cien años. Y nadie para hablar por ellos.»

«Podríamos contárselo a la gente», dijo Samuel en voz baja. «Como... como el periódico del pueblo. O la sociedad histórica. Busqué información sobre ambos en internet.»

Rea extendió la mano y le apretó el hombro. «Lo haremos. Tú y yo. Pondremos las cosas en su sitio», dijo Rea.

Samuel sonrió. Patch ladró a una gaviota, y el momento se rompió. Se quedaron en el agua un poco más, el sol calentandoles la cara, la línea tironeando perezosamente en la corriente. Pero algo había cambiado. No en el mar. No en el aire. En*él.*Porque ahora no solo llevaba un secreto. Llevaba una*verdad.*Y un día, pronto, se lo diría a Nora. Le diría que habían limpiado el nombre de su papá porque nadie lo culpaba ya. Que los malos no habían ganado.

Y quizá entonces dejaría de esconderse en la oscuridad. Quizá por fin sería libre.

29

Jack estaba en el promontorio, las botas clavadas en la hierba húmeda, el viento salado despeinándole el pelo mientras alzaba los prismáticos hasta los ojos. La mañana había llegado suave y luminosa, un contraste bienvenido con el caos de la tormenta.

Abajo, la embarcación de Rea se mecía con calma en la cala, la madera oscura reluciente por la sal y el sol. Samuel se veía cerca de la proa, agachado con la caña, y Patch, fiel como siempre, se erguía en la popa como un centinela peludo, el hocico orientado al viento. Jack sonrió. Era un momento de paz. Una pausa dorada y rara que estaba aprendiendo a saborear.

Tamsin se había marchado dos días antes, el coche crujiente bajando por la entrada justo cuando las gaviotas empezaron a chillar sobre sus cabezas. Se habían abrazado sin torpezas, con una comprensión compartida entre ellos. Había salvado más de una vida mientras estuvo allí. Jack le debía más de lo que las palabras podían expresar.

«Volveré», le había dicho. «Me gusta el aire de aquí. Se nota que se puede respirar de verdad»,

él le creyó.

Se mantuvieron en contacto por mensajes cortos, actualizaciones, sobre todo. Una pista que seguía en California. Un

nuevo caso del que no podía contarle mucho. Pero bajo el tono profesional había ahora calor. Una confianza silenciosa.

Melanie también había conectado con Tamsin. Al principio sorprendió a Jack. Pero algo en la franqueza de Tamsin, en su ausencia de lástima, funcionó mejor que cualquier terapeuta cauteloso. Melanie había vuelto a pintar, refugiándose cada mañana en la pequeña sala de estudio con una taza de té y las mangas remangadas, y regresaba con rastros de ocre o cobalto en las muñecas.

Aún se ausentaba a veces, caía en largos silencios que dejaban sus ojos desenfocados y las manos inmóviles. Pero ella*intentándolo*. Y lo que era más importante, había visto al médico del pueblo. No más sedantes fuertes. No más preguntarse si sus recuerdos eran reales. Iba a ser una reconstrucción lenta. Pero era una reconstrucción, y eso bastaba. Y Jack se aferraba a eso.

Bajó los prismáticos, entrecerró los ojos mirando al horizonte y giró la lente hacia la línea costera. Las rocas brillaban con la sal. Las gaviotas giraban en círculos. El alga se aferraba a los bordes bajos como cicatrices antiguas. Entonces, movimiento. Una figura que no encajaba. Jack ajustó el enfoque y el mundo se volvió nítido. Allí. Al otro lado del promontorio, justo antes de que los acantilados giraran hacia tierra adentro, había un hombre. Quieto. Mirándole fijamente.

Incluso desde esa distancia, Jack sintió cómo el calor se le escapaba del pecho. Conocía esa cara.

Luis. Su cómplice. El hombre que Melanie había descrito, desaliñado, sin afeitar, con una chaqueta verde. El vagabundo que no vagaba.

La respiración de Jack fue lenta y medida, pero el pulso se le aceleró. Bajó los prismáticos y miró hacia la casa. Melanie estaba en su estudio, el caballete inclinado hacia la luz. No oiría nada desde aquí. Bien. No quería que viera esto. No todavía.

Jack volvió la mirada hacia el sendero y empezó a andar. Mantenía el paso firme. No apresurado. Deliberado. Un hombre dando un paseo. Un hombre que no alertaba al objetivo. Pero los dedos se le habían cerrado en puños antes de que se diera cuenta. Llegó al sendero inferior en menos de cinco minutos, las botas

golpeando suavemente el camino húmedo. La figura de delante no se había movido. Luis estaba apoyando un pie en una roca, con los brazos cruzados, como si fuera de allí.

A medida que Jack se acercaba, pudo ver más. Más sin afeitar que antes. Una barba de varios días. Profundas arrugas alrededor de los ojos. Pero la postura no correspondía a la de un hombre perdido o errante.

No estaba perdido. Era un depredador.

Jack se detuvo a dos metros de él.

«Lejos de la costa», dijo.

Luis esbozó una sonrisa lenta. «La marea está cabrona por estas fechas»,

Jack no sonrió. «No has venido por las vistas ni por ver aves»,

«Te pillo, haciéndote el listo»,

Jack dio un paso más, la voz baja y peligrosa. «¿Me vas a decir qué quieres?»,

Luis se encogió de hombros. «¿No lo sabes ya?»,

«No me tomes el pelo», espetó Jack. «Has estado vigilando mi casa. Invadiste mi espacio y hablaste con mi mujer. ¿Por qué?»,

Luis ladeó la cabeza y no respondió.

Jack volvió a acercarse, ahora a distancia de un brazo. «Si has venido a montar problemas, te sugiero que te des la vuelta. Porque yo voy a*acabar*con esto. Me importa una mierda si tengo que arrastrar tu cara por las rocas para hacerlo»,

Luis soltó una risa corta. «Tienes pelea en ti ahora, veo. Te han salido cojones, ¿eh?»,

Los ojos de Jack se entrecerraron. Luis miró al mar. Luego volvió la vista a Jack y retrocedió de las rocas, diluyéndose en la curva del sendero del acantilado con una facilidad rápida y entrenada. Bajó por la pendiente y desapareció entre la aulaga antes de que Jack pudiera alcanzarlo.

Maldiciendo entre dientes, Jack escudriñó el tramo inferior pero no vio nada. Ningún sonido de botas. Ninguna mota de verde. Se quedó allí un momento, el pecho agitado, la sangre zumbando en los

oídos; entonces vio movimiento. Alcanzó a Luis en el estrecho sendero justo más allá de la caída de rocas, donde el acantilado giraba bruscamente hacia el mar.

Luis caminaba ahora de un lado a otro, como un animal enjaulado, murmurando para sí y haciendo girar una piedra de una palma a la otra. Sus ojos estaban enrojecidos y furiosos.

«¿Crees que puedes ignorarme?» gruñó Luis en cuanto vio a Jack. «¿Crees que si te fijas en el horizonte lo suficiente yo voy a desaparecer?»,

Jack mantuvo un tono sereno. «¿Qué quieres?»,

Luis rió. Un sonido áspero y amargo. «¿Qué*yo*quiero? Quiero lo que me prometiste. Lo que arriesgué el cuello por conseguir. Me diste mala información. Dijiste que sería fácil»,

Jack frunció el ceño. «¿De qué diablos hablas?»

«No te hagas el tonto conmigo, tío. Dijiste que estarías de vacaciones. Que yo entraría y saldría antes de que nadie se diera cuenta. Hiciste que pareciera pan comido.»

La pulsación de Jack se aceleró. «No dije nada parecido», dijo Jack.

Luis dio un paso adelante, su voz un gruñido bajo. «No te pases conmigo. Contaba con ese trabajo. Con ese*dinero.*En su lugar, no conseguí nada. Solo un puente quemado y un camello que me quiere devolver lo suyo en sangre.»

«Quizá si no hubieras ido colocado hasta las cejas con vete tú a saber qué, no lo habrías jodido», replicó Jack con dureza, «eso no es culpa mía. Te equivocaste de noche. Tenías que haber venido al día siguiente, después de que nos hubiéramos ido.»

La expresión de Luis se torció. «De ninguna manera, tío. No cometo errores así.»

«Pues esa noche lo hiciste, así que ahora tienes que dejar en paz a mi familia y a mí.»

«¡Solo intento*sobrevivir!*» rugió Luis. *«No sabes lo que es, tío. No sabes lo que es que te pongan un cuchillo en la garganta y te digan que tienes una semana para aflojar la pasta o vendrán a por tus rodillas. No tengo casa, ni trabajo, y tengo un objetivo clavado en la espalda. He estado viviendo debajo de una lona detrás de una*

*fábrica de pescado.»*La mandíbula de Jack se tensó. «¿Y crees que la solución es el chantaje?»

Luis se pasó las manos por el pelo, deambulando. «¿No lo pillas? Esta es la única jugada que me queda. No puedo ir a la policía, no puedo acudir a mi familia. Todos se han lavado las manos conmigo y, además, si lo hiciera, vendrían a por mí allí y los usarían en mi contra y no puedo arriesgarme. Pero tú… tú todavía tienes una vida. Un niño. Una mujer que confía en ti.»

Jack se tensó. Luis lo vio y sonrió con malicia.

«Así es. Le diré lo que hiciste, cómo montaste todo, el robo, el pánico, cómo te

*hiciste la víctima**para recuperarla... ¿Qué crees que hará ella con eso, eh?»*El corazón de Jack empezó a latir con fuerza. «Estás faroleando», dijo Jack.

«No necesito pruebas», afirmó Luis, rodeándolo ahora. «Solo tengo que recordarle lo que vi aquella noche. A un hombre cagado de miedo mientras su mujer miraba por el cañón de un arma. Algo con la suficiente verdad como para hacerla dudar de ti. ¿Y sabes qué? Dudará. Porque ella estuvo allí y también lo estuvo tu hijo, que intervino para salvar la situación.»

Jack intentó respirar mientras el pánico se le subía al pecho. «¿Así que quieres dinero?»

Luis asintió. «Diez mil. Esa es la cifra.»

«No puedo conseguir diez mil. No en dos días. Ni siquiera en una semana, quizá nunca. Mi negocio está en serios problemas, no creo que pueda reunir tanto, lo juro, te digo la verdad.»

«Entonces vende algo. Llama un favor. Vacía una cuenta de ahorros. Porque yo no me voy a ir sin ello.»*«¿Crees que tengo ese dinero tirado por ahí?» dijo Jack. «Por eso inventé el timo del seguro. La cadena de restaurantes está a punto de hundirse. Probablemente me van a demandar clientes cabreados a los que les robaron los datos.»*El labio de Luis se curvó con desdén. «Llora todo lo que quieras. Eso no es asunto mío.»

Jack se pasó una mano por la boca, pensativo. «Aunque pudiera reunirlo, llevaría tiempo. Sesenta y- dos horas como mínimo.»

Luis cruzó los brazos. «Tienes cuarenta y ocho. Eso es todo. Mediodía. Dentro de dos días. En el faro. Trae el dinero, o le cuento todo. En voz alta. En público. Y me aseguraré de que me crea.»

Jack lo miró, la absoluta audacia de todo aquello cayéndole encima como olas contra el acantilado. «¿Y luego qué? ¿Qué pasa después de que te pague? ¿Te vuelves al agujero del que has salido? ¿Qué te impide volver y pedir más?»

Luis se acercó, su aliento agrio. «¿Crees que esto es una negociación? No me

importa

si me crees. Te doy una oportunidad para que las cosas no empeoren. Eso es más de lo que la mayoría recibe.»

«No me estás dando nada», dijo Jack. «Estás amenazando a una mujer que ya ha pasado por el infierno solo para conseguir lo que quieres.»

Luis se encogió de hombros. «No te hagas el santo. Los dos sabemos que tienes esqueletos en el armario. Todos los tenemos. Yo solo soy el que sostiene la linterna y muestra a todos tus huesos amarillentos.»*Jack lo miró, una oleada de repulsión subiéndole por la garganta. Quería golpearlo. Empujarlo hacia atrás en el barro y no dejar de darle. Pero no lo hizo. Aún no.*Retrocedió un paso, la voz fría. «Vale. ¿Quieres dinero? Veré qué puedo hacer.»

Luis alzó un dedo. «

Diez.

Mil. En efectivo. Y no traigas a nadie. Si siquiera

veo

a un policía, desaparezco. Y nunca sabrás cuándo ni cómo volveré a actuar.»*Jack no respondió. Se dio la vuelta y se marchó, la mandíbula apretada, los ojos fijos en el sendero que tenía por delante.*No miró atrás. Pero sintió la mirada de Luis ardiéndole en la espalda hasta arriba de la colina. Fuente:*verás*«A la vista de un policía, desaparezco. Y nunca sabrás cuándo ni cómo atacaré.»

Jack no respondió. Se dio la vuelta y se alejó, la mandíbula apretada, los ojos fijos en el camino que tenía por delante.

No miró atrás. Pero sintió la mirada de Luis quemándole la espalda mientras subía la colina.

30

El astillero apestaba a cuerda podrida, entrañas de pescado y diésel. Una fina bruma salada colgaba en el aire, recubriendo cada superficie de suciedad, apagando la pintura ya agrietada de los cascos oxidados y de las embarcaciones medio olvidadas alineadas sobre los caballetes. Caleb estaba encorvado dentro de la estrecha cabina de un viejo arrastrero, las paredes curvadas apretándose a su alrededor como un ataúd.TheLos ojos de buey estaban demasiado empañados para ver a través. La puerta apenas se cerraba. El colchón bajo él olía a moho. Pero era seguro. Por ahora.

El viejo guardián, un hombre entrecerrado de ojos con pocos dientes y demasiadas deudas, había tomado el sobre con el dinero sin decir una palabra. «Sin preguntas», le había dicho Caleb. «Solo he venido a arreglarla.» Y el hombre miró a Second Chance y asintió, lento y atontado, y se volvió.

Pero Caleb sabía que el tiempo era poco. Lo estarían buscando. Habría patrullas, avisos. Tamsin, sea quien fuera esa zorra, había sido meticulosa hasta ahora y no tenía motivos para creer que se rendiría hasta que lo atraparan. Y Jack, Dios, no lo dejaría pasar. Probablemente estaría paseándose por el pueblo como un salvador ahora, envolviendo a su familia entre los brazos, comportándose como el héroe mientras el mundo lo felicitaba por sobrevivir a algo que no tenía derecho a haber sobrevivido.

Debería haber terminado de otra manera.

Caleb se frotó las manos sobre la cara y luego buscó la petaca junto a la litera. El whisky ardía como ácido, pero lo templaba. Miró la pared de metal abollada, se vio en un espejo manchado de óxido: un desconocido con los ojos hundidos, la barba crecida a parches y mal, la piel demasiado pálida.

Su mente rascaba y gruñía detrás de las sienes. No podía quedarse mucho tiempo. Ya le habían arrebatado todo. La profesión que le importaba había desaparecido y le habían arrancado las credenciales de su nombre y reputación como carne arrancada del hueso. La junta lo había despedido con discreción, por supuesto. Sin cargos formales. Solo «irregularidades», «conflicto de intereses» y «preocupaciones por la seguridad». Pero los susurros lo habían seguido y por eso se había mudado a Carmen Bay, donde esperaba empezar de nuevo, aunque por más que se intentara engañar, los hechos eran hechos. Ya no era terapeuta. Ya no era*nada.*

Y la familia,*su*familia soñada, le había sido arrebatada por un hombre que no la merecía. Jack lo había arruinado todo. Melanie había estado a punto de ser*suya*en esa casa. Compartieron algo real. Recordaba la suavidad de su piel bajo las sábanas, el calor de su cuerpo cuando se volvía hacia él en la oscuridad. Murmuró algo. ¿Un nombre? ¿Un sueño? No importaba.

Ella se había*entregado a él.*

Las drogas no eran tan fuertes. Lo justo para ayudarla a dormir, para acallar las voces, para dejar que la verdad aflorara. Recordó apartar el cabello de su oreja mientras ella suspiraba. Ella le había necesitado. Aún no lo sabía.

Se incorporó de repente y tiró la petaca. El líquido se filtró entre las tablas sucias del suelo. No se molestó en limpiarlo.

Siempre habían hecho esto. Todos. Desde que era niño. Rechazo. Una y otra vez. Los profesores que decían que era "inquietante". Los otros chicos que lo llamaban "fenómeno" a sus espaldas y "maniático" a la cara. La mujer en la universidad que lo acusó de acecho cuando todo lo que había hecho fue dejarle flores y esperarla fuera de sus clases.

Incluso su propia madre había vuelto el rostro cuando lloró buscando atención y luego lo abandonó. Siempre el forastero. Siempre el que se preocupaba demasiado, para ser apartado por gente que prefería a mentirosos y matones. Pero él había salido adelante. Estudió. Aprendió cómo funcionaba la gente. Y al fin, tras desvíos y malas decisiones, encontró a Melanie.

Apretó los puños. Jack la había fallado. La dejó deslizarse hacia el caos. Y entonces, cuando empezó a sanar, cuando volvió a sonreír, fue porque*él* estaba ahí. *Él.* Caleb.

Él era quien escuchaba. Quien traía estabilidad. Quien le daba a Samuel una voz tranquila cuando tenía miedo. El chico había aprendido a escuchar. Incluso Melanie había empezado a mirarlo con confianza.

Hasta que lo torcieron. Siempre lo torcían. Ahora probablemente lo pintaban como un monstruo.

Caleb recorrió la estrecha cabina dando vueltas; el suelo crujía con cada paso. El mar lamía perezoso el casco, pero en su mente rugía. Pensarían que habían ganado. Pero no lo habían hecho. Todavía no.

Stormwatch tenía fama de tragedia. Los asesinatos del faro. La chica que se ahogó en los acantilados del oeste. Los tres chicos que desaparecieron en los sesenta. Todo el mundo decía que el lugar estaba maldito. Susurros en el viento. Rincones fríos en los pasillos.

Que hablen. Caleb *lo haría real.* Una tragedia más para añadir a la leyenda. No había terminado. No había llegado hasta aquí para desvanecerse. Lo acabaría a su manera y pasaría al folclore. Un nombre del que hablarían durante cientos de años. Si no podía tener la vida que había construido, la familia que *se había ganado*… entonces Jack no los tendría tampoco.

Los dedos le temblaron mientras volvía a la litera, sacó el cuaderno encuadernado en cuero donde guardaba lo último de sus planes. Garabatos, medias frases. Mapas de la isla. Horarios.

Lo abrió despacio, alisó las páginas. Pensaban que había desaparecido. Pensaban que el mar lo había tragado. Que lo creyeran. Esperaría su tiempo. Un día más. Dos, como mucho.

Entonces atacaría. Y esta vez no habría terapia. No habría charla de curación, solo la lección. Jack aprendería lo que significa perderlo todo.

Y Stormwatch se llevaría otra familia de fantasmas.

31

Jack stood at the edge of the jetty, hands buried deep in his coat pockets, eyes fixed on the horizon where a tourist boat cut through the water like a tired seabird. The sun was beginning to sink, casting gold across the surface of the bay, but Jack barely registered the light. Tamsin stood beside him, arms crossed, hair pulled back against the wind, watching the approach in silence. She'd come straight back after he'd told her about Luis.

"I spotted him just staring," Jack said, voice low. "Says he's desperate. In trouble with a dealer and needs cash."

Tamsin didn't look surprised. "They always do."

Jack nodded. "He wants ten grand. Claims his life's at risk and he's living rough. Said if I don't pay up, he'll tell Melanie I orchestrated the break-in."

Tamsin turned to him. "Fuck."

"Yep, fuck." He exhaled. "I never meant for it to go that far. And now it doesn't matter because Luis will twist it to make me sound like a monster who didn't care about my family's safety and that's not how it was. He got the wrong day, and we shouldn't have been there, but Mel won't see it like that."

They both stared out at the boat where tourists without a care in the world bobbed on the waves.

Tamsin shifted her weight. "Even if you*could*pay him, you know what happens next, don't you?"

Jack nodded grimly. "He comes back. Again, and again."

She angled her body toward him. "Then don't pay. Tell Melanie. Take away the only leverage he's got. And if necessary, go to the police. Draw a line under it before it swallows you whole."

Jack winced. "I can't put her through another revelation. She's just getting her head above water."

Tamsin softened. "And what happens when Luis doesn't wait? When he turns up on the doorstep while you're out? What happens if he threatens*her*?"

Jack closed his eyes for a moment. "I need time," he muttered. "I need to think."

"You've got until tomorrow," Tamsin said. "I'll stay until this is sorted one way or another and back you up, okay?"

Jack nodded. "Thanks. For all of it."

She gave a short, understanding smile. "Don't thank me yet."

Another boat rounded the headland carrying Rea, Samuel and Patch, the engine coughing gently as Rea guided it in. Jack and Tamsin stepped back as the hull bumped against the rubber fender. Samuel stood up and waved, his face flushed from sea air, hair sticking up in all directions.

"Hey, buddy!" Jack called. "Catch anything?"

"Three!" Samuel shouted proudly. "One has*teeth!*"

Patch barked in agreement, his tail thumping rapidly against the deck. Rea chuckled as she threw the rope to Jack. He secured the line while Tamsin steadied the boat, and Samuel leapt across to the dock like a practiced sailor.

"Go on up, buddy," Jack said. "Your mum's painting. Go show her your catch."

Samuel ran off, Patch bounding behind him while Rea lingered in the boat, coiling the rope at her feet.

She looked up at Jack, her expression more serious now. "He's still frightened, you know."

Jack frowned. "Of the water?"

"No. Of*him.*He didn't say the name, but I knew. It's still hanging over him like smoke."

Jack's jaw tightened. "We haven't told him he's definitely gone. We don't want to make promises we can't keep."

Rea gave a slow nod. Then she turned, stepped into the cabin, and returned with something in her hand. Small. Metal.

She held it out, low and firm, into Jack's line of sight. "Can I give him this? It's safe enough and I trust the lad. He's sensible and I think it'll give him some comfort but only if you agree.

Jack thought for a moment and saw the wisdom in her words, so he gave a nod and received a rare smile from Rea in return.

"Give me a moment with him before I go."

Jack smiled back. "Sure."

She stepped onto the dock, followed the sound of Samuel's voice, and called him back down gently. The boy came running, and the two of them stood off to the side, backs turned to the house but within earshot of Jack and Tamsin.

"I trust you," Rea said, crouching to his level. "You've got a good head on your shoulders, and more courage than most grown men I know. So, I'm giving you this."

She opened her hand. It was a flare gun. Small. Worn. Functional. Samuel stared.

"For*emergencies only,*" she said. "If something happens, something bad, and you need help fast, you fire this into the sky. I'll see it. Or someone will. But it's not a toy, understand?"

Samuel nodded solemnly. "I'll only if he comes back?"

She met his eyes. "Yes. But I hope you'll never need it."

He closed his fingers around the cool metal, the weight of it anchoring his small palm.

"I won't let you down," he whispered.

"I know you won't," Rea said. "Just keep it safe."

She watched as he pulled the rucksack off his back and tucked the flare gun inside, next to Nora's box that was wrapped carefully in one of his mum's old painting cloths. When he'd fastened the straps she tousled his hair, kissed his forehead, then turned and walked back to the boat, giving Tamsin and Jack a wink as she passed. By

the time she stepped aboard her boat, Samuel had disappeared up the hill again, Jack joined her on the dock.

"Thanks for that, and taking him under your wing," he said. "It helps, more than you know."

Rea untied the rope and gave a sharp nod. "He's a good lad. And he's astute and sensitive, watching everything, even if he doesn't say it."

Jack exhaled. "That's why I worry so much about him, Mel does, too."

She gave a half-smile. "You're both doing better than you think."

Ayudó a empujar el bote con suavidad, y Rea arrancó el motor.

«Dile a Tamsin que llame si necesita que la acerquemos», gritó ella hacia la brisa.

«Lo haré.»

Se despidieron con un último gesto, y Rea se perdió en el mar, su embarcación encogiéndose hasta convertirse en un punto oscuro en el horizonte. Tamsin dijo que iba a comprobar cómo estaba Melanie mientras Jack se quedó un rato más solo en el muelle, con el sonido del mar rodeándole.

Tenía secretos. Todavía. Secretos que no sabía cómo contar. Y ahora, al mirar la colina donde Samuel había desaparecido entre la seguridad del hogar, se preguntó cuánto tiempo seguiría siendo así.

La tarde cayó con suavidad sobre Stormwatch, calma y fresca, el mar lamiendo las rocas sin la violencia que había mostrado en días recientes. El aire estaba inmóvil. La casa respiraba tranquila después de la cena, con el olor a ajo y romero aún flotando en la cocina.

Tamsin estaba acurrucada en un sillón, absorta en su portátil, mientras Melanie y Samuel estaban en la mesa, reflexionando sobre las piezas de un rompecabezas. A medida que la casa se acomodaba en un ritmo suave todo parecía normal. Pero no lo era, no del todo, y de vez en cuando Tamsin alzaba la vista y le lanzaba a Jack una mirada que le decía en silencio que el tiempo se estaba agotando.

Había intentado averiguar cuál era el mejor momento para confesar. No antes de acostarse porque así la pelea que estaban obligados a tener se prolongaría en la noche y ninguno dormiría. Quizá por la mañana sería mejor, cuando pudiera contárselo antes de que apareciera Luis, que aparecería, una vez Jack no se presentara en el lugar acordado. Una noche más de calma, eso era todo lo que tenía antes de que todo volviera a precipitarse al borde.

Y ahora Samuel se había ido a la cama, su nuevo libro apretado contra el pecho. Melanie le había besado la frente, le había pasado los dedos por el cabello y le había dicho que estaría allí en un rato. Ella se llevó su libro al salón y se acurrucó en el sillón con una manta, diciendo que quería terminar el capítulo.

Tamsin y Jack se sentaron en la cocina, solos bajo la luz ámbar de la lámpara del techo. Una botella de vino abierta entre ambos, dos copas a medio beber, el aire empezando a enfriarse.

«Vendrá mañana», dijo Tamsin en voz baja, golpeando con la uña el borde de su copa. «Tú lo sabes.»

Jack no respondió de inmediato. Permaneció con los codos apoyados en la mesa, mirando un nudo en la madera, la mente hecha un ovillo de miedo y indecisión.

«Deberías decírselo, Jack. Esta noche. Antes de que Luis tenga oportunidad de retorcerlo.»

Jack alzó la vista por fin. «¿Y decir qué? 'Oye, Mel, por cierto, cuando nos estábamos desmoronando, cometí algunos errores. Nada criminal, solo lo bastante imprudente como para que un drogadicto con rencor lo convierta en chantaje'?»

Tamsin no se inmutó. «Eso es mejor que ella lo oiga de*él.*Sabes que lo adornará. Lo hará sonar peor de lo necesario.»

«Ella acaba de volver a pintar», dijo Jack, ahora más bajo. «Duerme. A veces se ríe. Me mira y no veo miedo. ¿Quieres que le arranque todo eso esta noche?»

«Quiero que*dejes de mentir.*"

Jack se reclinó, exhalando con fuerza. «No estoy mintiendo. Estoy… editando. Protegiendo.»

Tamsin le dedicó una sonrisa triste. «¿Crees que no lo entiendo? Lo entiendo. Pero se acabó el tiempo. Esta es la última página del

capítulo. O lo asumes o prepárate para perderlo todo intentando ocultarlo.»

El silencio y la verdad se tendieron entre ellos, ruidosos e incómodos.

Tamsin se levantó y recogió su copa. «Me voy a la cama. Pero Jack, si esperas más, le das todo el poder a Luis. Y no lo recuperarás.»

Salió de la cocina, sus pasos ligeros sobre las tablas. Jack se quedó en la mesa unos minutos más, mirando a las esquinas apenas iluminadas por la antigua luz del techo. El latido de la casa, el sonido lejano de las olas y el tic-tac rítmico del reloj de pared le reconfortaban mientras bebía su vino.

Entonces Patch entró sigilosamente en la cocina. El perro se detuvo a mitad de camino, ladeó la cabeza, orejas en alto. Emitió un gruñido bajo. Una advertencia. Jack se volvió hacia la ventana.

Patch gruñó de nuevo, pero esta vez más profundo, más urgente. Se le erizaron los pelos y se colocó entre Jack y la puerta trasera, la cola rígida y baja.

Jack se puso en pie despacio, cada nervio del cuerpo tensándose. Entonces vino un sonido, suave pero deliberado. Un raspado contra la pared lejana, en la sala de servicio, justo al lado de la cocina. Segundos después, las luces se apagaron. La oscuridad total engulló la habitación. El corazón de Jack dio un salto en el pecho. Buscó el cajón junto al horno, tanteando la linterna. Nada.

«Maldito generador», murmuró, ya dirigiéndose hacia la puerta trasera. «La cosa debe de haber fallado.»

Alargó la mano hacia el gancho donde siempre colgaba la llave del cobertizo. Vacío. Se quedó paralizado.

«¿Jack?»

Se volvió. Melanie estaba en el umbral, descalza, con el libro aún en una mano. El pelo suelto, los ojos adaptándose a la oscuridad.

«Estaba leyendo… ¿qué ha pasado?» preguntó en voz baja.

«Creo que se ha ido el generador», dijo Jack. «Iba a comprobarlo. Pero…»

«¿Qué?»

«La llave ha desaparecido.»

Ella frunció el ceño y dio un paso adelante. «¿Estás seguro?»

Antes de que él respondiera, un crujido suave sonó detrás de ellos. Ambos se volvieron. Y Caleb estaba en el umbral, perfilado por el tenue resplandor de la luna que entraba por la ventana. Su rostro estaba pálido, más delgado que antes, una barba descuidada cambiaba su aspecto y sus ojos, en sombras, hundidos. Un revólver reposaba firme en su mano, apuntando directamente hacia ellos.

«Hola, Melanie», dijo con calma. «Jack.»

La respiración de Melanie se quedó atrapada en la garganta cuando Jack, por instinto, se interpuso delante de ella. Patch gruñó, más fuerte ahora, pero permaneció agazapado y observó desde debajo de la mesa de la cocina, los dientes al descubierto.

«No lo haría», dijo Caleb, asintiendo hacia el perro. «No acabaría bien.»

La voz de Jack era rasposa. «¿Cómo entraste?»

Caleb inclinó la cabeza. «Hice una copia de la llave y, antes de que preguntes, sí: hace tiempo cogí la del cobertizo del generador. Debo decir que los dos sois muy poco observadores. No fuisteis los únicos que tomasteis precauciones, pero las latas de comida y las botellas de agua no os van a servir ahora.»

Melanie apretó el brazo de Jack, susurrando, «Jack...»

«Está bien», murmuró él, aunque no lo estaba. Ni por asomo.

La mirada de Caleb recorrió la habitación despacio, como si absorbiera los detalles, bebiéndoselos. Sus ojos se detuvieron un segundo en el rompecabezas.

«Se siente distinto aquí», dijo. «Como si hubierais estado jugando a la familia feliz. Pero eso es una mentira, ¿verdad? Los dos sabemos que la oscuridad del pasado no desaparece. Espera. Observa y luego vuelve para cobrar lo que se le debe.»

Jack dio un pequeño paso adelante. «No tienes que hacer esto.»

«Pero yo*sí,*», dijo Caleb, con la voz casi amable. «Me quitasteis algo. A los dos. Torcisteis lo que estaba creando y luego lo envenenasteis.»

Giró ligeramente el arma. «Así que ahora vamos a hablar. Y esta vez, vais a escuchar.»

32

La habitación estaba helada de tensión. Jack sintió a Melanie temblar a su lado, los dedos clavándose en su manga, los ojos fijos en la pistola que sostenía Caleb. La luz de la ventana brilló en el cañón cuando Caleb cerró la puerta tras de sí con un clic quedo que sonó más fuerte que cualquier grito.

«Siéntate», dijo Caleb a Jack.

Jack no se movió. «Mira, podemos arreglar esto.»

«Te dije,*siéntate.*»

La voz de Caleb se quebró como un latigazo. Jack tomó la mano de Melanie y la condujo hacia la mesa de la cocina. Caleb les siguió, tranquilo pero vigilante. Cuando se sentaron, dio un paso atrás y recorrió la habitación con la mirada, como un general que inspecciona su campo de batalla.

«Has estado ocupado, ¿no?» dijo, con la voz demasiado ligera. «Pintando. Riéndote. Trayendo otra vez a la espía.» Sonrió levemente. «Tamsin, ¿verdad? Está aquí. La tercera puerta a la derecha. Probablemente nos esté escuchando ahora.»

El estómago de Jack se hundió. Él*había*estado vigilando.

«Quiero a todos aquí», dijo Caleb. «El niño. La mujer. Traédmelos.»

«No», dijo Jack con firmeza. «Déjalos fuera de esto.»

Caleb alzó la pistola ligeramente. «No tienes derecho a negociar.»

Melanie se incorporó despacio, respirando con dificultad. «Los iré a buscar», dijo.

Jack la miró, alarmado.

«Iré rápido», susurró ella.

Caleb asintió. «Nada de juegos. Si veo a otra persona, le pego un tiro a Jack en la cabeza.»

Melanie jadeó y salió de la habitación deprisa, con Patch corriendo tras ella mientras el pulso de Jack latía con fuerza a cada paso que daba. La casa parecía un hilo eléctrico y él contuvo la respiración hasta que el crujido de pasos de regreso los obligó a ambos a alzar la vista.

Samuel apareció en el umbral, descalzo en pijama, sujetando a Patch con fuerza en brazos. El terrier enseñaba los dientes, gruñendo bajo en la garganta. Tamsin entró un momento después, descalza y pálida pero serena, las manos algo levantadas en un gesto de calma.

«Deja al perro», dijo Caleb.

Samuel apretó más a Patch. «No.»

Los ojos de Caleb se entrecerraron. «Deshazte de él. O lo haré yo.»

«*¡No lo toques!*» gritó Samuel, la voz estridente por el miedo. «Te odio.»

«Sam», dijo Melanie con suavidad, colocándose detrás de él. «Está bien. Sólo mete a Patch en la despensa, estará a salvo allí.»

Samuel vaciló. Luego, con lágrimas surcando sus mejillas, se dio la vuelta y corrió hacia la despensa, cerrando la puerta con un suave*clic* tras de sí.

Caleb hizo un gesto para que todos se sentaran. Jack acercó a Samuel a su lado, colocando un brazo protector sobre sus hombros. Melanie se deslizó en la silla enfrente de ellos.

«Bien», dijo Caleb, señalando una silla. «Todos juntos ahora.»

Paseó detrás de la mesa como un conferenciante, la pistola nunca lejos de la vista.

«¿Sabes lo que se siente», dijo, «darlo todo a alguien? Ofrecer paz, seguridad, amor… y que te lo arranquen?»

Jack no dijo nada.

Caleb se detuvo junto a Melanie. «Te amaba», dijo en voz baja. «Tú*sentiste*eso. Aquella noche dijiste mi nombre. Me buscaste.»

Melanie volvió la cabeza de un tirón. «No. No lo hice. Tú*me drogaste*. Me hiciste creer que estaba a salvo cuando no lo estaba.»

Su rostro se contrajo. «Mentirosa.»

«No te amé», dijo ella, la voz temblando pero clara. «Nunca lo hice, ni siquiera lo consideré, pero me envenenaste. Creí que eras una buena amiga y lo retorci- —»

Jack se inclinó hacia adelante. «Estás enfermo. Necesitas ayuda.»

Caleb se volvió hacia él, los ojos encendidos. «*Tú*no tienes derecho a hablar. Los abandonaste. Los dejaste destrozados. Fui yo quien volvió a juntar las piezas.»

«Por el amor de Dios, yo iba a trabajar, como millones de otros hombres lo hacen cada día. Intentaba salvar mi negocio por*ellos.*No los estaba abandonando, pero así querías verlo, darle otra vuelta. Manipulaste a una mujer vulnerable y a un niño», espetó Jack. «Eso no es amor. Eso es delirio.»

La mano de Caleb salió disparada, agarrando a Jack por el cuello de la camisa. «¿Quieres ver delirio?» Entonces la pistola fue derribada de su mano, un movimiento rápido y súbito de Tamsin y, aprovechando el momento, Jack se lanzó hacia adelante.

La silla se estrelló contra el suelo cuando Jack lanzó su peso sobre Caleb. Chocaron contra el suelo de baldosas y la pistola salió despedida, deslizando por el suelo y chocando contra la oscuridad. Caleb golpeó wildamente, su puño rozando la mandíbula de Jack, pero Jack lo empujó hacia atrás, forcejeando con todas sus fuerzas.

«*¡Corred!*» bramó Jack. «*¡Id!*»

Melanie agarró a Samuel del brazo, arrastrándolo hacia la puerta trasera—pero Samuel se torció y se zafó. «¡Espera! ¡Patch!»

«Sam!» Echó a correr hacia la despensa, Melanie y Tamsin siguiéndole mientras él abrió de par en par la puerta, y el pequeño perro se lanzó a sus brazos; entonces, antes de que pudieran detenerlo, corrió a su habitación y cogió su mochila, regresando en segundos, sin aliento pero decidido.

«¡Seguidme!» gritó, ya lanzándose dentro de la propia despensa. «Coged la llave y cerrad la puerta con llave», ordenó.

Melanie obedeció, con los dedos torpes mientras lo hacía.

«¿Qué estás... » empezó Tamsin, pero Samuel había abierto las puertas del armario en la esquina.

Se arrodilló y palpó en su interior, luego tiró de la base hacia arriba para revelar el compartimento oculto.

«¡Date prisa!» siseó. «Va a algún sitio. Nora me lo mostró.»

Tamsin no hizo preguntas y en lugar de eso ayudó a levantar el panel inferior, y debajo, un estrecho tramo de húmedos peldaños de piedra se hundía en la oscuridad. Melanie miró hacia la puerta. El sonido de un puño golpeando carne. Un gruñido. Un choque. Otro grito.

Samuel también lo oyó, los ojos abiertos, y antes de que Melanie pudiera detenerlo se lanzó por los dos primeros peldaños, con Patch en brazos. «¡Vamos!»

Melanie y Tamsin se apresuraron tras él, volviendo a colocar el panel justo cuando un fuerte*bang* sacudió la casa. Se quedaron paralizadas. Disparo. El eco recorrió las tablas del suelo.

Melanie se llevó una mano a la boca, sofocando un sollozo.

Tamsin le agarró la muñeca. «Sigue moviéndote.»

Obedeciendo, Melanie siguió mientras bajaban a toda prisa por la escalera húmeda y serpenteante. Era estrecha, apenas lo bastante ancha para un adulto mientras giraba hacia la izquierda en la oscuridad. Las paredes estaban resbaladizas por el musgo. El aire era frío y húmedo, el olor de la piedra vieja y la sal punzándole la nariz a Melanie.

Samuel iba al frente, la luz de su pequeña linterna cabeceando por delante de ellos.

«El túnel desemboca cerca de los acantilados», dijo, jadeando. «Junto a los viejos cobertizos para barcos.»

«¿Cómo lo sabías?», preguntó Tamsin, jadeando.

«*Nora*me lo mostró.»

Melanie apretó con fuerza su mano, las lágrimas ardiéndole en los ojos. No sabía si Jack estaba vivo. No sabía si estaban a salvo. Pero su hijo los había salvado. Y ahora, corrían.

33

El dolor estalló en el muslo de Jack mientras se tambaleaba lejos de la mesa de la cocina, la sangre empapando sus vaqueros, caliente y húmeda. No supo cuánto tiempo había pasado en el suelo después de que resonara el disparo, segundos, quizá más, pero Caleb había huido persiguiendo a los demás, dejándole a Jack tendido sobre las baldosas. No podía dejar que terminara así.

Con un grito gutural, Jack se incorporó, agarrándose al aparador para no perder el equilibrio. La pierna le ardía, y la visión se le emborronaba en los bordes, pero no se detuvo. Forzó el cuerpo hacia arriba y se lanzó hacia la puerta trasera, la adrenalina arrastrándole hacia delante. Podía oír el sonido de una puerta siendo pateada y supo que Caleb intentaba alcanzar a los otros, así que tenía que apartarlo.

Sigue moviéndote. Sigue respirando. Dales tiempo.

Salió al frío de la noche de un violento empujón, sin registrar del todo el dolor mientras medio corría, medio cojeara por el jardín, esquivando la carretilla volcada y los barriles de leña. La oscuridad le envolvió al instante, tragándose la casa detrás de él. No miró atrás. No se atrevió.

Si mirara atrás vería la puerta abierta, vería las sombras moverse, vería a Caleb acechando con la concentración de un asesino. En cambio, Jack fijó la vista en la colina por delante, en la

débil silueta del promontorio más allá del arbolado, en la cresta donde el viento soplaba con más fuerza, donde quizá podría perderle o encontrar un sitio para ocultarse.

El cielo estaba negro como tinta, sin luna ni estrellas. Solo el sonido del mar en algún lugar y su propia respiración áspera. Detrás de él, una voz sonó.

«*¡Jack!*»

La voz le alcanzó en la brisa, llena de veneno.

Jack corrió con más fuerza, a punto de tropezar. La herida del disparo ardía ahora como fuego, cada paso le clavaba dolor por el cuerpo, pero apretó los dientes. No tenía arma. Ni móvil. Solo sangre en el calcetín y la loca esperanza de que Caleb lo siguiera*a él*, no que derribara la puerta y llegara hasta ellos.

Otro grito.

«*¿Crees que puedes huir?*Pero se te está acabando el tiempo… He visto la sangre y estás acabado.»

Jack se lanzó entre el brezal, cortándose los brazos. Su pie tropezó con una raíz y cayó de rodillas, el barro y la arena rozándole las palmas. Gemía, se obligó a incorporarse y siguió moviéndose. El sendero hacia el promontorio se ensanchaba por delante, los árboles se hacían más ralos. El viento había vuelto, fresco y cargado de sal, azotándole la ropa.

Conocía este lugar. Cada curva. Cada caída. Él y Samuel habían venido aquí con cometas. Recordaba haberle mostrado la piedra con el fósil incrustado, esa con forma de concha. Solo tenía que llegar a la cresta. Ocultarse entre las rocas. Retenerle. Comprarles más tiempo. Y aun así, mientras corría, un pensamiento más oscuro se deslizó por el borde de su mente. Luis.

¿Dónde estaba?

Jack no lo había visto desde su enfrentamiento cerca de los acantilados. ¿Y si estaba aquí fuera ahora, observando lo que sucedía desde las dunas, esperando para atacar? Pero no podía pensar en Luis ahora. No podía permitírselo. El sonido de la persecución se acercaba. Botas crujiendo sobre la hierba húmeda. Una respiración entrecortada.

Entonces la voz otra vez—más cerca ahora.

«*¡Jack!*» Sé hombre y vamos a terminar con esto.»

Y entonces—*¡crack!*

Un disparo resonó. Demasiado cerca. Jack se echó a la izquierda, rodando hacia un hueco entre dos afloramientos rocosos. Permaneció inmóvil, jadeando, la mano apretada contra el muslo para contener la hemorragia. El disparo había rebotado por la costa, resonando entre las dunas y los acantilados. Luego*Otro disparo. Y otro más. Caleb disparaba a lo loco en la oscuridad como un poseído.*

Luego silencio.

El corazón de Jack retumbaba en sus oídos. Ahora estaba escondido, encajonado entre dos losas de piedra. Si Caleb se acercaba tendría el elemento sorpresa. Eso era todo lo que le quedaba. Unas botas crujieron encima de él. Una silueta pasó por la cresta. Jack entrecerró los ojos. Caleb pasó tambaleándose, con el arma en alto, mirando en todas direcciones.

«*Esto no terminará como quieres,*», gritó Caleb. «No puedes esconderte de la verdad, Jack. Nunca fuiste lo bastante bueno para ellos. Tú*fallaste*a ellos!»

Jack contuvo la respiración, inmóvil. Caleb se detuvo a pocos metros, murmurando para sí, girando ligeramente.

Entonces—*clic.*Otro.*Clic.*El sonido inequívoco del disparador enganchando una recámara vacía.

Se le ha acabado la munición.

El cuerpo de Jack reaccionó antes que su cerebro. Agarró la roca más grande al alcance, una pieza dentada y lisa por el mar del tamaño de un ladrillo, y salió disparado del hueco, con los dientes apretados contra el fuego en la pierna. Caleb giró demasiado despacio y Jack descargó la roca con fuerza. Una vez. Dos. El tercer golpe dejó a Caleb en el suelo. Se desplomó sin hacer ruido.

Jack se quedó sobre él, el pecho agitado, la roca resbalando de sus manos y golpeando la hierba. La sangre corría por su muslo. Las manos le temblaban por el shock y el esfuerzo. Cayó de rodillas, jadeando, el olor a salitre, sangre y piedra húmeda arremolinándose en su nariz.

En algún lugar detrás de él, la casa permanecía en silencio. Pero su familia fuera de alcance. Fuera de peligro. Eso esperaba.

Giró el cuerpo inconsciente de Caleb de lado, pateó el arma lejos y se arrastró hacia atrás hasta encontrar espacio para incorporarse. El cielo empezaba a palidecer, como si se hubiera estado escondiendo detrás del sofá, demasiado asustado para salir hasta que todo terminara. Y Jack cerró los ojos. Había hecho lo que pudo. Por una vez había hecho lo correcto.

El túnel se estrechaba hacia el final, las paredes de piedra húmedas y resbaladizas por la humedad y la sal antigua. Sus respiraciones rebotaban en la roca; el aire estaba viciado, pero teñido con el sabor salado del mar. Tamsin marcaba el paso, la linterna del móvil proyectando un extraño resplandor azul-blanco sobre los peldaños ásperos mientras descendían, cada vez más profundo, hacia el corazón de Stormwatch.

Melanie iba justo detrás, con el brazo alrededor de Samuel, que apretaba a Patch contra sí, anidado en el hueco del codo. El perrito no emitía sonido alguno, solo temblaba, con las orejas moviéndose.

Cuanto más avanzaban, más frío hacía. A Melanie se le resbaló un pie una vez, y Tamsin extendió la mano para ayudarla.

«Casi llegamos», susurró. «Creo que veo la luz.»

En efecto, más adelante el túnel se abría en una cámara mayor y redondeada donde una luz verde-azulada se filtraba débilmente por las grietas de la roca. El sonido del agua aumentaba, chapoteante, suave y acogedor.

Surgieron de repente al aire libre, tambaleándose hacia una pequeña cala a los pies del faro. El mar se extendía más allá, en calma y gris bajo el amanecer que ascendía. La fachada del acantilado se alzaba detrás de ellos, recortada y alta; el faro, encima, se erguía como un centinela fantasmal.

Melanie inhaló un profundo bocanada de aire limpio, estrechando a Samuel contra sí, dejando que la brisa marina le mordiera las mejillas. Estaban fuera. Estaban vivos.

Samuel se apartó de ella y cayó de rodillas, ya desabrochando la cremallera de su mochila.

«Tengo que hacerlo ahora», dijo, con voz fiera y clara.

«¿Hacer qué?» preguntó Melanie.

Sacó la pistola de bengalas que Rea le había dado y se puso frente al agua.

«Es para cuando la cosa se pone mal. Para cuando alguien tiene que venir. Rea dijo que era solo para una emergencia. Esto *es* una.»

Antes de que ninguna de las mujeres pudiera detenerlo, alzó la pistola de bengalas con ambas manos y apretó el gatillo. Con un fuerte *plof* y un breve siseo de humo, una bengala verde brillante trazó un arco en el cielo matinal, iluminando sus rostros, los acantilados y el agua abajo con un resplandor intenso y extraño. Ardía sobre ellos como una hoguera de señal, inequívoca y urgente. La miraron en silencio un segundo, el fulgor reflejándose en sus ojos.

Entonces, desde arriba, una voz.

«*Melanie? Sam? Tamsin?*»

Jack. Melanie se giró, el corazón latiéndole con fuerza. Avanzó, llevando las manos a la boca en forma de cuenco.

«¡Jack! ¡Estamos abajo!»

«¡Os veo!», contestó él. Su voz estaba ronca pero firme. «Está despejado. Subid. Estáis a salvo ahora.»

«Ahora estás a salvo.»

Tamsin ya ayudaba a Samuel hacia la pendiente rocosa que ascendía hasta los peldaños del faro, con Melanie siguiéndola de cerca. Treparon, las manos raspándose en la piedra, los pies resbalando sobre el musgo húmedo, hasta que por fin Melanie alcanzó la cresta y lo vio.

Jack estaba sentado en el suelo, la pierna empapada de sangre, un brazo apoyado contra las rocas. Detrás de él yacía Caleb, inmóvil, encorvado como un abrigo desechado. Tenía las manos atadas con el cinturón de Jack. La cabeza, ensangrentada. La pistola no se veía por ninguna parte.

Melanie corrió hacia Jack, cayó de rodillas a su lado, con las lágrimas ya surcando sus mejillas. «Estás sangrando… Dios, la pierna…»

«Estoy bien», raspó él, con voz débil. «Tú estás bien. Eso es lo que importa.»

Ella lo besó, con fuerza y de forma desordenada, y notó que él le apretaba la mano en respuesta.

Samuel subió los últimos peldaños y corrió directo hacia él.

«Disparé la bengala», dijo sin aliento. «Como me dijo Rea.»

Jack le sonrió a través del dolor. «Ese es mi chico. Estoy orgulloso de ti, hijo.»

Samuel miró a su padre, con los ojos brillando de orgullo, y dijo, «Y tú también lo eras, papá.»

La bengala se elevaba alto en el cielo matinal, una flor verde brillante sobre los acantilados. Rea estaba en el muelle con un cubo de cangrejos cuando la vio; el color era inconfundible. Un nudo le apretó el estómago. Dejó caer el cubo con un*clang*y buscó el móvil, marcando sin dudar.

«Tom», espetó en cuanto el sheriff contestó. «Bengala verde, Stormwatch. Son ellos.»

«Voy para allí», respondió, cortante e inmediato.

No esperó a despedirse. Ya corría hacia su barca, desanudando el amarre con dedos rápidos y hábiles. El corazón le golpeaba como un tambor cuando arrancó el motor, las manos firmes a pesar del frío. La barca se lanzó hacia adelante, cortando el agua con decisión. Ella sabía. Ella*sabía*lo que significaba la bengala. No era solo un grito de ayuda.

Era una señal de Samuel. La había usado. Eso significaba que Caleb había regresado. Y también que estaban vivos.

Cuando llegó a la isla, el sol ya había subido lo suficiente para bañar el faro con una luz cálida. Pudo ver movimiento en la península: tres figuras, dos de pie y una caída en el suelo. Rea apagó el motor y saltó a tierra, amarrando la barca a la carrera antes de subir por el sendero.

Los encontró allí: Jack, pálido y ensangrentado, sentado contra las rocas. Melanie, con el rostro enrojecido por el esfuerzo y el alivio, aferrada a su lado. Tamsin cerca, con la camisa desgarrada y los pies descalzos. Y Samuel, con los brazos cruzados, Patch metido en su chaqueta.

Y Caleb, inconsciente y atado, la sangre seca en el pelo.

«Joder», murmuró Rea, observando la escena. «¿Estáis bien?»

«Estaremos», dijo Jack. «No se levantará de nuevo.»

Rea miró a Caleb con desprecio, y luego se volvió hacia Samuel.

«¿Usaste la bengala?»

Samuel asintió. «Recordé lo que dijiste.»

Ella se agachó hasta su altura, apartándole el cabello de la cara. «Hiciste lo correcto. Fuiste*tan*valiente.»

La barbilla de Samuel tembló. «Quería ser como mi padre.»

Rea miró a Jack y luego de nuevo a Samuel, con los ojos brillando.

«Bueno», dijo en voz baja, «lo eres. Los*dos*salvasteis a vuestra familia.»

Los ojos de Samuel se volvieron hacia Jack. «Él nos salvó otra vez.»

Jack estiró la mano y le despeinó el pelo con la mano manchada de sangre. «No solo yo.»

Las sirenas resonaban a lo lejos: Tom y la guardia costera, acercándose deprisa.

Melanie exhaló y enterró la cara en el hombro de Jack, soltando un sollozo de alivio. Tamsin se puso a su lado y le apoyó una mano firme en la espalda.

Rea miró al grupo y asintió una vez. Stormwatch casi les había arrebatado a una familia. Otra vez.

Pero no esta vez. Esta vez lo lograron.

34

La mañana se abrió gris y salvaje. El viento se había levantado antes del amanecer, subiendo con la marea, envolviendo el cabo y azotando las ventanas de la cabaña como si intentara entrar. Aún no había empezado a llover, pero el aire estaba inquieto, cargado de electricidad.

Dentro, todo estaba en silencio. Melanie y Samuel seguían dormidos, por fin vencidos por el agotamiento tras la larga y terrible noche. La puerta de Tamsin estaba abierta pero su cuarto vacío, y los únicos sonidos eran el crujir de las vigas y el tic-tac del viejo reloj de la cocina.

Jack estaba sentado solo en la mesa, mirando una taza azul astillada llena de café; el amargo calor hacía poco por calmar los nervios que le vibraban bajo la piel. Tenía la pierna vendada, la herida de bala limpia y prensada con gasa, cortesía del sanitario del guardacostas que había hecho una mueca cuando Jack se negó a ir al hospital. No podía marcharse. Todavía no. Estaba el asunto de Luis por resolver.

El sheriff se había ido poco después del amanecer, llevándose a Caleb detenido. Lo subieron, esposado y en silencio, al bote del guardacostas, su rostro inexpresivo, la sangre seca apelmazada en el cabello. Tom no dijo mucho, solo asintió con el ceño y murmuró algo sobre probables cargos: agresión agravada, tenencia ilegal de un

arma de fuego, privación ilegal de libertad, intento de asesinato. Jack dejó de escuchar después de eso. No importaba cuántos cargos enumeraran. El daño ya estaba hecho.

Lo que le rondaba no eran los crímenes de Caleb, sino lo cerca que había estado de ganar.

Jack miró por la ventana, observando los árboles balancearse bajo el empuje del viento. Aún podía oír la voz de Caleb en el fondo de su cabeza:*Ella pronunció mi nombre. Se acercó a mí.*

Nada de eso era cierto. Él se lo creía totalmente, pero eso no impedía que las palabras se le metieran bajo la piel.

Tomó otro sorbo de café e intentó callar sus pensamientos, pero volvieron, como siempre, a Luis. La bengala, la fuga, la pelea: todo se había tragado la noche. Pero ahora el polvo se estaba asentando, y la verdad incómoda volvió a rugir. Al mediodía, Luis aparecería en el faro. Chantajeando a Jack por dinero que no tenía, amenazando con destrozar los frágiles avances que había logrado Melanie. Y Jack había*casi*se lo había dicho. Casi abrió la boca antes de la cena la noche anterior, pero entonces llegó Caleb, y todo estalló.

Ahora Luis seguía ahí fuera. Y Jack no había avanzado nada en arreglar el lío que había montado.

La puerta trasera chirrió al abrirse de repente, y una bocanada de viento se coló en la cocina.

Tamsin entró, las mejillas sonrosadas, el pelo despeinado pegado a la chaqueta. Patch la siguió a rastras, la cola rígida, el hocico moviéndose con violencia.

Jack se incorporó. «Ah, ahí estás».

Ella no contestó. En lugar de eso cerró la puerta con más cuidado del necesario y lo miró con una expresión que no le gustó: seria, casi sombría.

«Tienes que venir conmigo», dijo ella.

A Jack se le hundió el estómago. «¿Qué ha pasado?»

«No fui muy lejos», dijo ella, y fue a acercarse al fuego para calentarse las manos. «Solo hasta el borde de las dunas. Patch salió corriendo y empezó a ladrar como un loco. Pensé que habría visto un conejo porque no volvía, así que lo seguí.»

Jack ya estaba de pie, la taza olvidada sobre la mesa. «Tamsin, ¿qué ocurre?»

Ella encontró su mirada. «Es Luis».

Jack se quedó paralizado. «¿Qué le pasa?»

«Muerto», dijo ella. «Está muerto».

No dijeron nada mientras bajaban por el estrecho sendero entre la hierba alta; el viento rugía más fuerte allí, aplastando las cañas y lanzándoles sal a la cara. Patch marcaba el paso otra vez, las orejas pegadas hacia atrás, el cuerpo tenso pero resuelto. A lo lejos el faro se alzaba, proyectando su larga sombra hacia la orilla.

Tamsin se detuvo cerca de la base de las dunas, justo antes de que la arena bajara en pendiente hacia la playa. Jack siguió su mirada. Allí, medio oculto entre la hierba y los matorrales de la duna, yacía Luis.

Estaba hecho un ovillo, tumbado de lado, un brazo extendido como si hubiese intentado arrastrarse. La chaqueta le estaba rasgada, apelmazada de sangre. La arena bajo él estaba oscura. Tenía los ojos abiertos al cielo, pero la expresión vacía. Inmóvil.

Estaba claro que llevaba allí un rato. Tamsin se agachó junto al cuerpo, el rostro pálido pero sereno.

«Le dieron varios disparos», dijo ella. «Pecho. Hombro. Parece que uno en la pierna, quizá más».

Jack apartó la mirada, con el estómago revuelto.

«¿Y estás segura de que es la misma arma?» preguntó.

Tamsin asintió. «Encontré vainas. Del mismo calibre que la que tenía Caleb. No fue un disparo a quemarropa. Creo que lo atraparon en fuego cruzado».

Jack se frotó la frente. «Dios».

«Creo que acampaba aquí», dijo ella. «Hay un escondite bajo esa lona: botellas, envoltorios, mantas. Debía estar vigilando la casa. Esperando su oportunidad».

Jack se agachó a su lado, mirando la cara caída de Luis. Un hombre que había convertido su vida en una espiral lenta y caótica y que ahora era, simplemente, otro cuerpo reclamado por la isla.

«No dejaba de pensar que por mucho dinero que le diera volvería», dijo Jack en voz baja. «Exigiría más. Le diría algo a Mel

para destrozarlo todo».

Tamsin alzó la vista y lo miró, con los ojos inescrutables.

«Pero no llegó a eso», dijo ella. «Y nunca llegará».

Jack no dijo nada.

Tamsin se puso en pie, quitándose la arena de las rodillas. «Sabes lo que esto significa, ¿verdad?»

Jack la miró.

«Significa que tu problema está resuelto».

No respondió. No estaba seguro de poder hacerlo. Porque el alivio que lo recorrió fue inmediato pero teñido de vergüenza. Luis había sido una amenaza. Un fantasma al borde de todo. Un reloj que hacía tic-tac con una mano cruel. Ahora había desaparecido. Y el secreto que Jack llevaba… estaba a salvo.

El viento había subido hasta hacerse un alarido, llevando consigo el mordisco cortante de la bruma marina mientras se precipitaba por la punta. Jack estaba de pie con el cuello levantado, la pierna herida doliéndole en oleadas sordas bajo el vendaje, aunque el frío hacía bastante para adormecerla. Mantuvo los ojos fijos en el horizonte, en el punto donde el mar de pizarra se encontraba con la pálida franja del cielo, y observó la marea hacer lo que siempre hacía. Llevarse las cosas.

A su lado, Tamsin permanecía inmóvil, las manos metidas en los bolsillos, el pelo pegado a la cabeza por el viento. Habían esperado el momento oportuno, cuando estuvieron seguros de que la costa estaba despejada. La cabaña y el faro detrás de ellos dormían. El hecho se había consumado sin palabras entre ellos, porque no hacían falta. El cuerpo de Luis había sido enrollado en la lona bajo la que dormía y, juntos, lo habían llevado a través de las dunas hasta un punto de la punta resguardado por el faro. Abajo, el oleaje siseó como una advertencia mientras desenrollaban la lona y empujaban el cuerpo por el borde, dejando que el océano se lo reclamara.

Pesaba a muerte, las extremidades cayendo de forma grotesca, pero al mar no le importó. Lo tiró despacio al principio, y luego con más avaricia cuando la marea cambió. Una ola fuerte atrapó el

cuerpo y lo arrastró con un sonido de succión hacia aguas más profundas. Sin ceremonia. Sin luto. Solo liberación.

Ahora Jack se sentaba con Tamsin sobre las rocas que dominaban la cala, los dos en silencio. La tormenta se acumulaba detrás de ellos como un pensamiento oscuro, y pronto estaría sobre ellos por completo.

Pero por ahora había paz. No absolución —pero calma.

«No tenías que hacer esto», dijo al fin, la voz áspera por el frío y la falta de sueño, «quiero decir... ayudarme. Podrías haber entregado las pruebas, cobrado tu parte y desaparecido. Pero no lo hiciste.»

Tamsin se encogió de hombros, el rostro vuelto al viento.

«Podría haberlo hecho, pero sé lo que es», dijo. «Perderlo todo.»

Jack la miró de reojo. Su expresión estaba serena pero dirigida hacia dentro, distante.

«Cuando me convertí en soplona», continuó, «allá en Washington, contra mi antiguo departamento, pensé que hacía lo correcto. Exponer la corrupción. Plantarme por la decencia. Todo esa mierda de nobleza que te inculcan cuando te forman para un trabajo como el mío.»

Sus labios se curvaron en algo parecido a una media sonrisa, pero no había humor en ella.

«Lo perdí todo. Mi trabajo. Mis supuestos amigos. Mi piso. Toda mi vida. ¿Y la gente a la que denuncié? Paracaídas dorados. Nuevos puestos en el extranjero. Intocables.»

A Jack le punzó el pecho. «Lo siento.»

«No te lo cuento por lástima», dijo, mirándole ahora. «Solo para que lo entiendas. Cuando te conocí, vi la misma mirada que veía en el espejo. Como si hubieras gastado toda tu energía tratando de sostener los muros y aun así se te estuvieran cayendo encima.»

Él no dijo nada; solo observó cómo una ola lejana se alzaba y estallaba contra las rocas en una pluma de espuma blanca.

«Pensé», siguió ella, «que no eras un tipo malo. Solo un tipo que la cagó. Que se asustó. Que intentó proteger a los suyos y terminó haciendo lo equivocado.»

«Hice lo equivocado», dijo Jack, la mandíbula tensa. «Dejé que Luis entrara en nuestras vidas. Le di el plano. Le dije dónde estaban las joyas. Yo…»

«Y te arrepentiste al instante», la interrumpió ella. «Empezaste tu penitencia en cuanto salió mal y tu familia empezó a sufrir. Y luego él se volvió codicioso y se salió del guion. Hubo gente que resultó herida, sí. Pero tú te has estado castigando desde entonces.»

Jack bajó la cabeza, la mano aferrada a la roca bajo él.

«Tenía la sensación de que todo me alcanzaría tarde o temprano», murmuró.

«Así fue». Ella le dio un codazo en el hombro. «Y aquí estás. Aún en pie.»

Respiró hondo. «Has hecho más por mí de lo que jamás podré pagar.»

«No tienes que pagarme, Jack», dijo en voz baja. «Solo necesitabas a alguien de tu lado. Yo no tuve a nadie cuando me pasó a mí. Nadie que te dijera: «No estás solo. No has acabado.»»

Hubo silencio otra vez; el único sonido era el aullido del viento y el choque rítmico de las olas.

«Perdí a mi familia hace años», añadió. «No quiero verte perder a la tuya.»

Jack la miró, mirándola de verdad. Detrás de sus palabras había un pozo profundo de dolor, pero también fortaleza. Había pasado por el fuego y salido forjada, no rota.

«Bueno, todo eso va a cambiar», le dijo. «Tienes una casa aquí ahora. Un amigo. Alguien que te cubre las espaldas, pase lo que pase.»

Entonces ella sonrió de verdad, la expresión suavizando las duras líneas alrededor de sus ojos.

«Cuidado», dijo. «Puede que te apueste por eso.»

Se quedaron unos minutos más mientras el cielo empezaba a cambiar, un naranja cálido desangrándose en el azul pizarra, volviendo el mar metal fundido. El sol trepó por el borde del horizonte, prometiendo un atisbo de calor para el día que vendría.

«¿Crees que llegará a la orilla?» preguntó Jack, la voz apenas audible.

Tamsin no respondió de inmediato.

«Si lo hace», dijo, «no será aquí.»

Jack asintió despacio. «¿Y la pistola?»

«Lo mismo. La marea se la llevará. Podemos quemar el resto de sus cosas, decir que hacemos una hoguera para deshacernos de basura que encontramos y, además, ¿a quién le va a importar? La gente quema cosas todo el tiempo.»

«Vale, hagámoslo. Encendámosla antes de que Mel y Samuel despierten, para que no vean lo que hay ahí.»

Ella le devolvió la mirada.

«Plan, pero Jack… ¿estás seguro de que puedes con esto? Yo puedo encargarme.»

Él sostuvo su mirada, y por primera vez en mucho tiempo, se sintió en pie; asintió.

Se puso en pie la primera, quitándose la grava de los vaqueros. «Muy bien, deberíamos volver», dijo ella.

Jack se incorporó con esfuerzo, haciendo una mueca mientras su pierna herida protestaba. Tamsin le sujetó el codo y le ayudó a mantenerse en pie.

Al volverse para caminar de regreso hacia la cabaña, ella dijo una última cosa.

«Ahora es nuestro secreto, Jack».

Él la miró.

«Tuyo y mío. Unidos en esto, y muere con nosotros..."

Jack asintió; las palabras se asentaron en lo más hondo de su pecho. Su secreto. A salvo. Por fin.

35

Samuel se despertó antes de que llegara la luz. El peso familiar y suave de Patch yacía enroscado al pie de la cama, cálido e inmóvil, subiendo y bajando con cada respiración. Samuel parpadeó mirando al techo, sin saber qué le había despertado hasta que vio a Nora junto a la puerta.

Parecía la de siempre. Solo… distinta. Su cabello largo estaba liso, no enredado con algas y polvo. El vestido que antes tenía manchas de sangre vieja y los bordes deshilachados ahora caía en pliegues suaves hasta los tobillos, limpio y remendado. Sus manos, las miró fijamente, estaban enteras.

Se incorporó despacio, con cuidado de no despertar a Patch.

Ella sonrió.

«Hola, Samuel», dijo ella. Su voz parecía resonar, suave pero clara.

«Ya no estás tan transparente», susurró él.

Nora asintió. «Es porque me siento mejor», dijo.

«Creo que te ves mejor», añadió él.

Ella sonrió de nuevo y dio un paso hacia él. Sus pies descalzos no hicieron ruido sobre la madera del suelo.

«Quería darte las gracias», dijo ella. «Fuiste muy valiente».

Samuel se frotó los ojos. «No estoy soñando, ¿verdad?» preguntó.

«No», dijo ella, ladeando la cabeza. «Esto es real. Aunque creo que será la última vez que vendré».

Frunció el entrecejo. «¿Por qué?»

Ella miró hacia la ventana. Un rastro muy tenue de luz plateada empezaba a deslizarse por el cielo.

«Mi familia me está esperando», dijo. «Creo que es hora de que me vaya con ellos».

A Samuel no le apetecía llorar, pero algo en el pecho se le apretó. Mordió su labio. «Pero… no he terminado la historia todavía».

«Sí la has terminado», respondió ella.

«No… quiero decir… Rea va a ayudar. Va a contarle a la gente la verdad sobre tu padre. Que no fue él. Que intentó detener a los hombres y que era buena persona. Le dije todo y le enseñé tu diario».

La expresión de Nora cambió, se suavizó aún más; sus mejillas tenían un tono rosado y los ojos le brillaban.

«Lo sé», dijo. «Te escuché. Y te vi leer el diario también. Así que ahora sabes la verdad y puedes contársela a todos, eso es lo que importa».

«Lo prometo», dijo él con rapidez, «me aseguraré de que todo el mundo lo sepa. Haré una placa o algo. Y guardaré tu caja a salvo».

Sus ojos se iluminaron por eso. «Gracias».

Patch se movió un poco en su sueño, resopló suavemente, pero no se despertó. Samuel lo miró un instante y volvió a mirar a Nora.

«¿Estarás bien?» preguntó.

«Sí», dijo ella. «Ahora no estoy triste».

El ceño de Samuel se frunció. «¿Antes estabas triste?»

Ella asintió. «Al principio no sabía qué me había pasado. Ni por qué estaba atrapada aquí. Luego escuché a la gente que vivía aquí hablar y empecé a entender y, poco a poco, recordé, y eso me enfureció. Pero creo… que estaba esperando a que alguien dijera la verdad para poder ser libre. Y ahora lo has hecho».

Samuel no supo qué decir. Así que dijo lo único que le parecía justo.

«Me alegra que ya no estés atrapada».

Nora se retiró hacia la puerta, la luz comenzando a bañarla. «Creo que tú y tu mamá y tu papá seréis felices ahora. Sois buena gente y espero que os quedéis aquí. La cabaña también necesita un final feliz».

«También espero que nos quedemos», dijo Samuel con sinceridad.

Ella miró alrededor de la habitación, su habitación, con algo que rozaba la ternura.

«¿Cuidarás este lugar por mí?» preguntó. «¿Lo mantendrás bonito?»

«Lo haré», prometió él. «Siempre».

«¿Y la caja?»

«Está en mi mochila. A salvo».

Ella asintió una vez. «Bien».

Entonces levantó la mano y saludó con un gesto pequeño y, mientras lo hacía, Samuel notó algo más, algo que no había visto antes. Detrás de ella, justo más allá del marco de la puerta, había una luz cálida y figuras moviéndose dentro. Un hombre alto. Una mujer con un vestido largo. Y un niño pequeño con rizos, sujetando algo entre las manos. Nora giró la cabeza y les sonrió.

Samuel la contempló asombrado. «¿Es eso…?»

«Mi familia», dijo ella en voz baja. «Han estado esperándome».

Quiso preguntar más, pero de algún modo supo que no había tiempo.

«Tengo que irme», dijo.

Samuel se puso de pie, los dedos de los pies desnudos encogiéndose sobre el suelo frío. «¿Te volveré a ver?» preguntó.

Nora negó suavemente con la cabeza. «No lo necesitas. Pero yo nunca olvidaré a mi valiente Sam».

Y entonces empezó a retroceder hacia la luz, su contorno volviéndose más difuso a cada paso, hasta que casi no quedó nada.

Se detuvo una vez más. «Adiós, Samuel».

«Adiós, Nora. Yo tampoco te olvidaré».

Nora sonrió. Y luego desapareció.

Cuando Samuel se despertó a la mañana siguiente, la luz del sol se desparramaba sobre su manta en anchas bandas doradas. Patch estaba junto a él, sentado, moviendo la cola suavemente, la lengua fuera como esperando que empezara su día. Samuel se incorporó, parpadeando contra la luz. Recordaba todo. La manera en que le habían quedado las manos. Su vestido limpio. La sonrisa que le llegaba hasta los ojos. Ahora estaba feliz.

Se deslizó fuera de la cama, abrió la puerta del armario y sacó con cuidado su pequeña mochila de lona. Dentro estaba la caja de madera, la diminuta llave y la cinta doblada con el nombre «Nora» bordado en tenues puntadas azules.

Pasó los dedos por la tapa.

«La guardaré a salvo», susurró.

Abajo, podía oír a su papá preparando café. Su mamá reírse quedamente por algo que él decía. Sonaba como si la casa volviera a estar feliz. Samuel guardó la caja con cuidado dentro de la mochila y se puso el jersey. Había cosas que hacer. Una historia que terminar. Y una promesa que cumplir.

36

Habían pasado nueve meses desde la noche en que el mar se llevó a los últimos de sus fantasmas y Stormwatch nunca había parecido tan viva. El viejo faro, que antaño había sido un estoico centinela contra el viento, ahora brillaba con calidez bajo el sol de la tarde. Su nueva capa de blanco relucía contra el cielo azul que se alzaba. Junto a él, la casita estaba restaurada y erguida, todavía maltrecha, aún golpeada por los elementos, pero ya no habitada por sombras. Las ventanas estaban abiertas y las cortinas de encaje ondeaban. De una de ellas llegaba el aroma a limón y a óleos.

Jack estaba en el sendero que serpenteaba desde el muelle hasta la casa, observando el bote que flotaba suavemente donde lo había amarrado. Era pequeño y humilde, práctico y hecho para travesías de mañana y paseos tranquilos por la bahía hasta Carmen. Todos los días, él y Samuel hacían ese viaje juntos. Formaba parte de su nuevo ritmo.

A Samuel le encantaba la escuela. Le encantaba navegar. Le encantaba la sensación de normalidad que por fin se había posado sobre ellos como un viejo abrigo redescubierto y puesto con alivio. Aún llevaba su mochila de emergencia y mantenía la caja de Nora en la mesita, aunque ya no hablaba de fantasmas. No hacía falta. Lo que la había anclado se había soltado. Ahora era solo un niño. Un chico brillante y valiente.

Jack había vendido todos sus restaurantes. Todos y cada uno. El principal en Boston. Las franquicias. La expansión sin alma que casi le había costado todo. Al final no le resultó difícil. El dinero de la venta bastó para saldar deudas, reconstruir la casa y el faro, y poner en marcha algo más pequeño y, en su opinión, honesto.

En Carmen Bay, junto a la pescadería y la tienda de cerámica, estaba *The Jetty Table*. Una docena de cubiertos. Menú de temporada. No aceptaban reservas. Y dos días a la semana, Jack daba clases de cocina a turistas y vecinos en la cocina del centro comunitario. No se había dado cuenta de cuánto echaba de menos la alegría de la comida sencilla hasta que vio la cara de alguien iluminarse ante un huevo poche perfecto o un pan que habían horneado con sus propias manos. Todavía le resultaba difícil creer hasta dónde habían llegado.

Dentro del faro, Tamsin preparaba café. Su espacio, un apartamento de un dormitorio recién reformado en la planta superior, era compacto pero perfecto. La luz se derramaba por los ventanales redondos. Rea le había encontrado la vieja cómoda y el armario en una venta de garaje y Melanie los había restaurado; Samuel había elegido el pequeño cactus en maceta que ahora vivía en su alféizar.

Se había quedado, tal y como dijo que haría. Al principio porque no confiaba en sí misma para dejarlos tan pronto después de todo. Luego porque empezó a sentirse como en casa. Era compañía para Melanie, lastre para Samuel y una amiga silenciosa para Jack.

«Stormwatch te sienta bien», le había dicho una vez.

Y quizá tenía razón. El caos había pasado. Los escombros se habían retirado. Los últimos rastros de Luis se habían convertido en ceniza. Lo único que quedaba era espacio, un espacio amplio que había dejado hueco para algo mejor.

Desde dentro de la casa oyó que sonaba música. Jazz. La favorita de Melanie. Las melodías que le gustaba tararear cuando pintaba. Caminó despacio hacia la casa, pasando por los rosales que habían plantado en primavera. Estaban en flor ahora. Rosas pálidas y crema, suaves como piel nueva.

Melanie había vuelto a pintar poco después de que lo peor del invierno pasara. Al principio con timidez, luego con una confianza creciente. Un lienzo llevó a tres, luego a diez. Tamsin había fotografiado uno, un mar zarandeado por la tormenta, y lo había enviado a la galería de Carmen. Lo compraron. Después pidieron más.

Ahora, los sábados, Melanie tomaba el bote con Jack y Samuel, su portafolio cuidadosamente envuelto en aceite. Volvía al anochecer con tinta en los dedos, el viento en las mejillas y una sonrisa tímida.

Entró por la puerta abierta hasta la cocina. La luz del sol se acumulaba sobre el suelo de baldosas. En la mesa había un cuenco de limones y el boceto a medio hacer de un faro, pero Melanie no estaba. Jack recorrió la casa vacía y salió de nuevo a la península. Allí estaba.

Melanie estaba junto al borde, la brisa jugueteando con el dobladillo de su vestido, una mano apoyada justo bajo su vientre. Se giró cuando oyó sus pasos y sonrió. Él se acercó y le rodeó los hombros con el brazo. El mar se extendía ante ellos hasta el infinito, oscureciéndose ahora mientras el sol empezaba a descender a sus espaldas. El agua estaba en calma, con solo las olas más suaves rompiendo contra las rocas de abajo.

«Esta vista nunca envejece», dijo.

«Tú tampoco», respondió él, rozándole la sien con un beso.

Ella se apoyó en él, su cabello rozándole la barbilla. «Eres un gran seductor», sonrió, y luego dijo, «me alegro de que nos quedáramos».

«Yo también», dijo él.

Se quedaron un momento en silencio, dejando que el viento, la sal y la luz llenaran los espacios que una vez habían estado vacíos entre ellos.

«Stormwatch», dijo, pensativa. «Suena a advertencia, ¿no?»

Él la miró de reojo. «Antes lo parecía».

«¿Pero ahora?»

«Ahora», dijo Jack en voz baja, «se siente como un refugio seguro».

Ella sonrió cuando puso la mano suavemente sobre su vientre. El bulto estaba firme y alto y Jack sintió el más leve aleteo bajo su palma.

«Está dando pataditas», susurró Melanie.

Él sonrió, con el pecho apretado. «¿Ella?»

«Solo una corazonada.»

Jack soltó el aire. «No puedo esperar a conocerla.»

«Nos completará», dijo Melanie, repitiendo lo que él le había dicho semanas atrás. «Nuestra familia.»

Él asintió, apretando su brazo alrededor de ella. «A veces todavía no lo creo. Que lo hemos conseguido».

«Lo hicimos», dijo ella. «Y somos mejores por ello».

Jack besó la coronilla de su cabeza y la abrazó más fuerte. Pero, aun así, mientras se quedaba allí sintiéndose completo por primera vez en años, una pequeña parte de él se retorcía de culpa.

Melanie nunca lo sabría. Sobre Luis. Sobre el robo. Sobre cómo lo había arriesgado todo y casi lo perdió, para mantener la verdad enterrada. Había estado a punto de confesar, más de una vez. Pero cada vez, algo lo detenía. Su paz. Su risa. La forma en que ella lo miraba ahora, como si volviera a creer en él. Ya no era el hombre que había sido. Ya no. Y quizá, solo quizá, eso bastaba. Detrás de ellos, la puerta mosquitera crujió al abrirse.

«¿Papá?», llegó la voz de Samuel desde la hierba. «¡Hay una llamada para ti!», añadió.

Jack se volvió, la besó suavemente y sonrió. «Ahora voy», dijo.

Ella asintió y volvió a mirar al mar, su silueta dorada en la luz del ocaso.

Trotó ligero hacia la casa, el sonido de las olas como una nana. Lo que el pasado hubiera arrebatado, el presente lo había devuelto. ¿Y el futuro? Venía. Rápido. Y lleno de promesas.

EPÍLOGO

Es extraño cómo la paz no llega de golpe. Llega despacio, en fragmentos, como la marea que se arrastra por la playa. Dormir toda la noche del tirón. Una mañana sin miedo. El sonido de Jack riendo con Samuel en el agua. Una sonrisa que surge sin esfuerzo. No es una transformación espectacular, es un silencioso recuerdo de quién solía ser. De quiénes solíamos ser todos antes de que todo se resquebrajara y se viniera abajo.

No estoy segura de cuándo llegó el punto de inflexión. Quizá fue el momento en que volví a pintar, cuando mojé el pincel en el color y descubrí que todavía podía crear algo bello. O quizá fue la primera vez que Samuel durmió del tirón sin despertarse gritando, su pequeño cuerpo abrazado a Patch, soñando con peces, viento y aventuras.

O tal vez simplemente fue despertarme junto a Jack. El*de verdad*Jack.

El hombre que se interpuso entre nosotros y algo innombrable, que sangró para mantenernos a salvo, que me cargó cuando yo no podía con mi propio peso. El hombre que me falló una vez pero que me salvó dos. Parecen haberse aquietado los fantasmas que lo perseguían. Vuelve a haber luz detrás de sus ojos. Risa en su voz. Cuando me abraza, me siento segura. Amada. Y no como un problema a resolver.

Jack reconstruyó todo. Nuestra casa, nuestra vida y, en muchos sentidos, a sí mismo. Comemos juntos. Navegamos juntos. Discutimos sobre qué color pintar la habitación del bebé, y si será niño o niña. Todavía no lo sabemos. No quise averiguarlo. No porque no me importara. Sino porque quería algo intacto. Algo no mancillado. Un pequeño milagro no marcado por el pasado.

Mientras estoy ahora en el promontorio, el mar, espejo azul acero que se extiende a lo lejos, apoyo las manos en la curva de mi vientre. El bebé patea suavemente, como respondiendo al sosiego que siempre cae a esta hora. Me duele la espalda. No he dormido bien en tres noches. Y aun así nunca me había sentido tan... preparada.

Inclino el rostro al viento y cierro los ojos. Y, por un momento, me dejo volver atrás.

De vuelta a esa tormenta. A esa noche. El recuerdo es resbaladizo, medio real, medio sueño. La voz de Caleb. Sus ojos. Esa sonrisa. La forma en que me miraba. Me tocaba el pelo. Hablaba de nuestro futuro como si yo ya fuera suya.

Hay destellos que no puedo explicar. Oscuridad. Un sabor amargo en la boca. El roce de sábanas desconocidas contra mi piel. El peso de algo que no pedí. Me digo que es solo el miedo hablando. Que fueron las drogas, el trauma, el caos. Que imaginé el resto.

Que si acaso*hubiera*pasado, Jack lo sabría. Yo lo*sabría.*Pero la verdad es que no.

Y algunas noches, cuando me despierto empapada en sudor, esa duda se aferra a mí como algas.

Caleb se ha ido. Esto lo sé con certeza. Recluido en una instalación segura a un océano de distancia, donde las paredes son gruesas, la luz es cruel y ya nadie cree una palabra de lo que dice. Su juicio ocupó titulares durante semanas. Una larga lista de víctimas, la mayoría mujeres. Pacientes. Clientas. Chicas que habían acudido a él en busca de ayuda y se encontraron atrapadas en una pesadilla de la que no pudieron escapar. Una de ellas conservó una cinta. Otra, una fotografía. Los mismos patrones, una y otra vez. El mismo grooming, la misma manipulación. Y siempre el mismo final.

Vergüenza, silencio, y Caleb desvaneciéndose para intentarlo en otro lugar.

Pero esta vez no se escapó. Gracias a Jack. Gracias a Tamsin. Gracias a*mí,*porque por fin vi más allá de la niebla y entendí que el amor no viene con condiciones. Que la confianza, una vez rota, puede reconstruirse. Que el miedo, cuando se afronta de frente, puede superarse.

Vuelvo la cara hacia la casa. A través de la ventana abierta de la cocina, oigo a Samuel reír, puro gozo sin filtro, y la voz de Jack, grave y cálida, mientras lee un libro. Tamsin hace sonar platos en el fregadero. Patch pega un único y somnoliento ladrido desde el sofá. Esta es nuestra vida ahora. Entera. Desordenada. Honesta. No perfecta. Pero*de verdad.*Y no quiero perderla.

No quiero que este bebé sea un signo de interrogación. Quiero que sea un comienzo. Así que cierro los ojos de nuevo y susurro lo mismo que susurro cada noche, cuando los brazos de Jack me rodean y el viento golpea las contraventanas.

Que este bebé sea de Jack. Que los sueños sean mentiras. Que mi cuerpo vuelva a ser mío.

Una parte de mí siempre vivirá con ese hilo de incertidumbre. Ahora es delgado, deshilachado por el tiempo y la curación, pero está ahí. Lo sé. Lo acepto. Pero ya no me posee.

Me dirijo hacia el sendero, lento pero constante, una mano en el costado y la otra sosteniendo mi vientre. El sol se está poniendo detrás de mí, proyectando una franja de luz que se extiende hacia el mar. Jack espera y, sea lo que sea que traiga el futuro, sé al menos esto:

Sobrevivimos. Nos quedamos. Y ahora, empezamos de nuevo. Juntos.